

Luigi Giussani

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?



100XUNO



Luigi Giussani

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

Prólogo de Ignacio Carbajosa

Selección de los comentarios a cargo de Milene Di Gioia

Traducción y adaptación a la liturgia en español de Carmen Giussani
con la colaboración de José Luis Almarza



Título original: *Che cos'è l'uomo perché te ne curi?*

© Fraternità di Comunione e Liberazione, 2000

© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2017

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 16

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-9055-826-3

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.a - 28043 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

PRÓLOGO

IGNACIO CARBAJOSA

Catedrático de Antiguo Testamento Universidad San Dámaso (Madrid)

La genialidad de san Agustín nos ha dejado esta sintética expresión que contiene todo el tratado de cómo acercarse a la Escritura: *In manibus nostris sunt códices, in oculis nostris facta* [1] (en nuestras manos están los códigos [de la Escritura], en nuestros ojos los hechos). La “exégesis” de los Salmos que nos ofrece don Giussani nace, como de su fuente, de la dinámica encerrada en esta frase, que citaba a menudo en sus libros y conversaciones.

Son los “*facta*” que don Giussani tenía delante, es decir, los hechos potentes fruto de la resurrección de Cristo, los que permitían al sacerdote ambrosiano entender la Escritura. No en vano la Escritura es un testimonio escrito e inspirado de la Revelación que está en el origen de esos hechos que siguen sucediendo hoy. Se entiende entonces por qué don Giussani dice que «quien se limite a leer los salmos se siente todavía un poco huérfano» (p. 26). Sin el “sacramento”, es decir, sin el hecho por antonomasia que es el gesto eficaz de Cristo resucitado, quedamos huérfanos en nuestra lectura del Antiguo Testamento.

Es precisamente lo que les sucedió a aquellos dos discípulos que iban camino de Emaús, cargados de escepticismo, a los que un misterioso peregrino les salió al encuentro (cf. Lc 24,13ss). Sólo cuando Jesús partió para ellos el pan se les abrió el entendimiento y lo reconocieron. Lo reconocen como el que explica las Escrituras: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Pero don Giussani nos introduce en una aparente paradoja. Vivir en el contexto de la resurrección de Cristo no nos ahorra la lectura de los salmos, al contrario: «Quien no lee los salmos no puede entender adecuadamente el misterio de la muerte y resurrección de Cristo» (p. 26). Los salmos tienen «un carácter preparatorio y explicativo» (p. 26), quien no entra en la espera, el dolor, la profecía, el anhelo, la acción de gracias, el asombro, la petición contenidos en el Salterio, no llega a entender la densidad de la respuesta.

Los salmos *dicen* de la experiencia de un pueblo, una experiencia que Dios ha querido *paradigmática* para todas las naciones y para todas las personas. De hecho, «difícilmente puede comprender la experiencia cristiana quien de algún modo no esté dispuesto a

revivir la historia del pueblo de Israel con todos sus acentos y sus avatares» (p. 25). Desgraciadamente, la “costumbre” de recitar los salmos en la liturgia a veces nos hace sordos a estos «acentos y avatares». Por eso puede ser útil introducirnos en la novedad que estas composiciones encierran, especialmente cuando las comparamos con las de su entorno cultural.

La oración de Israel, expresión de un encuentro con el Dios vivo

No se debe contraponer la religiosidad sincera de Israel con la idolatría o la superstición del resto de las naciones de su entorno. Sería injusto y miope pensar que no existía una religiosidad sincera fuera del pueblo elegido. Sin embargo, estudiando las expresiones de una y otra tradición (Mesopotamia, por un lado, Israel, por el otro) podemos descubrir la experiencia que está en el origen: una genérica experiencia religiosa (natural en el hombre, favorecida por el impacto con la realidad) o el encuentro con el Dios vivo que ha tomado la iniciativa sorprendiendo al hombre.

En este sentido los Salmos, como oración de Israel, tienen un aspecto revelador de la experiencia de este pueblo, una dimensión que recibe poca atención, siendo reducida al vago género literario “oración”, común a toda expresión religiosa.

Lo dicho no excluye (más bien todo lo contrario) que la oración de Israel sea representativa del grito multiforme de toda la humanidad. Una de las virtudes de la revelación es la de arrojar luz sobre la naturaleza humana. Desvela el hombre al hombre. De ahí que Israel exprese como nadie la necesidad, el ansia de Dios, la alabanza, la confianza. Israel, gracias a la revelación, *lee* mejor su propio corazón. Como sucede con el que ha encontrado ya a la persona amada: sabe de quién es espera (nostalgia) su espera.

Quien recorre los Salmos sorprende, en acción, la conciencia de Israel, fruto del encuentro con el Dios vivo.

Certeza en medio de la tribulación

La certeza no se improvisa. Debe apoyar sobre un factor real, incidente. Nosotros sabemos distinguir bien entre las cosas que pertenecen al mundo de las ideas, ideales o ideologías y aquellas que están firmemente ancladas en nuestra conciencia, que forman parte de nuestro conocimiento y determinan, de hecho, nuestra vida. De hecho, cuando llega la aflicción y la prueba, sale a la luz aquello que realmente nos sostiene y se revela, por el contrario, aquello que era accesorio.

Sal 3 (*Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí; [...] Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria, [...] puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor*

me sostiene), Sal 11 (*Al Señor me acojo, ¿por qué me decís: «Escapa como un pájaro al monte»? [...] el Señor es justo y ama la justicia: los buenos verán su rostro*) y Sal 62 (*Solo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación; sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré*) son representativos de esta “extraña” certeza salda en medio de las pruebas y las tribulaciones. El martirio es el culmen de este testimonio sorprendente ante el mundo.

Queja conmovedora del orante

La certeza del orante no excluye la queja. Al contrario, sólo delante de la persona amada uno puede llorar, dar curso a su lamento. Si no, el miedo contendría nuestras lágrimas. Es la experiencia del niño con la madre. Es también la experiencia que vemos en acto en el libro de Job, especialmente si lo comparamos con la literatura de tema similar en su entorno. Job no es un escéptico o un desesperado. Y menos aún un ateo que niega a Dios. Es una gran creyente que entabla combate con Dios. Como tanta tradición literaria judía posterior.

«El problema del dolor empieza con el cristianismo», decía C.S. Lewis. Dicho en otras palabras, sólo cuando en el horizonte de la historia entra el sentido de la misma, el dolor se convierte en problema, remite a una pregunta. Y ya tenemos alguien ante quien llorar. Antes de que Dios revelara su rostro personal, el dolor, el mal, el sufrimiento era un dato de la realidad. No llevaba consigo ninguna contradicción. Porque nadie nos había prometido ningún bien ni ninguna felicidad.

Sal 13 (*¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?*) y Sal 77 (*¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos? ¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa?*) son buena expresión de esta queja dirigida al Dios que ha entrado en nuestra historia amándonos de un modo preferencial.

Conciencia de dependencia

El dato más evidente para cada uno de nosotros es que no nos damos la vida en este momento. Somos mantenidos en el ser instante tras instante. Y con el ser se nos da la maravillosa conciencia con la que estamos ante las cosas. Y con la todavía más sorprendente autoconciencia. Dependemos. Sin embargo esta conciencia de dependencia se ofusca con pasmosa facilidad, hasta el punto que es extraño encontrar expresiones de aquella dependencia.

Sal 90 (*Aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan. Enséñanos a calcular nuestros años,*

para que adquiramos un corazón sensato) y Sal 139 (*Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares*) son una buena expresión de esta conciencia lúcida de dependencia querida, reconocida y agradecida del orante israelita. Fruto del encuentro con el Dios vivo que ha amado a Israel de modo preferencial y tierno.

Dolor ante el pecado: la conciencia de un amor traicionado

En la dinámica religiosa de las naciones que rodean Israel es difícil hablar de “pecado” con propiedad. Más bien se debe hablar de infracción, de incumplimiento de una norma o contrato, o de ruptura de una armonía que debe ser reparada. Es absurdo plantear la relación entre el dios de turno y el hombre religioso en términos de amor, de afecto, tal y como lo hace Israel en textos como Os 2, Jr 2 o Ez 16. Del mismo modo, no se puede hablar propiamente de “perdón” sino de restablecimiento de la situación anterior, del equilibrio primigenio. Y se hace de forma mecánica, a través de un encantamiento o un rito particular.

Para Israel el pecado es un acto de falta de agradecimiento, de falta de afecto al Dios que ha mostrado toda su bondad y preferencia con su pueblo, expresada en términos sponsales. Sal 51, como expresión de dolor por el pecado (*Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado*), y Sal 103, como expresión de la sorpresa del perdón (*El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados*) son representativos en este sentido.

El ansia de ver a Dios, síntesis del corazón humano

Que el corazón del hombre está inquieto es algo evidente en cualquier cultura y en cualquier época. Sale a la luz en las relaciones afectivas, en la percepción de uno mismo, ante la enfermedad, ante la muerte, en nuestra vasta gama de deseos.

Sin embargo, que esa inquietud pueda leerse como lo hacía san Agustín: «Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti», es algo que sólo acontece cuando Dios se da a conocer como el objeto último de todo deseo, de toda inquietud. Mientras tanto es difícil reconocer que mi deseo va más allá de la persona amada, del poder, del placer. Ciertamente, se puede intuir que las cosas no bastan, como lo han hecho los grandes hombres y profetas, pero no se puede ir más allá de la intuición de que «debe haber otra cosa misteriosa» o, de forma más pedestre, «todavía no he descubierto

el objeto que me sacia, debo seguir buscando».

Israel es el primer pueblo que expresa lúcidamente la conciencia de que su deseo tiene como terminal última el ansia de ver a Dios. Sal 27 (*Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro*), Sal 42 (*Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*), Sal 63 (*Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua*) y Sal 84 (*Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo*) son una buena expresión de ello.

Sorpresa ante la realidad como creación

Sólo cuando Dios muestra su rostro bueno, desvelando que Él es el único principio creador y que todo lo gobierna un designio bueno, entonces el hombre puede conocer que toda la creación “es buena”. El creador ha dejado sus huellas, como el arquitecto, en su obra. Investigar la creación es conocer los rasgos del creador. Sal 8 (*Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?*) y Sal 104 (*¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto*) son ejemplos potentísimos de la mirada de asombro que Israel tiene sobre la creación, que le habla de Dios y de su obra maravillosa. Contemplar la creación coincide con un gesto de agradecimiento y alabanza al creador.

La historia es historia de salvación

En los pueblos de la Antigüedad, la historia se concebía como un movimiento circular, gobernada por los ciclos naturales (sucesión de las estaciones, ciclo de la muerte y la vida, ciclo de la mujer, etc.). Sólo la entrada de Dios en la historia, llamando a Abrahán y ligándose a él con una promesa, inaugura una percepción lineal de la historia. Así, para Israel, el tiempo es el desplegarse de la historia de cumplimiento de la promesa. La historia recoge las acciones de Dios en favor de su pueblo. Cada acción es misericordia: *El que sea sabio, que recoja estos hechos y comprenda la misericordia del Señor* (Sal 107,43).

Son numerosos los Salmos “históricos” que recorren las gestas que Dios ha cumplido en favor de su pueblo. En el Sal 44 se hace memoria de esa historia para recuperar la esperanza en tiempos de tribulación: *Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron, nuestros padres nos lo han contado: la obra que realizaste en sus días, en los años remotos*. En el larguísimo Sal 105 se cuenta la historia de Israel, desde la promesa a Abrahán, hasta la

entrada en la tierra prometida después de la liberación de Egipto, con la conciencia nítida de quién es el protagonista: *Recordad las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca.*

La lectura de estos comentarios de don Giussani a los salmos nos introduce en el misterio de Cristo deseado, intuido, esperado, profetizado y encontrado en la historia. Y nos acompaña en una nueva apropiación del Salterio, de modo que la espera, el deseo, el dolor, el arrepentimiento y la alegría del salmista de Israel resuene en nosotros como resonó en el judío Simón Pedro cuando recitaba los salmos con los ojos cargados de la presencia de Jesús resucitado.

Ignacio Carbajosa es catedrático de Antiguo Testamento en la Universidad San Dámaso (Madrid).

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA

MILENE DI GIOIA

Los comentarios recogidos en este volumen no son fruto de un trabajo exegético sobre los Salmos. Han sido grabados durante encuentros distintos y retiros espirituales y, posteriormente, transcritos. De ahí la referencia a situaciones conocidas por parte del auditorio y los numerosos llamamientos dirigidos a los miembros de la Asociación laical *Memores Domini* [2].

Se ha querido mantener la forma de la comunicación hablada, rica de sugerencias e intuiciones, en lugar de ofrecer un desarrollo sistemático. Y con mayor razón, por tratarse de oraciones que utilizan un lenguaje afín a la poesía y, en rigor, no deberían ser objeto de largos comentarios sino simplemente de recitación.

Lo que destaca es la especificidad del Salmo, su extraordinaria profundidad de campo que reúne distintos puntos de vista: la voz del salmista y el mensaje del Señor, los titubeos y las certezas; y, al mismo tiempo, la voz de un pueblo que resuena en un preciso ámbito cultural y social y que, a pesar de todas sus caídas, se descubre siempre dirigiéndose a Dios («El segundo elemento al que nos remiten los salmos es que todos los sentimientos humanos son salvados» [3]).

Con la invocación sosegada y tenaz propia de la salmodia, los cantos antiguos, filtrados ya por el contexto histórico cristiano, han entrado a formar parte de la sabia Liturgia de las Horas, orientada hacia el rostro luminoso de Jesucristo. Además, gracias al estilo de lectura del autor, que inserta la Tradición en una relación viva, penetrante y fecunda, con la vivencia de lo humano, se pone de relieve qué clase de ayuda suponen los Salmos para el hombre, siempre *viator*, peregrino a lo largo de la historia, sometido a las pruebas de la vida.

En particular, estos comentarios inspirados por el rezo litúrgico y, por lo tanto, relativos a esos Salmos que se incluyen en el Breviario, revelan una orientación de la inteligencia y del corazón que se expresa como *petición*. De ahí su profundo valor educativo. Se reconocen en ellos algunas líneas fundamentales del pensamiento del autor, que encuentran una exposición más orgánica en otras obras suyas. Entre ellas me limitaré a citar sólo una: *El sentido religioso* [4].

En las páginas del libro que nos ocupa, don Giussani hace suyas las instancias y las adquisiciones de nuestro tiempo; y, en un momento en que la cultura del pueblo cristiano

parece disolverse, vuelve a proponer un patrimonio espiritual que de otro modo quedaría confinado en el campo restringido de los entendidos.

El autor destaca el lugar central que ocupa la oración en la experiencia humana, sabedor de que «la oración es la iniciativa que brota de la conciencia de Su presencia» [5], es decir, es un acto existencial [6] mucho antes que fórmulas pronunciadas. La bibliografía, en este sentido, es extensísima. Ludwig Wittgenstein observaba que rezar «significa percibir que el sentido del mundo está fuera del mundo» [7].

Por tanto, en el mundo hebraico, tejido de fórmulas memorizadas, resulta muy oportuna la petición de los discípulos a Jesús: «¡Señor, enséñanos a orar!» [8].

Las palabras de la plegaria son un modo de encontrar el punto de unión entre el sentido de la vida y la circunstancia presente. Y una manera de celebrar la gracia de dicha unión.

«*Tristatur aliquis? Oret. Aeque animo est? Psallat*» [9].

«*Magnificat anima mea Dominum...*», porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí [10].

Don Giussani recupera la génesis de la oración en el plano natural, para iluminarla a partir de la Revelación.

«El hombre es ese nivel de la naturaleza en el que ésta llega a tener experiencia de su propio carácter *contingente*» [11]. «Cuando el hombre ahonda en la conciencia que tiene de sí mismo, percibe en el fondo de sí a Otro» [12]. La petición tiene su origen en el sentido de la finitud y en la aspiración a la totalidad; presupone un ser consciente de sí mismo y el deseo de un bien anhelado, pues «la espera constituye la estructura misma de nuestra naturaleza, la esencia de nuestra alma» [13].

Se podría decir que el hebraísmo representa el arquetipo de la espera. Y lo que nos mueve a esperar es el deseo («El deseo que constituye al hombre» [14]). Lo que equivale a decir que ese deseo del Otro, que no encuentra satisfacción en la experiencia sensible, marca al hombre a fuego con un deseo de cumplimiento y con la necesidad de pedirlo («Esperar es una primera forma informe de pedir» [15]; «La petición es la expresión suprema del hombre y la más elemental» [16]).

Pedir es el primer paso y cuando expresa toda la conciencia de nuestros límites se convierte en una súplica mendicante. Es un concepto muy querido para don Giussani, que lo ha repetido en el encuentro con el Papa Juan Pablo II en Roma, el 30 de mayo de 1998. Con él nos encontramos en el extremo opuesto de la *hybris*, de la eficiencia arrogante, de la fijación luciferina.

La súplica mendicante es un movimiento afectivo último que atraviesa las virtudes teologales de la fe y la esperanza de los que han conocido el amor gratuito del Padre revelado en Jesucristo, su presencia misericordiosa y la acción iluminadora y auxiliadora del Espíritu Santo, el Paráclito.

A la luz de la Revelación se puede afirmar el carácter positivo de toda la realidad. La realidad adquiere su pleno carácter de *signo* [17], me remite a Otro, es transfigurada por el Misterio encarnado. Ahora el ser humano puede despertar ante el Significado, ante el Destino. Está vigilante ante los signos [18]. En este sentido se actualiza la lectura figurativa de los eventos y la sensibilidad profética (lo cual concuerda con el étimo al que se atribuye el origen del término “religión”, tanto en el caso de *re-ligare*, establecer un vínculo, como de *re-ligere*, considerar atentamente, leer volviendo atrás).

Si estamos vigilantes [19] asumimos en la oración nuestro destino personal y el destino del pueblo. «*Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron, nuestros padres nos lo han contado: la obra que realizaste en sus días, en los años remotos*» [20]. «*Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito*» [21].

Todo el recorrido trazado se puede resumir en una palabra: “memoria” (a la que, en el léxico de don Giussani, se contrapone el olvido y la distracción).

Memor esto [22]: ¡Mantén viva la memoria! La memoria es la síntesis de la conciencia humana frente a la presencia de Dios. Para el cristiano el objeto de la memoria es un acontecimiento anunciado desde antiguo, acontecido en la historia y que sigue presente; es un evento paradigmático: la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Memoria: «Haced esto en conmemoración mía» [23].

«La oración del cristiano sólo puede ser memoria» [24]. ¿Qué implica esto? Que puede vivirse en cualquier instante. Y no como proyección de un contenido mental, sino como atención a la realidad, una realidad redimida en espera de que el hombre la reconozca. En efecto, la consistencia del hombre «brota de la memoria de un hecho, de tomar conciencia de la Presencia que lo crea y de responder a la tarea a la que esta Presencia le invita» [25].

NOTA EDITORIAL

En el original italiano, don Giussani utiliza la versión de los salmos de la Biblia de Jerusalén, Ediciones Dehoniane, Bolonia.

Para esta traducción, todas las citas de la Sagrada Escritura están tomadas de la *Sagrada Biblia*, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2011.

La numeración de los salmos sigue la de la citada versión española, que es diferente a la numeración que encontramos en nuestras ediciones de la Liturgia de las Horas. En nuestra tradición latina, la numeración de los salmos en el *Breviario* siempre ha dependido de la versión latina de la Biblia conocida como *Vulgata*, que, a su vez, seguía la numeración de la Biblia griega de los LXX. La Biblia hebrea, de la que hoy se sacan las traducciones modernas (incluida la de la Conferencia Episcopal Española), tiene una numeración diferente a la griega. Con algunas excepciones, entre los Sal 9 y 146 la numeración hebrea (la que aquí seguimos) es un número mayor que la griega.

CUADRO DE CORRESPONDENCIAS

Hebreo (Biblia CEE)	Griego (Salterio Vulgata)
1-8	1-8
9-10	9
11-113	10-112
114-115	113
116	114-115
117-146	116-145
147	146-147
148-150	148-150

En el uso de los pronombres posesivos se mantiene la minúscula aunque se refieran a Dios, siguiendo la pauta de la Sagrada Escritura, excepto en los casos en que resulte indispensable para una correcta comprensión de la frase.

Se han diferenciado con números romanos los comentarios referentes a un mismo salmo para indicar que fueron pronunciados en retiros u ocasiones distintas.

Luigi Giussani

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

PREMISA

LA MEMORIA DE LA ALIANZA

Difícilmente puede comprender la experiencia cristiana quien, de algún modo, no esté dispuesto a revivir la historia del pueblo de Israel con todos sus acentos y avatares. San Pablo afirma que la historia del pueblo de Israel tiene un valor pedagógico en vista de la llegada de Jesucristo. En efecto, a través del pueblo judío la pedagogía divina pretende enseñar al hombre que hay un único Dios, que es el creador y el señor de la historia, aquel que lleva a cabo su plan misterioso mediante la elección de una realidad concreta de tiempo y espacio. Dios escoge un pequeño pueblo, sin duda frágil, pero cierto de la alianza que el Señor ha establecido con él y por tanto seguro, más allá de cualquier límite humano derivado del pecado original.

Los salmos son la forma del diálogo que Dios mismo ha establecido con su pueblo desde antiguo, expresan su relación con el pueblo que él se escogió. Quien los recita hoy asume un clima propio del pueblo judío, profundamente marcado por la espera del cumplimiento de una promesa; una espera suscitada en el curso de la historia y que no tiene parangón con ninguna otra forma de religiosidad.

En una ocasión, el rabino jefe de Roma, Elio Toaff, dijo que los cristianos quieren llevar al hombre al cielo, mientras que los judíos quieren llevar a Dios a la tierra [26]. Precisamente por esta actitud hebraica nos sentimos, como cristianos, hermanos suyos. Hasta tal punto que hemos escrito que ante la historia del pueblo judío no existe vibración de la conciencia humana más empática y humilde que la nuestra —casi pidiendo disculpas a quienes han tenido que llevar *pondus diei et aestus*, es decir, han llevado todo el peso de la larga historia que nos precede— y una conciencia más pacífica al afirmar el cumplimiento, para todo el universo, de la profecía ya realizada en el judío Jesús de Nazaret, muerto y resucitado [27].

Dios entró en la realidad del antiguo Israel como una compañía que indicaba el sentido del camino, entre fidelidad y traiciones, mostrándose siempre como el Señor de la historia. El desplegarse de los salmos cuenta esta historia con toda la fascinación del canto poético.

Me permito señalar, a continuación, algunos aspectos que los salmos —y, con ellos, el sacramento— nos enseñan y nos habitúan a tener en consideración.

Los salmos expresan al hombre con el que Dios estableció la alianza antigua, profecía de la nueva, a quien Dios anticipa proféticamente su venida. Por eso tienen un *carácter*

preparatorio y explicativo. Quien no lee los salmos no puede entender adecuadamente el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Pero al mismo tiempo, quien se limite a leer los salmos se siente todavía un poco huérfano. En efecto, la «piedra angular» es el sacramento: penitencia y eucaristía. Mejor dicho, es la eucaristía, porque el sacramento de la penitencia, como todos los demás sacramentos, brota de ella. La eucaristía, la Santa Misa. Cuando el sacerdote reza: «Bendito seas, Señor, Dios del Universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida» [28], no se refiere sólo a la ofrenda del pan, sino a todo lo que forma parte de la vida del hombre. Así como el pan y el vino son la materia del signo sacramental, de la presencia real de Cristo, del mismo modo nuestra realidad de carne y hueso, de pensamientos y sentimientos, se ofrece a Dios mediante el signo de las especies, pues es la verdadera materia sensible que se convierte en sacramento de Su cuerpo místico, de Él en su totalidad. Por ello, cuando el sacerdote extiende las manos sobre las ofrendas, después del *Sanctus*, las extiende sobre toda la gente que está allí —porque de ellos son signos el pan y el vino— para que se convierta en cuerpo y sangre de Cristo, para que el Verbo habite corporalmente en estos hombres, en su Iglesia.

Esta es la piedra angular: «Haced esto en conmemoración mía». No es casual que la palabra «memoria» tenga ahí su origen. La piedra angular es la eucaristía, la muerte y resurrección de Cristo. La piedra angular es Jesucristo, Dios y hombre verdadero, una realidad viviente que adquiere una forma comunal. Por ello los salmos y toda la plegaria litúrgica piden a Dios que nos ayude a observar su mandato: «*Yo amo tus mandatos más que el oro purísimo*» [29]; «*¡Cuánto amo tu ley!: todo el día la estoy meditando*» [30]; «*Alaba, alma mía, al Señor: tañeré para mi Dios mientras exista*» [31]; «*Sostenme con tu promesa, y viviré*» [32] (que me sostenga tu memoria, que es mi roca y mi baluarte).

He aquí una de las primeras invitaciones que nos dirigen los salmos: que acojamos los mandatos del Señor, para que empapen nuestra tierra y germinen en nuestra humanidad de carne y hueso.

El tiempo forma parte integrante de la figura de Jesucristo, es un factor que entra en la definición del Cristo total. Actualmente hay muchas corrientes filosóficas y teológicas no católicas (e incluso alguna católica) que buscan una definición de Dios que se adecúe a la categoría del devenir, porque toda la filosofía moderna no consigue concebir lo inmóvil, lo que está más allá del fluir (Aristóteles y santo Tomás son rechazados porque para el hombre moderno lo estático es absurdo; lo inmóvil correspondería a una categoría bárbara, no civilizada). El proceso evolutivo, la categoría del devenir, del fluir del tiempo, se considera fundamental para el significado mismo del ser humano.

Nosotros, los cristianos, tenemos bien resuelta esta cuestión, pues el tiempo pertenece a la definición del rostro de Cristo en la historia y en el mundo.

Por tanto los salmos nos recuerdan, en primer lugar, que así como el tiempo actúa en la formación de los fósiles —¡pensad cuantos millones de años son necesarios para que una planta quede fosilizada, para que los peces y las conchas se vuelvan piedra!—, de la misma manera esta «piedra angular» obra lentamente en el tiempo para transformar el mundo. El tiempo es necesario para que se lleve a cabo nuestra identificación con Cristo.

El segundo elemento al que nos remiten los salmos es que todos los sentimientos humanos son salvados. Debemos leer muy atentamente los salmos. Atentamente no quiere decir de modo intelectualista, sino saboreándolos, para que vayan dando forma a nuestra conciencia; dejando que la palabra penetre lentamente en nosotros y por ósmosis se convierta en realidad nuestra.

«Mis ojos se consumen ansiando tus promesas, mientras digo: “¿Cuándo me consolarás?”. Estoy como un odre expuesto al humo, pero no olvido tus decretos. ¿Cuántos serán los días de tu siervo? ¿Cuándo harás justicia de mis perseguidores?» [33]. Aquí no cabe ninguna prisa, ni la impaciencia; y todos los sentimientos son salvados. Análogamente leemos en el Nuevo Testamento: «Empezó a sentir tristeza y angustia; y oraba diciendo: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz”» [34].

El tercer aspecto al que nos remiten los salmos —palabra que Dios mismo nos pone en los labios, exactamente como hizo con el profeta Isaías [35] y con Jeremías [36]—, es que tenemos enemigos. Los malvados nos acechan, el Maligno nos pone a prueba: *«Me tienden lazos los que atentan contra mí, los que desean mi daño me amenazan de muerte, todo el día murmuran traiciones* [37]; *casi dieron conmigo en la tumba»* [38]. Los enemigos, los malvados, los que atentan contra mi vida, son aquellos que no atienden al hecho de Cristo, al mandamiento nuevo que es Él mismo: *«arroyos de lágrimas bajan de mis ojos por los que no cumplen tu ley* [39]. *Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme»* [40]. Es preciso emitir este juicio. Ciertamente no juzgamos a las personas. Juzgamos su propuesta, lo que representan ante nuestros ojos, qué pretenden de nosotros.

Es necesario juzgar, discernir el bien del mal. Malo, malvado, gente que atenta contra mi vida es la que se opone al hecho de que *«mi descendencia lo servirá; hablarán del Señor a la generación futura»* [41]. Es necesario juzgar: *«si tu ley no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi desgracia»* [42], si la memoria no me sostuviera, ya habría perecido en manos de los malvados. Pero yo no puedo olvidarte, porque tú me has hecho renacer a una vida nueva.

Hacer memoria: *«Soy tuyo, sálvame, que yo consulto tus mandatos. Los malvados me*

esperaban para perderme, pero yo meditaba tus preceptos; he visto el límite de todo lo perfecto: tu mandato se dilata sin término» [43]. Sólo tu mandato no tiene fronteras; esto se percibe físicamente, se ve a simple vista. Es un juicio. Por tanto podemos cumplir con él también cuando pasamos por momentos de aridez. En cambio, muchas veces optamos por realidades o propuestas que, aunque parezcan perfectas, sabemos bien que son caducas; y lo hacemos sólo porque nos amedrenta la aridez que sentimos ante el mandato de Dios. Sin embargo, aún en la aridez y sequedad de espíritu, siempre podemos invocar: «*Soy tuyo, sálvame*» [44].

Llegados a este punto quiero señalar una cláusula. La memoria de Cristo no se activa automáticamente, ni siquiera cuando los hechos se imponen ante nuestros ojos. La memoria podría permanecer latente en nosotros, como un cuerpo inerte, lo cual nos acabaría dañando, deteriorando nuestra fe. De ser así, terminaríamos odiándola. Si la fe permaneciera inerte como un cadáver, como un cuerpo muerto en nuestra existencia, no podríamos evitar odiarla. En cambio, la condición necesaria para que la fe vivifique todo nuestro ser es que digamos «sí» a la memoria, que la renovemos. La memoria cristiana es el reconocimiento de una presencia. Ciertamente, puede haber una memoria que prescinde del presente; en este caso sería un recordar amargo, que refleja esa tristeza mala de la que habla san Pablo [45]. Es preciso decir que sí a la memoria: «*Soy tuyo, sálvame*» [46].

Depende de nosotros que esta piedra —o Presencia— sea un cuerpo inerte que nos estorba por dentro o, por el contrario, la fuente viva de donde mana nuestra alegría. Guardaré tu Presencia en mi memoria: esta es la decisión de cada día, la decisión de mi libertad. La idea del ofrecimiento de sí —«Tómame, Señor»— pertenece a la conciencia del hombre, a la seriedad humana. Por eso, mediante el ofertorio colaboramos eficazmente en la edificación del cuerpo de Cristo. Con las palabras del salmo Dios nos hace decir: «*Soy tuyo, sálvame*» [47].

Esto conlleva una observación clave. Dios hace de la tentación un instrumento poderoso para que volvamos a esa roca firme que es Él: «*Me extravié como oveja perdida: busca a tu siervo, que no olvida tus preceptos*» [48].

El mal en nuestra vida tiene un único significado: en manos de Dios se convierte en un instrumento paradójico para que volvamos a Él (el mal acaba con cualquier equívoco acerca de nuestra pretendida autonomía). Cuando el pecado produce destrozos, Dios utiliza esas ruinas para edificar de nuevo; la caída es nuestra, el rescate es suyo.

Sólo ante la prueba emerge ante nuestros ojos la roca. Y no hay prueba existencial más terrible que el pecado: «*Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos*» [49]. Cuanto más pertenezco a esta piedra angular, más comprendo qué es el pecado y cuál es su raíz:

la desmemoria.

En cambio, el instrumento privilegiado para nuestra personalización de la fe es la memoria. El hábito de la memoria.

El Salmo 16 señala el aspecto extremo de este *habitus*, que es verdadera oración y cuyo contenido abarca todos los sentimientos: «*No dejarás a tu fiel ver la corrupción*» [50]. Es interesante observar que esta certeza se refiere al futuro pero nace ahora; brota de nuestro «sí» cotidiano a la memoria y se convierte en colaboradora de nuestra redención.

En virtud de la memoria, la tentación sufrida y el mal cometido sirven para el rescate, para retomar el camino hacia el Señor yendo mucho más al fondo. No puedo reconocer que «he pecado» sin apoyarme en la roca firme de la misericordia.

El Espíritu Santo nos hace conocer a Cristo como la piedra angular, nos impulsa a vivir su memoria y nos otorga firmeza en la fe, como a los apóstoles. El horizonte último de esta conciencia que se apoya en otro es el deseo de perfección. De hecho, también forma parte de la memoria la conciencia de nuestra pobreza: «*Cupio dissolvi et esse cum Christo*» [51].

A este deseo de perfección “le va como anillo al dedo” el silencio. El horizonte último es la verdad de todo lo que tenemos entre manos. ¡Ay de mí, si no lo anuncio! La verdad es como la luz. El deseo de la perfección se refleja en todo: en el comer y el beber, el dormir y el velar, el trabajo y el descanso. ¿Cómo se puede vivir la memoria en el trabajo? Fijando nuestra mirada en Su presencia, y basta. Según vaya creciendo nuestra memoria, todo se transfigura. De no ser así, habría un trabajo que hace Dios y otro distinto que hacemos nosotros.

SALMOS Y CÁNTICOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

¿QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE TE ACUERDES DE ÉL?

Salmo 8

*¡Señor, Dios nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra!
Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.
De la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos
para reprimir al adversario y al rebelde.
Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado.
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él?
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad;
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies.
Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar
que trazan sendas por el mar.
¡Señor, Dios nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*

El día en que, en un momento dado, leyendo el breviario sentimos que nuestro corazón y nuestro entendimiento se abren y se nos concede comprender las palabras que estamos pronunciando, ese será un gran día, un día de fiesta. Un día que no será fácil de olvidar. Porque los salmos dicen al hombre, declaran nuestra humanidad, reflejan todos los sentimientos, las apariencias tan contradictorias que se atropellan y se entremezclan en nuestra realidad cotidiana. Los salmos recogen cualquier experiencia que haya tocado nuestra humanidad, que nos haya cambiado, aportando luz al entendimiento y calor al afecto.

Releamos el Salmo 8:

«¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Ensalzaste tu

majestad sobre los cielos [tu magnificencia se alza más allá de lo que alcanzamos a ver]. *De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza contra tus enemigos, para reprimir al adversario y al rebelde* [al violento]». Parece insensato esto que dice, porque la boca de los lactantes no advierte la lucha que se establece entre la palabra de Dios, la revelación de Dios, la presencia de Dios y las apariencias; ignora que en éstas se esconden los adversarios. Pero el hombre adulto conoce a Dios sólo si mantiene un corazón de niño. Sólo si conserva un corazón sencillo conoce la potencia de Dios en el fragor de la batalla contra sus adversarios, porque la comprueba en sí mismo (el conocimiento es el problema fundamental de la gnoseología y de una filosofía verdaderamente humana, porque afecta a la relación entre uno mismo y la realidad; de cómo se conciba el conocer depende la relación que establecemos con la realidad). En resumen, podríamos decir: «Con la sencillez defendida en nuestra madurez afirmas tu potencia, Señor, contra tus adversarios».

«*Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre* [¡realmente!] *para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?*». Disculpad esta confesión personal: yo me sorprendo haciéndome esta pregunta cada vez que me tienen que ayudar para los gestos más elementales, porque cuándo se llega a viejo ¡esta es la realidad!

Para el niño ser ayudado para comer o para ir al baño no supone un sufrimiento; tampoco puede ser un sacrificio por el ideal, un sacrificio que se ofrece a Cristo, que es el sentido de lo que uno está haciendo. Sin embargo, Malraux nos alertaba de un peligro: «Ya no hay ningún ideal por el cual podamos sacrificarnos» [52]. Según la mentalidad moderna, nuestra vida no tiene un sentido que podamos reconocer y servir, nuestros actos carecen de significado, porque todo es mentira.

El Salmo 8 afirma todo lo contrario: «*Lo hiciste* [al hombre] *poco inferior a los ángeles* [poco inferior a ti; “a los ángeles” es una fórmula bíblica que remite a una manifestación de Dios], *lo coronaste de gloria y dignidad* [coronas de *gloria y dignidad* no solo a los reyes o a los presidentes de la República, a los jefes de Estado o a los profesores universitarios; sino a cada ser humano; a cada “yo” lo coronas de *gloria* porque das forma y sentido a su realidad concreta, porque lo llevas a madurez; y lo cubres de *honor*, porque le haces sentir su dignidad única y los demás deben mirarle según esta dignidad suya, a pesar de lo pobre y maltrecho que esté] *le diste el mando sobre las obras de tus manos* [le diste poder sobre la realidad, sobre el cosmos; en esto se resume el sentido de la historia], *todo lo sometiste bajo sus pies*».

Pero demos un paso más. ¿Entendéis de dónde nace la degradación del hombre? ¡De aquí! Al saberse hecho así, el hombre trata de imponer su medida; al disponer de este poder, tiende a degradar las cosas (así dirá la razón: «Yo soy la medida de todas las

cosas», confundiendo lo que es la razón humana con una pretensión suya, con una voluntad de poder; o también: «La ciencia va contra la Iglesia», mientras que la ciencia va contra la Iglesia sólo cuando no es verdadera ciencia, es decir, cuando se reduce a un simple prejuicio que se arroja contra la realidad eclesial).

Este salmo encierra la definición del hombre como una criatura cuyo destino es ser imagen de su Señor; y también la definición del sentido que tiene la vida. El sentido de la vida del hombre es la relación con Aquel que lo crea: *«De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza contra tus enemigos»*.

¿Por qué Dios otorga valor a cualquier gesto humano por pequeño que sea, al instante fugaz mediante el cual el hombre busca expresarse? Porque el hombre es relación con él. Otras veces hemos observado que el cosmos entero alcanza un determinado punto de evolución, de cualificación, en el que se vuelve autoconsciencia: ese punto es el “yo”. El yo humano es la autoconsciencia del cosmos. Y entonces el cosmos, tal cual es, es el contexto en el que el hombre vive su relación con el misterio de Dios.

Por eso entendéis que hablar de trabajo es algo sumamente interesante precisamente cuando lo concebimos como debería ser (y, sin embargo, no lo entendemos ni por asomo; ¡la mayoría no lo piensa a lo largo del día!) [\[53\]](#). El trabajo es algo grande, es como la diminuta realidad del hombre que interroga a Dios: «Señor, ¿qué es el hombre para te acuerdes de él? ¿Quién soy yo para que pienses en mí?». Entre todas las criaturas animadas del cosmos, el hombre es como una diminuta realidad, una fracción minúscula de todo lo que existe. Pero la grandeza del hombre, su honor y su gloria, dependen del hecho de que es relación personal con el infinito. Y para vivir esta relación que le constituye, para realizar su persona, el hombre debe tomar en sus manos toda la realidad creada, todo lo que Dios ha hecho. Y la felicidad es el fruto de este trabajo que nos hace penetrar en lo eterno, la meta de este camino.

Y llega un momento en la vida en que uno reza todos los días este octavo salmo de David [\[54\]](#).

ME SACIARÉ DE TU SEMBLANTE

Salmo 17,10-15

*Han cerrado sus entrañas
y hablan con boca arrogante;
ya me rodean sus pasos,
se hacen guiños para derribarme,
como un león ávido de presa,
como un cachorro agazapado en su escondrijo.
Levántate, Señor, hazle frente, dóblégalo,
que tu espada me libre del malvado,
y tu mano, Señor, de los mortales,
los mortales de este mundo,
que no tendrán parte en la vida.
Pero de tu despensa les llenarás el vientre,
se saciarán sus hijos
y dejarán a sus pequeños lo que les sobra.
Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante.*

«Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante». ¿Hay acaso una expresión mejor que esta para significar la humanidad nueva, diferente, a la que estamos llamados?

«Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia [pongo en ti mi esperanza], y al despertar me saciaré de tu semblante». Al despertar: cuando vuelvo a mirarte a ti, cuando paso de mi oscuridad a tu luz, cuando traspaso el umbral de la apariencia para llegar a ti. Cualquier acto nuestro requiere que atravesemos cierta opacidad, que traspasemos el umbral de la apariencia. «De tu despensa les llenarás el vientre», pero a mí nada me sacia, nada me importa más que tu presencia. Esta es la pobreza de espíritu. Si no llegamos a amar esta pobreza es porque todavía no hemos comprendido, no hemos penetrado el anuncio recibido.

El “instinto” de la pobreza, el amor a la pobreza es la primera característica visible, tangible, llamativa del hombre nuevo. La pobreza de espíritu nace de la caridad.

Por el contrario, acierta Abelardo cuando escribe: «*Initium enim recedendi a Deo*

fastidium doctrinae est» [\[55\]](#).

«*Initium recedendi a Deo* [la resistencia y el alejamiento de Dios comienza con...] *fastidium doctrinae est*»: es el aburrimiento al escuchar ciertas cosas, el tedio que se insinúa ante el anuncio que nos alcanza, ante la doctrina; porque el hombre inevitablemente resta vigor al anuncio. Prestemos suma atención, por tanto, a lo que dice el salmo porque debe convertirse en nuestro alimento, como el pan cotidiano: «*Al despertar, me saciaré de tu semblante*».

YO TE AMO, SEÑOR, TÚ ERES MI FORTALEZA

Salmo 18,2-7

*Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.
Me cercaban olas mortales,
torrentes destructores me aterraban,
me envolvían las redes del abismo;
me alcanzaban los lazos de la muerte.
En el peligro invoqué al Señor,
grité a mi Dios:
desde su templo él escuchó mi voz,
y mi grito llegó a sus oídos.*

«Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza»: tú eres la fuerza amorosa que me alcanza y puede cambiar mi vida. La presencia que puede cambiarnos y cambiar las cosas es el Espíritu Santo.

¡Oh Santo Espíritu, haz que pueda participar en tu eterna creatividad cambiando! ¡Haz que yo te invoque y al acabar el día pueda constatar el cambio que tú has realizado en mí!

Normalmente, aunque rezamos —en el sentido de que repetimos las oraciones incluso con emoción, con cierta conmoción—, tú no prevaleces todavía ante nuestra mirada, no eres el sentimiento dominante de nuestra autoconciencia.

POR EL HONOR DE TU NOMBRE, SEÑOR, PERDONA MIS CULPAS

Salmo 25,1-11

*A ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado,
que no triunfen de mí mis enemigos,
pues los que esperan en ti no quedan defraudados,
mientras que el fracaso malogra a los traidores.
Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando.
Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor.
El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.
Las sendas del Señor son misericordia y lealtad
para los que guardan su alianza y sus mandatos.
Por el honor de tu nombre, Señor,
perdona mis culpas, que son muchas.*

I.

«Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas»: guíame tú, Señor; instrúyeme en las sendas de tu fidelidad; se tú mi maestro, porque tú eres mi Dios. Los que en ti confían no quedan defraudados: «Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado, que no triunfen de mí mis enemigos». Te espero de todo corazón, día y noche, porque «el Señor es bueno y es recto y enseña el camino a los pecadores».

Cuando hablo de la confesión, digo que un corazón contrito no consiste en tener un cierto sentimiento de dolor, ni que el propósito consista en una decisión, como si fuéramos capaces de llevarla a cabo. Si con nuestras fuerzas pudiéramos cambiar, ¿de qué serviría entonces la gracia del sacramento? Digo, en cambio, que el sacramento de la penitencia nos devuelve siempre a lo esencial: la confesión es un grito a Dios para que él me cambie, porque yo no soy capaz de cambiarme. Es el milagro de mi conversión.

Nuestra esperanza no está puesta en el hombre, en nuestro quehacer, en nuestros esfuerzos para labrarnos un refugio, en los logros alcanzados, en fin, en nuestras fuerzas, sino en esta realidad tan tremendamente presente, Dios, que desafía cualquier otro apoyo que los demás nos puedan ofrecer.

Sólo el Espíritu es quien construye el reino de Dios en la tierra. Pero nosotros somos las piedras vivas de esta nueva construcción, imperecedera, que se levanta en la historia y que es la Iglesia. Piedras vivas cuya aportación a la historia es irreductible en la medida en que nuestra certeza reposa en el acontecimiento de Cristo, nuestra energía brota del reconocimiento de su presencia y toda nuestra ética consiste en una adhesión amorosa.

Reza el Salmo 131: «*Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros*» [\[56\]](#).

Nosotros hemos alterado esta limpieza original, la ensuciamos con nuestros «pero...», «si...», «quizás...», con este tira y afloja vergonzoso, con este continuo buscar la excepción o plantear una objeción a Dios. En definitiva, con la afirmación continua de nosotros mismos. Cuántas veces os he dicho —¡más que ninguna otra cosa!— que somos como niños en las manos de Dios que nos hace. Este niño, esta criatura está continuamente siendo creada para que colabore en el designio del Padre, que es Jesucristo.

II.

«*Por el honor de tu nombre, Señor, perdona mis culpas, que son muchas*».

«*Por el honor de tu nombre*» significa por el plan que tú has trazado al crear de la nada la realidad; por el designio que tu poder —que lo puede todo, incluso vencer a la muerte— lleva adelante en el mundo; por la fuerza vencedora que resucitó a Cristo de la muerte y lo glorificó. «*Tu nombre*» indica el poder con el que el Señor realiza su designio en el mundo y en la historia. Y reconocer que soy pecador, acrecienta mi esperanza en el poder de Cristo que me salva: «*Perdona mis culpas, que son muchas*». Para perdonar mis culpas es necesaria toda tu omnipotencia. Toda tu fuerza es necesaria para doblegarme a mí, pecador, de manera que así pueda darte gloria.

¿Hay una comprensión de lo que es la conversión más abierta al cambio que esta?

MI CORAZÓN NO TEME

Salmo 27

*El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?
Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.
Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.
Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.
El me protegerá en su tienda
el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca.
Y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré
sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.
Escúchame, Señor,
que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón:*

*«Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, Señor.
No me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.
Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.
Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.
No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.
Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.*

«Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo». ¿En qué se refleja en nosotros esta certeza? Cualquier olvido, debilidad o incoherencia son constantemente vencidos por esta certeza renovada, que nos hace decir: *«Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo».* *«Una cosa pido al Señor»:* esta petición está en la raíz de la certeza.

¿Se oye el latido de esta súplica en lo más hondo de nuestro corazón, allí donde ha descendido el Señor? Porque, después de su muerte, él ha bajado a las profundidades de la tierra y ha alcanzado la raíz de nuestro ser. Puede ser necesario que recorramos un largo e imprevisible camino antes de que esta certeza salga a la superficie, pero su raíz está en el abandono confiado al Señor, en reconocer que le pertenecemos, en *«habitar en la casa del Señor por los días de mi vida».*

¿Qué eco tiene en mí la conciencia de pertenecerle? *«Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo».*

¿Hay huellas de la certeza de pertenecerle incluso en la zozobra por nuestras miserias? Más aún, ¿hay alguna señal de este abandono confiado?

«No se turbe vuestro corazón —nos dice Jesús, ante la prueba suprema— creed en Dios y creed también en mí» [57], es decir, confiad en mí: «*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?*». No temo, no tiemblo, porque te pertenezco: tú eres la defensa de mi vida.

¿Hay rastro de esta seguridad en nuestros días? ¿Hay alguna señal de este humildísimo atrevimiento que brota de la memoria de Cristo?

«Por la muerte, pasando a la vida, gozaremos la eterna promesa», cantamos en el himno de Cuaresma [58]. Pero no pasamos de la muerte a la vida sin esta memoria inequívoca: «*El Señor es mi luz y mi salvación, el Señor es la defensa de mi vida. Señor, enséñame tu camino. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor*». Así escribía el salmista israelita y este Señor habitaba en la historia del pueblo judío, en el misterio inaccesible del templo, en el frágil sentimiento del ánimo piadoso. Sin embargo, Dios quiso revelarse, se hizo hombre, se manifestó en Jesucristo, nació de una mujer, se revistió de carne mortal y está presente entre nosotros hasta el final de los tiempos. Tanto que un chico de hoy puede decir: «Aquél que está entre nosotros» [59]. En nuestras casas [60], ¿queda algún rastro de esta sencillez y de esta fe viva? ¿Quién de nosotros, aunque sea para sus adentros, ha dicho: «Aquél que está entre nosotros»? Lo nuestro no es sólo un olvido, es algo más. Nos olvidamos porque antes viene a menos nuestra fe, decae el reconocimiento de Su presencia. La desmemoria aflora porque antes hemos dejado de decir «tú» a Cristo, «tú, Señor».

«Tú estás en medio de nosotros»: dejar de reconocerlo es el pecado que desemboca en desmemoria. Entonces los dioses (los ídolos en lo que ponemos nuestra confianza) ocupan por completo el vacío existencial que se crea: la emoción fugaz, la violencia de la ira, la fácil ilusión a la que nos arrastran nuestros estados de ánimo con una volubilidad frenética.

CONTEMPLADLO Y QUEDAREIS RADIANTES

Salmo 34,2-11

*Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.
Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.
Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.
El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.
Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que lo temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada.*

«Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias». Sean cual sean las dificultades que encontremos en nuestro camino, tan sólo necesitamos una cosa: una actitud coherente ante Dios. Coherente no en cuanto a la capacidad expresiva o a la acción, sino a la aceptación. La coherencia moral de nuestros actos, en efecto, es un puro milagro que el Espíritu Santo realiza en nuestra vida. Pero necesitamos ser coherentes con nuestra incapacidad, aceptarla; necesitamos reconocer al Señor y aceptarlo.

«Yo consulté al Señor», consulto al Señor, pido de corazón su ayuda. «Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias; el Señor está cerca de los

atribulados, salva a los abatidos» [\[61\]](#): entonces, ni siquiera el error nos detiene y las caídas nos mueven a pedir. Cuando, por el contrario, la fatiga, las pruebas, las dificultades, sean de la naturaleza que sean, nos detienen en el camino, nos llevan a poner en duda la vocación, ¿a qué se debe? A que hemos dejado de buscar al Señor, hemos dejado de quererle. Lo que amamos, lo que en el día a día buscamos ya no es el Señor.

NUNCA HE VISTO A UN JUSTO ABANDONADO

Salmo 37,18-29

*El Señor vela por los días de los buenos,
y su herencia durará siempre;
no se agostarán en tiempo de sequía,
en tiempo de hambre se saciarán.
Pero los malvados perecerán,
los enemigos del Señor
se marchitarán como la belleza de un prado,
en humo se disiparán.
El malvado pide prestado y no devuelve,
el justo se compadece y perdona.
Los que el Señor bendice poseen la tierra,
los que él maldice son excluidos.
El Señor asegura los pasos del hombre,
se complace en sus caminos;
si tropieza, no caerá,
porque el Señor lo tiene de la mano.
Fui joven, ya soy viejo:
nunca he visto a un justo abandonado,
ni a su linaje mendigando el pan.
A diario se compadece y da prestado;
bendita será su descendencia.
Apártate del mal y haz el bien,
y siempre tendrás una casa;
porque el Señor ama la justicia
y no abandona a sus fieles.
Los inicuos son exterminados,
la estirpe de los malvados se extinguirá;
pero los justos poseen la tierra,
y la habitarán por siempre jamás.*

«Los inicuos son exterminados, la estirpe de los malvados se extinguirá» (v. 28, b). En

el Antiguo Testamento es tan cierto que el pueblo judío vehicula la verdad de Dios y el porqué de su obrar en la historia, que todas las imágenes del Dios de Israel son imágenes guerreras [62].

Pero a menudo, repentinamente, el acento guerrero cede paso a la intimidad de la ternura: «*El Señor asegura los pasos del hombre, se complace en sus caminos; si tropieza, no caerá, porque el Señor lo tiene de la mano. Fui joven, ya soy viejo: nunca he visto a un justo abandonado*» (vv. 23-25). Pero, ¿quién es el justo? El justo es el hombre que desea a Dios. ¿Y de quién podemos decir que es justo? De aquel que anhela a Dios, que pide a Dios.

ENTONCES, YO DIGO: «AQUÍ ESTOY»

Salmo 40,2-9

*Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito:
me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa;
afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos;
me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.
Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.
Dichoso el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a los idólatras,
que se extravían con engaños.
Cuántas maravillas has hecho,
Señor, Dios mío,
cuántos planes a favor nuestro;
nadie se te puede comparar.
Intento proclamarlas, decirlas,
pero superan todo número.
Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios;
entonces yo digo: «Aquí estoy
—como está escrito en mi libro—
para hacer tu voluntad.
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas».*

«Tú no quieres sacrificios ni ofrendas [el mero ritualismo no te agrada, las “instrucciones de uso” no te satisfacen] y, en cambio, me abriste el oído. No pides holocaustos ni sacrificios expiatorios [no valen mis esfuerzos para purificarme; no me

purifica mi empeño; no sirve una piedad meramente formal]; *entonces yo digo: “Aquí estoy —como está escrito en mi libro [en la naturaleza de mi historia personal, a lo largo de mi vida]— para hacer tu voluntad [hágase en mí según tu voluntad]”*».

Si somos necios y torpes [63], esto se debe a que no invocamos al Espíritu Santo. Y si no lo invocamos humilde y cotidianamente, la «casa» [64] se ensombrece y la atmósfera se carga, se hace pesada; y uno sale corriendo por la puerta, creyendo que así va a tomar una bocanada de aire fresco; y en cambio, lo que respira es el aire ingrato de nuestras ciudades.

Todo esto nos pasa por un solo motivo: porque no repetimos personalmente esta invocación. Que yo pase por un momento de aridez, que me sienta de repente vacío o mi garganta esté reseca puede suceder, puede ser parte de ese “libro de nuestra vida” que escribe Dios [65]. Ya lo decía el salmista profetizando a Cristo: ante la perspectiva de su muerte, le invadió una aridez extrema, su garganta se quedó como una teja. Y, a pesar de esta agonía terrible, Jesucristo profiere: «Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» [66].

Es esta soberana libertad la que debe entrar en acción cotidianamente. No puedes mantener en suspenso tu libertad, ¡nunca! No puedes abdicar de ti mismo.

«Aquí estoy»: este debería ser el arranque, el ardor, el latido más frecuentemente renovado a lo largo del día.

«Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». Tu ley: tu designio de comunión, de alianza y familiaridad con nosotros. Ya no podemos tratar a Dios de manera distinta, al margen de esta familiaridad profunda. En esto reside, a mi juicio, la consistencia de la persona humana.

EN ESTO CONOZCO QUE ME AMAS

Salmo 41,5-13

*Yo dije: «Señor, ten misericordia,
sáname, porque he pecado contra ti».
Mis enemigos me desean lo peor:
«A ver si se muere, y se acaba su apellido».
El que viene a verme habla con fingimiento,
disimula su mala intención,
y, cuando sale afuera, la dice.
Mis adversarios se reúnen a murmurar contra mí,
hacen cálculos siniestros:
«Padece un mal sin remedio,
se acostó para no levantarse».
Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba,
que compartía mi pan,
es el primero en traicionarme.
Pero tú, Señor, apiádate de mí; haz que pueda levantarme,
para que yo les dé su merecido.
En esto conozco que me amas:
en que mi enemigo no triunfa de mí.
A mí, en cambio, me conservas la salud,
me mantienes siempre en tu presencia.*

La petición es el punto exacto en que la persona cede, comienza a doblegarse; quebranta su autosuficiencia, empieza a quebrar su presunción. Porque no se puede pedir sin que uno empiece a renunciar a sí mismo. Sin llegar a pedir, nuestro deseo se mantiene en la vaguedad, sigue siendo aleatorio y confuso; seguimos albergando una recóndita pretensión que, normalmente, coincide con querer que las cosas sean como queremos nosotros, se ajusten a nuestras imágenes, cambien obedeciendo a nuestras preocupaciones.

Las palabras del Salmo 41 declaran el síntoma inequívoco de una petición sincera: si llegamos a pedir un signo de piedad amorosa que nos rescate: *«En esto conozco que me amas: en que mi enemigo no triunfa de mí»*. Más aún, estas palabras expresan el mayor

«desafío» que podemos dirigir a la nobleza de Dios, a su majestad y fidelidad. Y su respuesta no tarda en manifestarse: *«A mí, en cambio, me conservas la salud, me mantienes siempre en tu presencia»*.

MI REY Y MI DIOS ERES TÚ

Salmo 44,2-9

*Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron,
nuestros padres nos lo han contado:
la obra que realizaste en sus días,
en los años remotos.
Tú mismo con tu mano desposeíste a los gentiles,
y los plantaste a ellos;
triturstaste a las naciones
y los hiciste crecer a ellos.
Porque no fue su espada la que ocupó la tierra,
ni su brazo el que les dio la victoria,
sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro,
porque tú los amabas.
Mi rey y mi Dios eres tú,
que das la victoria a Jacob:
con tu auxilio embestimos al enemigo,
en tu nombre pisoteamos al agresor.
Pues yo no confío en mi arco,
ni mi espada me da la victoria;
tú nos das la victoria sobre el enemigo
y derrotas a nuestros adversarios.
Dios ha sido siempre nuestro orgullo,
y siempre damos gracias a tu nombre.*

I.

«Porque no fue su espada la que ocupó la tierra, ni su brazo el que les dio la victoria, sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro, porque tú los amabas».

La conciencia del salmista refleja la larga historia de la que nacía su mirada sobre el mundo, el sentido que para él tenía el mundo. No fue la inteligencia de sus antepasados, sino la luz del mismo Dios, la luz de su rostro, la sabiduría de Yahvé la que iluminó los hechos que todos veían; fue el Espíritu del Señor quien dio verdadero sentido a la historia de Israel. Y san Pedro escribe en una de sus cartas: hacéis bien en prestar

atención a la palabra profética como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro [67].

El Espíritu de Dios hizo del pueblo de Israel el defensor indomable, tenaz y veraz, del Dios único, *Jehová*: Dios es puro misterio. El creador es puro misterio. Él es la explicación del mundo, su sentido. Él es el origen y el fin del universo.

La conciencia de lo que es Dios dio unidad al pueblo de Israel a lo largo de los siglos, desde Abrahán hasta la época del salmista. ¿Cómo pudo esa pequeña tribu nacida de Abrahán y de sus hijos hacer frente a tantos pueblos durante tantos siglos y conquistar para sí la tierra más rica de Oriente Medio? No lo logró con sus fuerzas (que también emplearon a fondo), sino ¡con el brazo poderoso de Dios!

¡Qué admirable el milagro de este pueblo que empezó como un punto invisible en la historia y fue engrandeciéndose y manifestando su carácter original!

No es nuestra inteligencia la que nos hace comprender quién es Dios, quién es Cristo, quién es Jesús de Nazaret, el hijo de María. No es nuestra sagacidad la que nos hace comprender que la vida tiene sentido por él y que la tarea de nuestra vida es darle gloria. No es nuestra inteligencia, sino su Gracia. Incluso cuando nuestro entendimiento se oscurece, no podemos borrar la verdad del testimonio que damos con nuestra forma de vida [68].

«*Tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro les dio la victoria, porque tú los amabas*». Es la luz de su rostro, la luz del Espíritu de Dios la que ha generado nuestra realidad. Lo que somos sale de un punto lejanísimo, casi invisible en la historia, que es aquel Hombre en la cruz. Lo normal es que nadie hubiera seguido hablando de él. ¡Y en cambio, es por él por quien estamos nosotros aquí ahora! Su presencia ha entrado en el tiempo, ha generado una realidad que atraviesa los siglos y nos reúne ahora, nos llama ahora, sale a nuestro encuentro ahora, nos interroga ahora.

II.

Los primeros versículos del Salmo 44 (vv. 2-9) me han llamado la atención de manera especial por su contundencia y nitidez. No es casual que al demonio se le llama el «padre de la mentira» [69]; y la mentira es confusión, trampa, zancadilla, tal como describe el Salmo 140 [70]. Los caminos de Dios, en cambio, son rectos [71], como un sendero que marca un rumbo claro, objetivo; lo indica también el profeta Isaías: «Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino en el desierto, corrientes en el yermo» [72]. Y en otro lugar Isaías utiliza la imagen del camino: «Habrà un camino recto. Lo llamarán “Vía Sacra”. Él mismo abre el camino para que no se extravíen los inexpertos» [73]. El acontecimiento de Cristo no es obra nuestra, es un hecho en nuestra vida.

En su primera parte, el salmo hace memoria de lo que Dios realiza desde antiguo:

«nuestros oídos lo oyeron, nuestros padres nos lo han contado: la obra que realizaste en sus días, en los años remotos». Es un testimonio más maduro que el nuestro, una comprensión más honda, una mirada más amplia y duradera sobre nuestra experiencia.

«Mi rey y mi Dios eres tú, que das la victoria a Jacob»: por eso yo mismo he empezado a seguir este camino [\[74\]](#) *«pues yo no confío en mi arco, ni en mi espada».* Sólo *«tú nos das la victoria sobre el enemigo».* Tú eres *«nuestro orgullo».*

NOS ENTREGAS COMO OVEJAS DE MATANZA

Sal 44,10-17

*Ahora, en cambio, nos rechazas y nos avergüenzas,
y ya no sales, Señor, con nuestras tropas:
nos haces retroceder ante el enemigo,
y nuestro adversario nos saquea.
Nos entregas como ovejas de matanza
y nos has dispersado por las naciones.
Vendes a tu pueblo por nada
y no te enriqueces con su precio.
Nos haces el escarnio de nuestros vecinos,
irrisión y burla de los que nos rodean;
nos has hecho el refrán de los gentiles,
nos hacen muecas las naciones.
Tengo siempre delante mi deshonra,
y la vergüenza me cubre la cara
al oír insultos e injurias,
al ver a mi rival y a mi enemigo.*

Si el comienzo del Salmo 44 (v. 5) ha proclamado claramente «*Mi rey y mi Dios eres tú, que das la victoria a Jacob*» [a Israel, al pueblo de Dios], esta segunda parte (vv. 10-17) nos muestra un cuadro desolador.

«*Ahora, en cambio, nos rechazas y nos avergüenzas*»: el salmista da voz al estado de ánimo que tantas veces nos embarga; es como un pueblo arrasado por los enemigos, quemado, pasado a hierro y fuego. «*Ya no sales, Señor, con nuestras tropas; nos hacen muecas las naciones*»: todo esto nos ha pasado.

De pronto, estas palabras, que se refieren al pueblo elegido, encuentran un eco en nuestra experiencia, se actualizan en nuestra vida: «*Tengo siempre delante mi deshonra*». La deshonra, la falta de dignidad, la inutilidad para alcanzar fama (es decir, para incidir en la existencia concreta, propia y de los demás), la esterilidad de la vocación personal en su tarea generadora de un pueblo.

Y si algo distinto no interviene, nuestra caída de ayer, que pesa sobre el hoy, propiciará esta incoherencia e infamia. Otra vez eres tú, Señor, eres tú, Jesús mío, el que debe

intervenir.

¡Ven Señor Jesús!, para que esta infamia y esta vergüenza no se vuelvan motivo de escarnio por parte del mundo que, en vez de encontrar en nosotros un testimonio, encuentra un motivo para no creer, o ningún motivo válido para creer.

DESPIERTA, SEÑOR, ¿POR QUÉ DUERMES?

Salmo 44,18-27

*Todo esto nos viene encima, sin haberte olvidado
ni haber violado tu alianza,
sin que se volviera atrás nuestro corazón
ni se desviarán de tu camino nuestros pasos.
Y tú nos arrojaste a un lugar de chacales
y nos cubriste de tinieblas.
Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios
y extendido las manos a un dios extraño,
el Señor lo habría averiguado,
pues él penetra los secretos del corazón.
Por tu causa nos degüellan cada día,
nos tratan como a ovejas de matanza.
Despierta, Señor, ¿por qué duermes?
Levántate, no nos rechaces más.
¿Por qué nos escondes tu rostro
y olvidas nuestra desgracia y opresión?
Nuestra alma se hunde en el polvo,
nuestro vientre está pegado al suelo.
Levántate a socorrernos,
redímnos por tu misericordia.*

I.

«*Todo esto [dispersión, escarnio, deshonor] nos viene encima, sin haberte olvidado ni haber violado tu alianza*». ¿Por qué haces eso? ¿Por qué me has abandonado? Y yo no te había olvidado, no había traicionado tu alianza, mi corazón no se había vuelto atrás, mis pasos no abandonaron tu sendero. Por eso clamo: «*Despierta, Señor, ¿por qué duermes?*». ¿No ves que «*nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza*»? En este camino vocacional, me siento como si me enviaran al matadero delante de todos.

Esta parte final del Salmo 44 realza el momento de la petición.

«*Levántate, no nos rechaces más*», pues somos incoherentes, distraídos, te negamos y

sin embargo no te hemos olvidado, seguimos en tu camino y nuestros pasos no han dejado tu sendero.

¿Por qué permites que el mundo pueda con nosotros? ¿Por qué dejas que sigamos esclavos de la mentalidad común? ¿Por qué dejas que la apariencia, tal como el mundo la adora, nos someta? Nosotros no la hemos adorado; no la hemos adorado ni siquiera cuando el incienso de nuestro corazón aspiraba a ella. «¿Por qué nos escondes tu rostro, olvidas mi desgracia y opresión», este morder el polvo con el cuerpo postrado a tierra? Levántate, ven en mi ayuda, sálvame *«por tu misericordia»* (y es que no hay otro camino; ni siquiera en nuestros peores momentos hemos optado por otro camino).

Y el Señor nos prueba para que al fin clamemos: *«Despierta, Señor, ¿por qué duermes?»*; o para que podamos escribir: «Yo estoy bien, porque siempre me acompaña la certeza de que Él me posee. (...) Soy suya por toda la eternidad, que para mí se juega en este instante» [75]. ¡Qué grandeza está reservada a cualquier instante de nuestra vida! La eternidad que vibra en el instante presente es el vigor, la fascinación, el sentido y la nobleza del tiempo que se nos concede.

II.

El comienzo de la felicidad eterna en esta vida se sitúa exactamente en este punto, en el momento en que yo te pido a ti, Señor, que te despiertes, que no me rechaces para siempre, que no me escondas tu rostro. ¡No olvides la miseria y la opresión que sufrimos día tras día por la naturaleza misma de la fe en el mundo! No te olvides de nuestra alma que se hunde en el polvo, postrada en el suelo. Sólo tú puedes levantarnos de nuevo. Sólo tú puedes hacer que avancemos en medio de las tinieblas del mundo, que crucemos las sombras tenebrosas que nos envuelven, que atravesemos tierras pobladas de chacales, páramos donde yacen los esqueletos de los muertos, donde todo es muerte y carroña.

Sólo tú puedes hacer que, no obstante las tinieblas que nos envuelven, caminemos en la luz; incluso con alegría, como dijiste antes de ir a morir [76].

HARÁ VOLVER A LOS DEPORTADOS DE SU PUEBLO

Salmo 53,2-7

Dice el necio para sí:

«No hay Dios».

Se han corrompido cometiendo execraciones,

no hay quien obre el bien.

Dios observa desde el cielo

a los hijos de Adán,

para ver si hay alguno sensato

que busque a Dios.

Todos se extravían

igualmente obstinados;

no hay uno que obre el bien,

ni uno solo.

Pero, ¿no aprenderán los malhechores

que devoran a mi pueblo como pan

y no invocan a Dios?

Pues temblarán de espanto

allí donde no había razón para temer,

porque Dios esparce los huesos del agresor,

y serán derrotados,

porque Dios los rechaza.

¡Ojalá venga desde Sión la salvación de Israel!

Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo,

se alegrará Jacob y gozará Israel.

«¡Ojalá venga desde Sión la salvación de Israel! Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo, se alegrará Jacob y gozará Israel».

El que fue desterrado, volverá; lo que no se comprende se comprenderá. ¿Cuál es la condición para ambas cosas? La confianza en Dios, la fidelidad a su alianza.

La fidelidad a su alianza se puede traducir también de esta manera: «Señor, yo me equivoco mil veces al día; pero mil veces al día me duele haberme equivocado y no abandono tu camino, no reniego de tu alianza».

YO CONFÍO EN TI, SEÑOR

Salmo 55,2-9.17-24

*Dios mío, escucha mi oración,
no te cierres a mi súplica;
hazme caso y respóndeme.
Me agitan mis ansiedades,
me turba la voz del enemigo,
los gritos del malvado.
Descargan sobre mí calamidades
y me atacan con furia.
Se agita mi corazón,
me sobrecoge un pavor mortal,
me asalta el temor y el terror,
me cubre el espanto.
Y pienso: «¡Quién me diera alas de paloma
para volar y posarme!
Emigraría lejos,
habitaría en el desierto,
esperaría en el que puede salvarme
del huracán y la tormenta».
(...)
Pero yo invoco a Dios,
y el Señor me salva:
por la tarde, en la mañana, al mediodía,
me quejo gimiendo.
Dios escucha mi voz:
en paz rescata mi alma
de la guerra que me hacen,
porque son muchos contra mí.
Dios me escucha, los humilla
el que reina desde siempre.
Porque no quieren enmendarse
ni temen a Dios.*

*Levantán la mano contra su aliado,
violando los pactos;
su boca es más blanda que la manteca,
pero desean la guerra;
sus palabras son más suaves que el aceite,
pero son puñales.
Encomienda a Dios tus afanes,
que él te sustentará;
no permitirá jamás que el justo caiga.
Tú, Dios mío, los harás bajar a ellos
a la fosa profunda.
Los traidores y sanguinarios
no cumplirán ni la mitad de sus años.
Pero yo confío en ti, Señor.*

En medio de todos los vaivenes de la vida, en medio de todos los contrastes, en medio de nuestras nefastas debilidades, ante todo lo que nos viene en contra, ¿qué podemos hacer?

«Emigraría lejos, habitaría en el desierto, esperaría en el que puede salvarme del huracán y la tormenta». ¿Escapo? ¿Me voy por otro camino? ¿Me retiro de la lucha? ¿Me quedo sin hacer nada? ¡Qué va! «Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará; no permitirá jamás que el justo caiga». Si lo invocas, el Señor no permite que tu amor flaque y sea vana tu búsqueda de la justicia, es decir, de su voluntad.

«Yo confío en ti, Señor». No huyo, porque confío en ti.

CUANDO TE INVOCO

Salmo 56,2-7.9-14

*Misericordia, Dios mío, que me hostigan,
me atacan y me acosan todo el día;
todo el día me hostigan mis enemigos,
me atacan en masa, oh Altísimo.
En el día terrible, yo confío en ti.
En Dios, cuya promesa alabo,
en Dios confío y no temo:
¿qué podrá hacerme un mortal?
Todos los días discuten y planean
pensando solo en mi daño;
buscan un sitio para espiarme,
acechan mis pasos
y atentan contra mi vida.
(...)*

*Anota en tu libro mi vida errante,
recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío,
mis fatigas en tu libro.
Que retrocedan mis enemigos
cuando te invoco,
y así sabré que eres mi Dios.
En Dios, cuya promesa alabo,
en el Señor, cuya promesa alabo,
en Dios confío y no temo;
¿qué podrá hacerme un hombre?
Te debo, Dios mío, los votos que hice,
los cumpliré con acción de gracias;
porque libraste mi alma de la muerte,
mis pies de la caída;
para que camine en presencia de Dios
a la luz de la vida.*

El pobre es aquél que mendiga, aquél que invoca. «*Que retrocedan mis enemigos cuando te invoco, y así sabré que eres mi Dios*» (v. 10). ¿Cómo sé que Dios está a mi favor? Lo sé porque me ha dado la vida, me ha insertado en su designio misterioso, me ha incorporado a la Iglesia, el cuerpo de Cristo y sale a mi encuentro con la presencia de su Hijo.

El enemigo del hombre es el que lo empuja en dirección contraria, hacia el barranco de la nada. Pero como el hombre ha sido amado y, por tanto, llamado a la vida, ceder a este empuje hacia la nada supone siempre una mentira, un acto de negación; no es en absoluto un hecho neutral. Mis enemigos son los que me empujan a olvidar a Cristo, los que no me hacen invocar a Cristo, los que me impiden percibir su presencia dentro de la presencia de todas las cosas.

«*Que retrocedan mis enemigos* [no cuando yo haga esto o aquello, cuando logre esto o lo otro, sino] *cundo te invoco*».

Creo que a nadie se le oculta la verdad fascinante de estas palabras, la verdad absoluta de esta invocación. La verdad es siempre fascinante porque es siempre hermosa.

Bastaría que cada uno se observara a sí mismo y se sorprendiera mientras invoca: vería, sin duda, una nada que cobra existencia, un indigente que se hace rico, un débil que se torna firme y adquiere una consistencia que no procede de él mismo. Uno se sorprende existencialmente hecho por una Presencia, concebido por una realidad presente.

«*Que retrocedan mis enemigos cuando te invoco*». Por esta frase entendemos qué debe ser la oración, porque pedir es una pureza absoluta, la única verdadera pureza de la vida. Se comprende que la oración es pura petición, sin residuo alguno; no petición de lo que pensamos y queremos nosotros, sino puro deseo de Otro, por la persuasión que él causa en nosotros.

Invocarlo es el acto más puro, sin doblez; tanto es así que coincide con percibirnos totalmente perteneciendo a Él.

Ese niño saciado en brazos de su madre del que nos habla el Salmo 131 [\[77\]](#), en su realidad humana, ontológica, no es otra cosa que petición. Desde el punto de vista ontológico, la naturaleza entera grita a Dios para que la sacie. La naturaleza entera es ontológicamente petición, sed de ser; pero el niño es la imagen del hombre verdadero, porque, humanamente hablando, no es otra cosa que petición. Cuando el niño se abandona trasciende todo su deseo instintivo de que la madre lo tome en brazos y lo tenga consigo. Hay una orilla extrema de este abandono que es gratuidad total, aunque sea inconsciente.

«*Que retrocedan mis enemigos* [a los que ya hemos aludido] *cundo te invoco*». Esto quiere decir que mis enemigos pueden volver a la carga en cualquier momento, pero

«[yo sé] *que eres mi Dios*», sé que Dios está a mi favor. Esta última expresión indica con exactitud el contenido psicológico del hombre que pide, el contenido exacto de esa petición que expresa, limpia y enteramente, la verdad de mi yo. «Sé que Dios está a mi favor» expresa la conciencia madura de lo que Él es para mí. Me ha dado la vida, se ha dado a conocer, ha salido a mi encuentro y me ha querido para sí: «*Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos*» [78]. Este versículo ilustra la afirmación del Salmo 56 (v. 10). Imaginad por un momento que alguien, en una posición contraria a la de quien recuerda las obras del Señor y lo invoca, dijera: «¿Pero cómo desperdicias tu vida de ese modo? Pierdes el tiempo recordando e invocando...». Sería esa una miserable mezquindad que ni siquiera capta el drama de nuestra nada; el drama de una nada que, haciendo memoria y pidiendo, puede dar gloria a Dios en su día a día y, en cambio, no lo hace [79].

Si hoy estamos aquí [80] diciendo estas cosas, si mañana podemos levantarnos y rezar los Laudes con las personas que él nos ha puesto al lado, es porque Dios está de nuestra parte.

El nuestro debería ser un ejercicio ininterrumpido de asombro, de gratitud llena de admiración delante de Él, que nos permite repetir conscientemente lo que el Salmo 143 nos pone en los labios: «*Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos*».

DESPERTARÉ A LA AURORA

Salmo 57,2-12

*Misericordia, Dios mío, misericordia,
que mi alma se refugia en ti;
me refugio a la sombra de tus alas
mientras pasa la calamidad.
Invoco al Dios altísimo,
al Dios que hace tanto por mí.
Desde el cielo me enviará la salvación,
confundirá a los que ansían matarme;
enviará Dios su gracia y su lealtad.
Estoy echado entre leones
devoradores de hombres;
sus dientes son lanzas y flechas,
su lengua es una espada afilada.
Elévate sobre el cielo, Dios mío,
y llene la tierra tu gloria.
Han tendido una red a mis pasos,
para que sucumbiera;
me han cavado delante una fosa,
pero han caído en ella.
Mi corazón está firme, Dios mío,
mi corazón está firme.
Voy a cantar y a tocar:
despierta, gloria mía;
despertad, cítara y arpa;
despertaré a la aurora.
Te daré gracias ante los pueblos, Señor;
tocaré para ti ante las naciones:
por tu bondad, que es más grande que los cielos;
por tu fidelidad, que alcanza las nubes.
Elévate sobre el cielo, Dios mío,
y llene la tierra tu gloria.*

«Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme. Voy a cantar y a tocar: despierta, gloria mía; despertad, cítara y arpa; despertaré a la aurora».

¡Qué brío! ¡Qué viveza a nuestro alcance cada mañana!: «despertaré a la aurora».

Hemos de suplicar cada día que se nos conceda esta viveza.

Es esta súplica, no el estado de ánimo, lo que debe determinarnos. El estado de ánimo es como una fuerza de gravedad que pesa sobre lo que es de este mundo.

No se piensa en Cristo, no se pide a Cristo sinceramente si, al pedir, no penetra en nuestra conciencia un soplo de aire nuevo; no se piensa de verdad en él si algo no se renueva en nosotros, si no se introduce algo nuevo. De lo contrario, rezar no es más que una costumbre, un automatismo; y Cristo queda reducido a un estado de ánimo [\[81\]](#).

MI ALCÁZAR ES DIOS

Salmo 59,2-5.10-11.17-18

*Librame de mi enemigo, Dios mío;
protégeme de mis agresores,
librame de los malhechores,
sálvame de los hombres sanguinarios.
Mira que me están acechando,
y me acosan los poderosos:
sin que yo haya pecado ni faltado, Señor,
sin culpa mía, avanzan para acometerme.
Despierta, ven a mi encuentro, mira; [...]
Por ti velo, fortaleza mía,
que mi alcázar es Dios.
Que tu favor se me adelante, Dios mío,
y me haga ver la derrota de mi enemigo. [...]
Pero yo cantaré tu fuerza,
por la mañana proclamaré tu misericordia,
porque has sido mi alcázar
y mi refugio en el peligro.
Y tocaré en tu honor, fuerza mía,
porque tú, oh Dios, eres mi alcázar,
Dios mío, misericordia mía.*

«Y tocaré en tu honor, fuerza mía, porque tú, oh Dios, eres mi alcázar, Dios mío, misericordia mía».

Recordemos que «nuestros agresores» son los que, de alguna manera, rompen nuestra integridad. Y que «el enemigo» es el mal, también el que se cuela dentro de nosotros. Por tanto, si hemos cedido a la falsedad, a la mentira de la idolatría, ensalzando indebidamente un particular; si hemos consentido a la mezquindad, a la debilidad infame de un becerro de oro, sólo la repentina salida de Dios mismo en nuestra *defensa* nos puede rescatar. Cuando somos víctimas de la mentira —san Juan identifica el pecado con la mentira, suele referirse a él como mentira— [\[82\]](#), es su misericordia la que nos levanta de la caída idolátrica, la que sana nuestro defecto, la que nos libra del equívoco.

HICISTE SUFRIR UN DESASTRE A TU PUEBLO

Salmo 60,3-14

*Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas;
estabas airado, pero restáuranos.*

*Has sacudido y agrietado el país:
repara sus grietas, que se desmorona.*

*Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo,
dándole a beber un vino de vértigo.*

*Diste la señal de desbandada a los que te temen,
haciéndolos huir de los arcos.*

*Para que se salven tus predilectos,
que tu mano salvadora nos responda.*

Dios habló en su santuario:

*«Triunfante ocuparé Siquén,
parcelaré el valle de Sucot;
mío es Galaad, mío Manasés,
Efraín es yelmo de mi cabeza,
Judá es mi cetro;*

*Moab, una jofaina para lavarme;
sobre Edón echo mi sandalia,
sobre Filistea canto victoria».*

*Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edón,
si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?*

*Auxílianos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es inútil.*

*Con Dios haremos proezas,
él pisoteará a nuestros enemigos.*

*«Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas; estabas airado, pero restáuranos.
Has sacudido y agrietado el país: repara sus grietas, que se desmorona. Hiciste sufrir
un desastre a tu pueblo, dándole a beber un vino de vértigo [¿hay una expresión más*

acertada para indicar el olvido?]) *Diste la señal de desbandada a los que te temen, haciéndolos huir de los arcos. Para que se salven tus predilectos, que tu mano salvadora nos responda; ¿quién me guiará a la plaza fuerte; si tú, oh Dios, nos has rechazado y no sales ya con nuestras tropas?* [ya no sales conmigo, Señor, en la batalla cotidiana de mi vida, en mi trabajo, en la convivencia de la casa] [83]; *auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil*». «*La ayuda del hombre es inútil*» quiere decir que el cambio no viene de nuestro propósito; que el milagro no es obra nuestra; el cambio, el milagro es fruto de una petición sincera. No cabe otra posibilidad, otra salida: debe producirse un corte, una ruptura; algo se debe quebrar en lo hondo, porque la verdadera petición implica todo esto. La historia de esta quiebra interior se despliega mediante una gran lección de humildad que Dios nos tiene que dar para devolvernos a la simple conciencia de nuestra dependencia total, es decir, al asombro por su inmensa gloria.

Una oración de la liturgia eucarística reza así: «Oh Dios, protector de los que en ti esperan; sin ti nada es fuerte ni santo [es decir, nada es definitivo, completo, sin parcialidad, sin mentira]. Multiplica sobre nosotros los signos de tu misericordia, para que, bajo tu guía providente, de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros, que podamos adherirnos a los eternos [es decir, a la verdad de las cosas]» [84]. Si el pecado prevalece en nuestra vida es porque no hemos bajado hasta donde se origina el cambio, allí donde comienza el milagro: la verdadera petición, es decir, la expresión de un deseo sincero. Multiplica los signos de tu misericordia «para que de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros, que podamos adherirnos a los eternos». ¿Qué son los bienes eternos? El bien eterno, ¿no es acaso el misterio de Dios? Y el misterio de Dios, ¿acaso no se ha manifestado en Cristo? ¡Qué lejos estamos de lo que debería ser objeto de nuestra inteligencia y amor a la realidad! ¡Los bienes eternos son Cristo mismo!

¿Qué quiere decir entonces «que de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros, que podamos adherirnos a los eternos»? Quiere decir servirse de los bienes pasajeros anhelando su valor imperecedero: «*Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. ¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria!*» [85]. ¡Ansío que tu fuerza y tu gloria, reveladas en Cristo, se manifiesten en mi vida!

Es muy sabio, por tanto, servirse de los bienes terrenos pidiendo continuamente que tu Presencia se manifieste.

¿Qué son los bienes terrenos? Todo, desde el aliento hasta la imaginación, desde el propio cuerpo hasta la relación con cualquier persona o cosa. ¿Y qué es la Iglesia sino el conjunto de los hombres que se sirven de los bienes terrenos en la continua búsqueda de Cristo? No se trata de buscar a Cristo como si estuviera lejos, sino todo lo contrario, porque Cristo es precisamente el misterio que se encarna, que se hace presente. Por lo

tanto, la vocación cristiana es una llamada a usar sabiamente los bienes terrenos, a servirse de ellos con inteligencia, en la búsqueda continua de Cristo. Así se define la vocación cristiana, la tarea inherente a la vocación, el dinamismo que traduce en acto la vocación.

HABITARÉ SIEMPRE EN TU MORADA

Salmo 61,2-9

*Escucha, oh Dios, mi clamor,
atiende a mi súplica.
Te invoco desde el confín de la tierra
con el corazón abatido:
llévame a una roca inaccesible.
Porque tú eres mi refugio
y mi bastión contra el enemigo.
Habitaré siempre en tu morada,
refugiado al amparo de tus alas.
Porque tú, oh Dios, escucharás mis votos
y me darás la heredad de los que temen tu nombre.
Añade días a los días del rey,
que sus años alcancen varias generaciones;
reine siempre en presencia de Dios:
tu gracia y tu lealtad le hagan guardia.
Yo cantaré salmos a tu nombre,
e iré cumpliendo mis votos día tras día.*

I.

«*Te invoco desde el confín de la tierra* [desde el borde extremo de mi experiencia] *con el corazón abatido* [cuando me siento casi un extraño para mí mismo]: *llévame a una roca inaccesible* [llévame a un alcázar seguro, inexpugnable]». Pero, ¿vibra en nosotros esta súplica?

Yo puedo sentirme seguro porque me acompaña la certeza de ser poseído, de ser tuyo para siempre. Pero también podría sentirme ajeno a mí mismo, desterrado, con el corazón abatido y, sin embargo, en ambos casos, yo sé que te pertenezco para siempre, sé que «*habitaré siempre en tu morada*». Estas palabras no expresan un estado de ánimo, sino el juicio de una libertad que se adhiere a la verdad.

II.

A menudo los salmos hablan de perseguidores, de insolentes que no siguen tu ley, de

gente que injustamente me persigue y me condena al destierro. Recordemos que todos estos enemigos, de los que hablan los salmos, remitiendo ciertamente a hechos históricos, se refieren en realidad a una historia que discurre dentro de nosotros. Los que nos persiguen desde fuera no cuentan nada. Todos estos perseguidores son figura de los que están dentro de nosotros. Por eso, te invoco *«con el corazón abatido: llévame a una roca inaccesible»*. El adversario ante el cual *«tú eres mi bastión»* está dentro de mí; el enemigo del que tengo terror porque atenta contra mi vida, el enemigo del que pido que *«tu gracia y tu lealtad»* me guarden, está dentro de mí. La batalla se libra dentro de cada uno de nosotros.

TU GRACIA VALE MÁS QUE LA VIDA

Salmo 63,2-9

*Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.
¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.
Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré
como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.
En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo.
Mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.*

I.

«*Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti*». Nuestra jornada es hambre y sed de satisfacción, un sed tan concreta que se expresa en nuestra carne y sangre: «*mi carne tiene ansia de ti*», porque de otro modo me quedaría baldío, agostado, sin agua. Nunca poseemos lo que de verdad deseamos; por eso nuestra carne, la conciencia de nosotros mismos, te anhela a ti que eres el origen y el fin de todo. Por eso salí de la casa de mis padres, para buscarte «*en el santuario*». El santuario, el templo, la morada de Dios, su casa, es el lugar donde se reúnen todos aquellos que reconocen que Dios lo es todo. Dios lo es realmente todo, no sólo porque dice: «Sin mí no podéis hacer nada» [86] —¡nada!—, sino porque «todo consiste en Él» [87].

«*¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria!*». En la morada de

Dios toda la realidad se mira a la luz de la gran presencia, se juzga haciéndose eco de su presencia y se vive a la sombra de sus alas (v. 8). ¿Qué es la gracia de Dios? Es Dios mismo que se hace presente en nuestra vida. De hecho la gracia es Jesucristo.

«*Tu gracia vale más que la vida*», más que todo lo que tengo, más que mi vida misma. «*Tu gracia vale más que la vida*»: esta afirmación debe llegar a ser objeto habitual de nuestro pensamiento. Al comienzo nos resulta opaca, como impenetrable, pero si a pesar de su opacidad la repetimos, con el tiempo, la verdad disipa todas las nieblas.

«*En el lecho me acuerdo de ti*»: el peso del día y sus fatigas me llevan a acordarme de ti; no logro coger el sueño y «*velando medito en ti*». Pienso en ti muy concretamente, no en abstracto, porque tú estás dentro de mi experiencia constatada en el presente. «*Fuiste mi auxilio*»: todo lo que de bueno hay en mi vida, hasta el día de hoy, coincide con la aparición misericordiosa de tu presencia.

«*A la sombra de tus alas canto con júbilo*»: entonces mi corazón rebosa de alegría, porque me encuentro entre tus brazos. De hecho, la imagen verdadera de la relación entre Dios y el hombre, la que establece Dios y se revela en Jesucristo, es esta: «*Mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene*», mi alma está unida a ti y yo camino de tu brazo.

Ha sido siempre fácil para mí volver a esta imagen suprema que, no obstante la caída del pecado original, está cargada de la ternura creatural, de la pureza y el sabor original, de la frescura del instante creativo: el hombre y la mujer enamorados, que se apoyan el uno en el otro y van del brazo, paso a paso, por el camino que deben recorrer en la vida. Y no hay otras criaturas en el universo que caminen hacia la meta, tan próximas, tan unidas y en tensión hacia la plenitud, como las que expresa esta figura del salmo.

Jesús vino para devolver su autenticidad original, su frescura primigenia a la realidad tal como la crearon las manos de Dios y el soplo del Espíritu.

Dios mismo estableció los términos de nuestra relación con Él. No los elegimos nosotros. Gracias a Dios, no los escogió Sócrates, no los pensó Aristóteles, no los definió Hegel, ni tampoco Pascal... ni siquiera los más religiosos de entre los filósofos. Los pensó Dios mismo y nos lo manifestó en Jesucristo: estableció una familiaridad sin par, una familiaridad de tal calibre que cada uno de nosotros está llamado a hacerse uno con Él, a intimar de tal manera que los dos seamos uno.

Por eso escribe san Pablo: «aun viviendo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios» [88]. «*Mi alma está unida a ti*»: mi alma se hace una con Él por la fe en el Hijo de Dios; «*y tu fuerza me sostiene*»: me apoyo en ti, camino de tu brazo. No hay nada más grande y sencillo que se pueda decir: «Me amó y dio su vida por mí» [89].

II.

«*Mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene*». Sinceramente, no comprendo cómo se puede pronunciar este versículo sin sentirse, de algún modo, renovado. Y es que necesitamos siempre ser renovados, regenerados en cada instante. En este versículo se consagra, literalmente, la fisicidad de Su presencia, que coincide con la compañía vocacional. «*Mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene*», porque “su diestra” coincide con la morada a la que pertenezco, con la compañía vocacional. La fuerza de “su brazo” es la comunión. Su presencia que me sostiene es una realidad física, la compañía vocacional. En ella también se sustenta y alimenta una mirada de misericordia hacia uno mismo y el ardor y la pasión por el mundo. Toda la pedagogía cristiana se juega aquí.

Si es verdad para nosotros lo que decimos —«*Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua*»—, ya no podemos ir por la vida como lo hacen los demás. Este camino vocacional [90] está llamado a ser un ejemplo para los demás. Su tarea es la de ser un ideal. Y no se puede ir por este camino con orejeras, sin enterarnos de lo que significa, como bobos y atolondrados. Necios y torpes para creer, como les dijo el Señor a los discípulos en el camino de Emaús [91]. No se puede avanzar por este camino sin que el contenido de nuestra autoconciencia sea este: «*Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos*».

Si no es éste el contenido que nuestro corazón y nuestra conciencia buscan todos los días, ¿cómo viviremos?, ¿cómo caminaremos? Tu diestra, Señor, tu Nombre, se manifiestan en la dicha de nuestro rostro. Nada que ver con una euforia momentánea, con una sonrisa banal, con una fácil disposición a estirar los labios. De todas formas, la alegría es un buen síntoma, tanto si tiene que abrirse paso entre los embates de una resistencia tempestuosa, como si tiene que traspasar la rabia que se estanca en lo escondido del corazón; tanto si se libera con facilidad, como si lo hace trabajosamente.

Sorprende que la alegría no pueda venir de otra cosa que no sea la certeza. Por esta razón es un síntoma inequívoco. La reverberación de la fe es una alegría sosegada. El gozo nace de la certeza.

¿Pero de qué certeza? Decir que Dios existe, que existe el destino, que existe la eternidad, tiene valor sólo cuando, con esta expresión, afirmamos un vínculo, una relación con un bien presente, un nexos con una realidad presente. Decir que el Señor existe significa afirmar que él me hace en este instante y que yo soy su siervo. Decir que hay un destino y que existe el paraíso y la eternidad, significa reconocer que este instante tiene un valor eterno y es instrumento para mi felicidad. Por eso, Dios, destino, paraíso, eternidad, son realidades que influyen en mi momento presente, que me determinan en el

ahora. De lo contrario, son palabras que no me llenan de gozo, porque no corresponden a una certeza real, sino a una creencia que de algún modo sigue en el aire, es abstracta. En cambio, la certeza es algo que toca el presente. Sólo entonces llega a ser una certeza existencial.

PROTEGE MI VIDA DEL TERRIBLE ENEMIGO

Salmo 64,2-11

*Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento,
protege mi vida del terrible enemigo;
escóndeme de la conjura de los perversos
y del motín de los malhechores.
Afilan sus lenguas como espadas
y disparan como flechas palabras venenosas,
para herir a escondidas al inocente,
para herirlo por sorpresa y sin riesgo.
Se animan al delito,
calculan cómo esconder trampas,
y dicen: «¿Quién lo descubrirá?».
Inventan maldades y llevan a cabo sus proyectos criminales:
su mente y su corazón son un abismo.
Pero Dios los acribilla a flechazos,
por sorpresa los cubre de heridas;
su misma lengua los lleva a la ruina,
y los que los ven menean la cabeza.
Todo el mundo se atemoriza,
proclama la obra de Dios
y medita sus acciones.
El justo se alegra con el Señor,
se refugia en él,
y se felicitan los rectos de corazón.*

«Protege mi vida del terrible enemigo». La fuerza del enemigo es el terror que nos infunde. «Escóndeme de la conjura de los perversos» que me hieren «por sorpresa...que calculan cómo esconder trampas». El mal no viene sólo de fuera, de los enemigos externos, también está dentro de nosotros mismos. El enemigo es obstinado y calcula cómo esconder sus trampas diciendo: «¿Quién lo descubrirá?». ¿No nos damos cuenta de que este sentirse, a veces, al margen del camino vocacional, ajenos al camino al que Dios nos ha llamado es una trampa? Pues, sólo una vez que hayamos renegado de la

vocación, escondidamente, día a día, podemos llegar a negar Su llamada irrevocable.

«*El justo se alegra con el Señor*», no porque se vea libre de enemigos o porque no se sienta como uno exiliado que grita, sino porque pone su esperanza en Dios.

Por esto, resultan providenciales las palabras de Jeremías: «Esto dice el Señor: Paraos en los caminos a mirar, preguntad por las rutas antiguas: dónde está el buen camino y seguidlo, y así encontraréis reposo» [\[92\]](#). Cuando todo está oscuro, pedid; cuando en ocasiones todo os resulta lejano, ajeno, preguntad dónde está el camino bueno y tomadlo. Es decir, quedaos en el cauce de la compañía vocacional, seguid por esa senda y encontraréis reposo, a su tiempo.

EN EL VIENTRE MATERNO YA ME APOYABA EN TI

Salmo 71,1-9; 17-18

*A ti, Señor, me acojo:
no quede yo derrotado para siempre.
Tú que eres justo, librame y ponme a salvo,
inclina a mí tu oído y sálvame.
Sé tú mi roca de refugio,
el alcázar donde me salve,
porque mi peña y mi alcázar eres tú.
Dios mío, librame de la mano perversa,
del puño criminal y violento.
Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías,
siempre he confiado en ti.
Muchos me miraban como a un milagro,
porque tú eres mi fuerte refugio.
Llena estaba mi boca de tu alabanza
y de tu gloria todo el día.
No me rechaces ahora en la vejez;
me van faltando las fuerzas, no me abandones.
Dios mío, me instruiste desde mi juventud,
y hasta hoy relato tus maravillas;
ahora, en la vejez y las canas,
no me abandones, Dios mío,
hasta que describa tu poder,
tus hazañas a la nueva generación.*

«Dios mío, librame de la mano perversa, porque tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías, siempre he confiado en ti». Podría ser esta una buena definición de lo que es la vida humana.

De hecho, la recapitulación de la propia existencia [\[93\]](#) es como un río que desemboca en una oración. Mi modo de pensar, sentir y obrar, es tan distinto al de los demás, que *«muchos me miraban como a un milagro»* porque *«tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza desde mi juventud...tú eres mi fuerte refugio»*. Por eso, *«no me rechaces ahora en la vejez; [cuando] me van faltando las fuerzas, no me abandones»*.

ÉL DEJA SIN ALIENTO A LOS PRÍNCIPES

Salmo 76,8-13

*Tú eres terrible: ¿quién resiste frente a ti
al ímpetu de tu ira?
Desde el cielo proclamas la sentencia:
la tierra teme sobrecogida
cuando Dios se pone en pie para juzgar,
para salvar a los humildes de la tierra.
La cólera humana tendrá que alabarte,
los que sobrevivan al castigo harán fiesta en tu honor.
Haced votos al Señor y cumplidlos,
y traigan los vasallos tributo al Temible:
El deja sin aliento a los príncipes,
y es temible para los reyes del orbe.*

«La gracia es más misteriosa y más profunda que la belleza. La gracia es todavía más arbitraria, libre y soberana, más perfectamente ilógica y gratuita; inquietante también, como todo lo que es dado gratuitamente (...). Potencia de la gracia. Potencia eterna de sangre eterna. De una sangre eterna, la de Jesucristo» [\[94\]](#). ¿Cuándo, Señor, nos concederás participar en la hondura que otorgaste a Charles Péguy, que recobró la fe siguiendo con lealtad el mismo camino, avanzando siempre en la misma dirección?

«*Desde el cielo proclamas la sentencia: la tierra teme sobrecogida cuando Dios se pone en pie para juzgar, para salvar a los humildes de la tierra*». ¡Nada más perfectamente ilógico y gratuito que esto! ¡Más inquietante que esto! Inquietante, porque lo que se te da gratuitamente no sabes de dónde viene ni a dónde va; es como el viento del Espíritu del que Jesús habló a Nicodemo [\[95\]](#). ¡Más arbitrario que esto! ¡Más soberano! Más misterioso y profundo que la belleza, porque también la belleza no se salva por sí misma; sólo se salva por una gracia. ¡Nada más profundo que esto!

¿Cuándo anidará en nuestro corazón esta suprema verdad de lo que tú, oh Dios, eres para nosotros, que somos nada? ¿Cuándo viviré de lo que tú eres, oh Cristo, para mí, pecador?

Este juicio —lo que tú eres para mí, que soy pecador— es un acontecimiento real y cotidiano como el comer todos los días.

En otra de sus obras dice Péguy: «Lo que hay de más imprevisto en el cristianismo es siempre el acontecimiento. Basta con haber vivido un poco fuera de los libros de historia para saber, para haber comprobado, que todo lo que organizamos [lo que disponemos, lo que los historiadores procuran enaltecer], generalmente, es lo que menos ocurre; y lo que no organizamos, generalmente, es lo que realmente sucede» [\[96\]](#).

Nosotros no sabemos aún, no hemos llegado todavía a ser como niños, en un sentido ético del término, no en un sentido pueril o transitorio. No hemos llegado todavía a ser «*los humildes de la tierra*». Los humildes de la tierra son los que verdaderamente saben. Son los que saben, porque el ser se ha manifestado y ellos han asumido ante él una actitud original de dependencia; y en el curso del tiempo no han renegado de esta actitud primigenia, al contrario, la han aceptado. Pero, ¡cuidado!, porque cuanto más Su presencia se nos ha comunicado y anunciado y explicado y manifestado... tanto más corremos el peligro de no acogerla más que con nuestros «peros, quizás, si...», es decir, poniendo reparos y condiciones. La acogemos, pero hasta cierto punto; pretendemos, le imponemos nuestros tiempos, elegimos cómo y cuándo responder a Dios.

OH DIOS, RESTÁURANOS

Salmo 80,2-8

*Pastor de Israel, escucha,
tú que guías a José como a un rebaño;
tú que te sientas sobre querubines, resplandece
ante Efraín, Benjamín y Manasés;
despierta tu poder y ven a salvarnos.
Oh Dios, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.
Señor, Dios del universo,
¿hasta cuándo estarás airado
mientras tu pueblo te suplica?
Les diste a comer llanto,
a beber lágrimas a tragos;
nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos,
nuestros enemigos se burlan de nosotros.
Dios del universo, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.*

«Oh Dios, restáuranos... Les diste a comer llanto, a beber lágrimas a tragos; nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos, nuestros enemigos se burlan de nosotros».

Estos enemigos están dentro de nosotros, coinciden con la realidad mundana que hay en nuestro interior. El enemigo acecha desde fuera de nosotros, pero se hace fuerte cuando y porque se enraíza dentro de nosotros. ¿Quién nos salvará?

«Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»: Dios hizo resplandecer su rostro en Jesucristo. Lo hace brillar en nuestra vida y con su presencia nos salva.

DICHOSO EL QUE ENCUENTRA EN TI SU FUERZA

Salmo 84,2-13

*¡Qué deseables son tus moradas,
Señor del universo!
Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne
retozan por el Dios vivo.
Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor del universo,
Rey mío y Dios mío.
Dichosos los que viven en tu casa,
alabándote siempre.
Dichoso el que encuentra en ti su fuerza
y tiene tus caminos en su corazón.
Cuando atraviesan áridos valles,
los convierten en oasis,
como si la lluvia temprana los cubriera de bendiciones;
caminan de baluarte en baluarte
hasta ver al Dios de los dioses en Sión.
Señor del universo,
escucha mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob.
Fíjate, oh Dios, escudo nuestro,
mira el rostro de tu Ungido.
Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.
Porque el Señor Dios es sol y escudo,
el Señor da la gracia y la gloria;*

*y no niega sus bienes
a los de conducta intachable.
¡Señor del universo, dichoso el hombre
que confía en ti!*

«*Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo*». Pensando en nuestra compañía, en la familia que es nuestra casa [97], en este pueblo que somos, ¿podemos decir: «Mi alma anhela esta realidad, mi corazón y mi carne exultan por este lugar del Dios vivo, por este signo viviente de Cristo, por esta presencia encarnada»?

«*Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón*». El hombre encuentra su fuerza en el Dios vivo y «*camina de baluarte en baluarte* [a medida que pasa el tiempo], *hasta ver a Dios en Sión*». Yo doy fe de ello y esta es la promesa que hago a los que están a punto de entrar definitivamente en esta compañía [98]. Y si a su alrededor ven alguna señal contraria, esto sólo se debe a la necedad de los que viven con ellos tan torpemente. Sin embargo, también esta necedad será vencida, con el tiempo; porque Dios la consiente sólo para que se ponga de manifiesto que su gran misericordia vence nuestra resistencia.

«*Mira el rostro de tu Ungido*», mira el rostro de tus elegidos. Lo hemos repetido siempre, hay un signo inconfundible de la verdad, o no verdad, de nuestro camino. Es un signo que brilla como la «estrella de la mañana» [99]: el gozo del corazón. Aunque nuestro ánimo esté atravesado por el dolor del mal, del pecado, de los errores y las incoherencias, en el fondo del corazón el amor a Cristo alimenta un recóndito sentimiento de alegría.

Os deseo a todos —a muchos, a demasiados que en esta compañía deben despertar antes que sea demasiado tarde— que no toleréis vivir una vida entregada a Cristo sin gozo. Esta *leticia* [100] profunda no se confunde con un bromear banal o la fácil distracción con la que normalmente osamos llenar de vacío nuestras horas por una grave carencia de responsabilidad humana.

Para cada uno de nosotros el Señor tiene preparado su don, la fúlgida estrella de la mañana. Su alegría, que acompaña toda nuestra jornada e ilumina la vida entera. «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» [101].

HAS SIDO BUENO CON TU TIERRA

Salmo 85,2-14

*Señor, has sido bueno con tu tierra,
has restaurado la suerte de Jacob,
has perdonado la culpa de tu pueblo,
has sepultado todos sus pecados,
has reprimido tu cólera,
has frenado el incendio de tu ira.
Restáuranos, Dios salvador nuestro;
cesa en tu rencor contra nosotros.
¿Vas a estar siempre enojado,
o a prolongar tu ira de edad en edad?
¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo se alegre contigo?
Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.
Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos
y a los que se convierten de corazón».
La salvación está cerca de los que lo temen,
y la gloria habitará en nuestra tierra;
la misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;
la fidelidad brota de la tierra
y la justicia mira desde el cielo.
El Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.
La justicia marchará ante él,
y sus pasos señalarán el camino.*

I.

«Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob».

Él nos ama sin límites: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» [102]. Su tierra somos nosotros porque con nosotros profundiza su alianza hasta la raíz de nuestro pensamiento, la cuna de nuestra afectividad, la fuente de nuestra libertad. De tal manera que sea posible, humanamente, tener una imagen de él, una idea de él, un sentimiento, una voluntad de él, del todo insospechados. Porque la virginidad es precisamente esto, el testimonio de lo que la alianza es para el hombre: Cristo, todo en todos [103].

Nosotros somos su tierra. ¡Cuántas veces nos ha rescatado del destierro que sufrimos a causa del enemigo!, de la mentira que se sirve de nuestra debilidad, pereza, indolencia, mezquindad, resistencia; que usa de nuestra intranquilidad, presunción o complacencia en un poder, por grande o pequeño que sea.

El diablo, el padre de la mentira, nos arranca de nuestra tierra y nos condena al exilio. Pero nosotros somos hijos de Jacob, somos su tierra. ¡Cuántas veces el Señor nos rescata como «a los deportados de Jacob»!

II.

«Has perdonado la culpa de tu pueblo, has sepultado todos sus pecados. ¿Vas a estar siempre enojado, o a prolongar tu ira de edad en edad? ¿No vas a devolvernos la vida, para que tu pueblo se alegre contigo? Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Voy a escuchar lo que dice el Señor: “Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos y a los que se convierten de corazón”».

El Señor vino para quien se sabe débil, quien reconoce su fragilidad y pide una fuerza que no es la suya; para quien desea un poder de salvación que es de Otro. Los escribas y fariseos estaban en peores condiciones, le necesitaban más que los demás. Pero Cristo no pudo obrar en ellos, porque se creían autosuficientes.

III.

Jesucristo no murió en la cruz para que su juicio cayera sobre nosotros como un peso que nos aplasta y nos hunde, sino para que fuera un juicio de misericordia. Su muerte es un juicio que aviva en nuestro corazón la contrición y la *leticia*; que renueva la mortificación de uno mismo y esa jovialidad [104] que viene del abandono.

Reza el Salmo 85: «La salvación está cerca de los que lo temen». Temer al Señor significa vivir sabiendo que él es el Señor: «Tú eres mi Dios, lo eres todo para mí».

«La gloria habitará en nuestra tierra; la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan. La fidelidad brota de la tierra y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto». El Padre nos entregó su bien más preciado, su Hijo amado; entonces nuestra tierra dará su fruto. Nos entregó a su Hijo

y este bien supremo, que es Jesucristo, se documenta en la historia que el Padre va trazando para cada uno de nosotros. El bien que él es para su pueblo se acredita en las distintas circunstancias de la vida.

Por tanto, el tiempo de Adviento es una gracia, al igual que es gracia el comienzo de un nuevo año. Y el alcance de esta gracia se revela cuando el sufrimiento, la cruz y, sobre todo, la muerte, tocan nuestra vida. Es en estos momentos cuando el Señor quiere que nuestra tierra dé su fruto. Si nos ha concedido la gracia de participar en la cruz de Cristo, quiere decir que ha llegado el tiempo, que urge que nuestra tierra dé su fruto. Tenemos que espabilar, salir de nuestro letargo, abandonar esa actitud cansina, disipada, distraída con que nos resistimos por la dureza de nuestro corazón. Ha llegado la hora de crecer al igual que germina la flor cuando la semilla muere bajo la tierra. Y la flor anticipa el fruto, es prenda de lo que la semilla promete.

De la misma manera, el hecho de que hoy acojamos el nuevo grupo de hermanos que Dios nos concede [\[105\]](#) es un anticipo de resurrección, frente a la apariencia de muerte y sacrificio que se ha personificado en nuestra Luisella [\[106\]](#).

¡QUÉ MAGNÍFICAS SON TUS OBRAS, SEÑOR!

Salmo 92,2-16

*Es bueno dar gracias al Señor
y tocar para tu nombre, oh Altísimo;
proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad,
con arpas de diez cuerdas y laúdes,
sobre arpegios de cítaras.
Tus acciones, Señor, son mi alegría,
y mi júbilo, las obras de tus manos.
¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué profundos tus designios!
El ignorante no los entiende
ni el necio se da cuenta.
Aunque germinen como hierba los malvados
y florezcan los malhechores,
serán destruidos para siempre.
Tú, en cambio, Señor, eres excelso por los siglos.
Porque tus enemigos, Señor, perecerán,
los malhechores serán dispersados;
pero a mí me das la fuerza de un búfalo
y me unges con aceite nuevo.
Mis ojos despreciarán a mis enemigos;
y de los malvados que se levantan contra mí,
mis oídos escucharán desventuras.
El justo crecerá como una palmera,
se alzaré como un cedro del Líbano:
plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios;
en la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso,
para proclamar que el Señor es justo,
mi Roca, en quien no existe la maldad.*

I.

«*Por la mañana proclamamos tu misericordia, de noche tu fidelidad*». Pero, ¿qué es esta misericordia que proclamamos por la mañana? ¿Qué es esta fidelidad al terminar el día? Es que Dios asumió un cuerpo y habita en una carne humana. Que Dios ha entrado en la vida del hombre como un factor de su experiencia. Por eso ya no hay experiencia verdaderamente humana si no contamos con ese factor, si no lo reconocemos en vigilante espera.

«*Tus acciones, Señor, son mi alegría, y mi júbilo, las obras de tus manos*». La obra de sus manos es Jesucristo que se hace presente en nuestra experiencia, en la existencia personal y en la historia.

«*¡Qué profundos tus designios! El ignorante no los entiende*». El insensato no entiende; el que carece de sentido en lo que hace, no entiende; no “tiende hacia” tus designios misteriosos; no se abre a Dios.

II.

«*Pero a mí me das la fuerza de un búfalo y me unges con aceite nuevo*». La primera condición para pedir, la primera regla para rezar, es sopesar las palabras que decimos para que sean expresiones propias. No hay nada que degrade más a la persona que el formalismo. Una petición que se queda en la forma es falsa; no del todo, pero en el fondo es una mentira; es como un disfraz. Como cuando éramos niños y nos poníamos unos trapos para aparentar ser mayores, creyendo que así éramos un rey o una reina... Entonces era un juego, ahora ya no. (Es cierto que en la edad juvenil se está muy distraído, pero yo me acuerdo de cuando tenía 20 años...). La mayoría de la gente de mi edad, si es que va a la iglesia, no sopesa las palabras que pronuncia. Y si uno siente una tristeza insoportable cuando oye rezar así, me pregunto cómo será para Dios, para Cristo, que pone en labios del profeta estas palabras: «Este pueblo me alaba con la boca y me honra con los labios, mientras su corazón está lejos de mí» [\[107\]](#).

¿En qué pensamos cuando decimos: «*pero a mí me das la fuerza de un búfalo y me unges con aceite nuevo*»? «*La fuerza de un búfalo*» es exactamente esa energía de adhesión que nos apega a la verdad, de tal manera que el corazón se ve persuadido. Se llama voluntad, como expresión operativa de la libertad. Piensa en algo que haya despertado tu interés y que hayas hecho porque te importaba. Pues bien, para lograr lo que querías has empleado tu voluntad; porque, si algo te importa, pones todo de tu parte, toda tu energía para adherirte a lo que reconoces como verdadero.

III.

«*En la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso, para proclamar que el*

Señor es justo».

Si dejáramos simplemente que nuestra vida pasara sin más, entonces avanzaríamos hacia la atrofia de la vejez, nos deslizaríamos hacia la fosilización del espíritu, es decir, hacia la falta de sentido, de juicio acerca de nuestro propio destino. Si nuestra vida pasara así, iría perdiendo paulatinamente toda su savia vital. Tal vez seguiría exteriormente comprometida, atareada en mil asuntos fuera o incluso dentro de casa; tal vez estaría repleta de ocupaciones que alaba todo el mundo; pero en cuanto al significado, al sentido que tiene nuestro obrar y al espíritu que nos anima, nuestra vida se iría resecaando. Ahora bien, ¿cabe otra posibilidad! No obstante todos nuestros errores, cansancio e incoherencias, cabe que la espera de Cristo, la sed de Cristo, la necesidad de Él sean tales que, si pudiéramos ver cómo será en el futuro nuestro corazón, a partir de cómo vivimos hoy, veríamos cumplirse la profecía del salmo: *«en la vejez estará lozano y frondoso, para proclamar que el Señor es justo».*

¡Intentemos ahora oponernos a esta afirmación de la Escritura! ¿Acaso cabe otra meta en la vida? ¿Puedes cambiarla por otra? Si sondeas tus esperas secretas (o incluso las no secretas), las expectativas que determinan tu modo de comportarte a diario, tu manera de utilizar el tiempo; si llegas a detallar lo que te mueve a levantarte cada mañana, ¿con qué te encuentras? ¿Comprendes qué es lo que sustituye a este *«proclamar que el Señor es justo»* ya sea en casa o en el trabajo?

Todo lo que se opone a esta aspiración nos priva del mayor gozo humano que se pueda concebir y vivir en este mundo: *«Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum»*, *«Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos»* [108]. Por una parte, el gozo de la convivencia se pierde porque —aun siendo la expectativa última que nos hace hermanos, con un mismo significado— podemos vivir cómodamente en una compañía que en nada se distingue de la de los demás; en una compañía naturalista, instintiva, ajenos a esa novedad continua que aparecerá plenamente al final para establecernos en lo eterno. Por otra parte, tu existencia está del todo centrifugada, tu personalidad fragmentada por metas que, incluso vertiginosamente, se superponen al único fin que da paz al corazón y *«guía nuestros pasos por el camino de la paz»* [109]; a la única finalidad que da intensidad al tiempo y, por ello, nos libra de esa agitación malvada y dañina que, como un cáncer, altera los tejidos de nuestro vivir; la única finalidad que nos libra de la vacuidad del tiempo y nos proporciona una unidad que permite construir.

La jornada de hoy, mi manera de vivir el presente, proyecta su imagen sobre lo que seré en el futuro. Entonces, si la gracia del Señor me sostiene —«pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?»—, dice san Lucas en el capítulo 18 —, en mi vejez estaré lozano y frondoso *«para proclamar que el Señor es justo».*

Me gustaría habitar en las casas de los *Memores Domini* para vivir esta fraternidad y «proclamar que el Señor es justo». Porque a pesar de toda la inevitable distracción humana y de la reactividad superficial, que será reabsorbida sólo cuando veamos cara a cara al objeto de nuestra felicidad; a pesar de todo esto, me parece imposible vivir en una casa sin albergar esa espera que nos vuelve hermanos y nos enseña a «proclamar que el Señor es justo». Un corazón lozano y frondoso es el que proclama que el Señor es justo, que él es la verdad, que él es la realidad, el ser. Tanto me gustaría habitar con vosotros como siento angustia a veces al miraros, al volver a proponer verdades, palabras y consejos que no asimiláis, que no retomáis como criterio de juicio sobre la vida, como sugerencias que no se pueden arrinconar, como recomendaciones vitales para una afectividad bien consciente.

De hecho —es una constatación que llama la atención y no sólo la mía— es como si todo fuera acogido con una devoción un tanto ficticia. Porque acoger con devoción verdadera quiere decir procurar retener; retener y recuperar continuamente lo que escuchamos. La verdadera devoción, en efecto, implica nuestra estima personal y nuestro afecto: una estima por los valores propuestos y un amor a ellos.

IV. *En un retiro de Cuaresma*

Retomemos ahora el hilo de oro de la «alabanza» que recorre todo el salmo.

«¡*Qué magníficas son tus obras, Señor [él es Padre], qué profundos tus designios! [él es Misterio] El ignorante no los entiende*». Esta confesión está en la raíz de cada día de la Cuaresma, pagando, de alguna manera, el débito que hemos contraído a lo largo del año por nuestra falta de atención.

«*El ignorante no los entiende ni el necio se da cuenta*». Aunque nosotros, pecadores, «florezcamos como la hierba, seremos destruidos para siempre», es decir, todo lo que hacemos acabará en un montón de escombros, en una ruina eterna. Todo lo que hacemos es como el descascarillarse de una tapia ruinosa, húmeda, podrida, o como fruta picada que no se puede ofrecer más que con vergüenza.

«*Tú, en cambio, eres excelso por los siglos*». Tú, en cambio, vences nuestra distracción, penetras con tu fuerza en nuestra debilidad, te abres camino en medio de nuestra insensatez. Traspasas nuestra necedad porque tu fuerza es más grande que nuestra miseria.

De aquí brota esa fuentecilla que recorre la Cuaresma, porque en la liturgia cuaresmal los días están salpicados de estos acentos de leticia: «*Tú, en cambio, eres excelso por los siglos*». Tu fuerza prevalece sobre nuestra debilidad. Por eso quien quiera ser tu enemigo —quien “quiere” serlo— perecerá y todo lo que hace en la vida —el paso de los años lo pondrá de manifiesto— se dispersa, carece de sentido, pierde sabor.

Tú, en cambio, que eres más fuerte que mi miseria, *«me das la fuerza de un búfalo y me unges con aceite nuevo. Mis ojos despreciarán a mis enemigos»*, despreciarán el mal que hice, que hago y que haré todos los días. Mis ojos despreciarán el mal y verán tu victoria en mí. *«Los malvados* [esas sugerencias engañosas o falaces que todo el rato se insinúan en mi vida por ese veneno original que contamina el tiempo] *se levantan contra mí»*: la iniquidad seguirá levantándose contra mí. Pero en mí habrá algo que *«crecerá como una palmera, se alzará como un cedro del Libano»*, algo que le hará frente. Entonces florecerán todos los recovecos de mi personalidad, todos los rincones de mi casa. De “Tu casa”, porque yo reconozco que soy tuyo, don y posesión tuya. Y en medio de ese tormento, que es nuestra miseria, se hace paulatinamente la luz y se abre camino la verdad: soy tuyo, soy don y posesión tuya.

Florecerán entonces todos los rincones de mi casa, con el tiempo seguiré dando fruto y en la vejez estaré lozano y frondoso. Y el fin por el que me diste la vida y con ella todos tus dones, el motivo por el que me llamaste con la vocación aparecerá luminoso en el horizonte de mi vida: *«para proclamar que el Señor es justo, que en mi Roca no existe la maldad»*.

ARRANCÓ MI ALMA DE LA MUERTE

Salmo 116,1-9

*Amo al Señor, porque escucha
mi voz suplicante,
porque inclina su oído hacia mí
el día que lo invoco.
Me envolvían redes de muerte,
me alcanzaron los lazos del abismo,
caí en tristeza y angustia.
Invoqué el nombre del Señor:
«Señor, salva mi vida».
El Señor es benigno y justo,
nuestro Dios es compasivo;
el Señor guarda a los sencillos:
estando yo sin fuerzas me salvó.
Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor fue bueno contigo:
arrancó mi alma de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.
Caminaré en presencia del Señor
en el país de los vivos.*

«Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante». ¿Te has levantado esta mañana con una súplica consciente? Si así es, entonces puedes decir: *«Amo al Señor»*, incluso aunque tu vida sea mísera.

La energía de una voz suplicante refleja la voluntad de ser. Cada mañana debemos retomar nuestra libertad. Tal vez podemos sustituir la palabra «súplica» por la palabra «libertad». Amo al Señor porque tiene compasión de mi libertad.

De la hondura de esta invocación matutina, que evoca los abismos de nuestra libertad, viene todo un *crescendo* que llega hasta poder decir: *«caminaré en presencia del Señor»*.

«Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo,

caí en tristeza y angustia. Invoqué el nombre del Señor: “Señor, salva mi vida”. El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos: estando yo sin fuerzas me salvó. Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo: arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos».

El Misterio es bueno y justo con nosotros, es misericordioso, si somos humildes, si reconocemos que todo está en sus manos, que todo viene del misterio de Dios.

«*Estando yo sin fuerzas me salvó*». La tristeza y la angustia que tratan de hundirnos, deben desembocar en una súplica: «*Señor, salva mi vida*». El Señor «*guarda a los sencillos*» que le invocan y les devuelve la paz, porque nos libra de la degradación y de la corrupción; nos enjuga las lágrimas para que volvamos a sonreír, nos rescata de la caída.

TENÍA FE AUN CUANDO DIJE: «¡QUÉ DESGRACIADO SOY!»

Salmo 116,10-19

*Tenía fe, aun cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!».
Yo decía en mi apuro:
«Los hombres son unos mentirosos».
¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando el nombre del Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.
Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.
Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el nombre del Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.*

«Tenía fe, aun cuando dije: “¡Qué desgraciado soy!”» (v. 10).

«Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles» (v. 15)

Aquí está el comienzo y la clave explicativa que lo resumen todo: *«Tenía fe, aun cuando dije: “¡Qué desgraciado soy!”»*. Aun cuando estaba en Mesopotamia, exiliado en Babilonia, en medio de la desolación. Y después la explicación: porque *«mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles»*. El dolor y el sacrificio, sean del tipo que sean, son preciosos a los ojos del Señor; es decir, se vuelven instrumentos para nuestra maduración, para que reconozcamos al Señor. El instrumento para poder reconocerle es nuestra pobreza real, admitida; porque no hay término medio entre reconocer que Cristo

es todo en mí o la nada.

En la experiencia que evoca el versículo 15 del salmo, la vida entera coincide con una historia que pone de manifiesto esta verdad que está en el principio y que es como una semilla; pero que, a la vez, abarca la vida entera y, con el tiempo, sale a la luz. Dios teje nuestra historia a través de las circunstancias y de los condicionamientos de nuestra vida: permite que te rompas una pierna o que caigas gravemente, que te duela la cabeza o la barriga, que atraveses una etapa de gran confusión o que te encuentres muy solo.

«Rompiste mis cadenas, [por eso] cumpliré al Señor mis votos».

«Rompiste mis cadenas»: la cadena a la que estamos atados es siempre algo muy concreto; y se puede identificar con cualquier objeto o momento de nuestra vida, con cualquier expresión u obra nuestra. En toda acción y relación que establecemos hay algo de nosotros que debe quebrarse. ¿Cuál es el verdadero sujeto de la acción? El hombre contrito. Por tanto lo que dice el salmo no es abstracto, sino todo lo contrario: se refiere a la vida normal, la que recomienza esta tarde cuando vuelvas a casa, mañana por la mañana cuando te levantes o no te levantes porque estás enfermo; se refiere al trabajo cuando te vaya bien y cuando te vaya mal, cuando lloriquees o te rías.

«Rompiste mis cadenas (v. 16). Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo (v. 18)». Precisamente porque se rompen las cadenas que nos atan podemos decir: *«Tenía fe, aun cuando dije: “¡Qué desgraciado soy!”»*. Esto es, yo sigo siendo yo, sigo siendo «Tú que me haces» —o Tú sigues siendo yo— también cuando desconfío de ti, también cuando me parece que ya no creo en ti, cuando lo hago bien y, también, cuando lo hago mal. Si mis cadenas se rompen y mi amor propio con ellas, entonces ese sujeto contrito puede cumplir sus votos *«en presencia de todo el pueblo»*. ¿En qué consiste cumplir mis votos al Señor delante de todo el pueblo? Consiste en vivir la vocación, es decir, en cumplir con nuestra tarea específica en la vida de la Iglesia y del mundo.

«Cumplir tus votos al Señor en medio de ti, Jerusalén», coincide con lo que haces todos los días.

¿Estás llamado a la virginidad? Pues bien, respondes a esta llamada con tu modo de comer y beber, de vivir las relaciones y trabajar, mientras corres de acá para allá —por necesidad o sin ella—, cuando te acuestas a una determinada hora o cuando debes hacer silencio [\[110\]](#) en otra hora determinada. Es decir, das testimonio de Cristo delante del mundo mediante los términos concretos de tu vida cotidiana: las relaciones, los lugares, las tareas a realizar.

Todo se resume aquí: *«Tenía fe, aun cuando dije: “¡Qué desgraciado soy!”*. *Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles»*. También la muerte de quien, en un momento dado, dice: «No veo nada, no entiendo nada...», porque a través de esta desnudez Dios

se manifiesta, a su tiempo. Cuando pasamos por la aridez Dios quiebra nuestras cadenas; y en ese momento permanecer en la fe coincide con mantenerse fieles a la vocación, a la compañía vocacional.

SU FIDELIDAD DURA POR SIEMPRE

Salmo 117

*Alabad al Señor todas las naciones,
aclamadlo todos los pueblos.
Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. ¡Aleluya!*

I.

Lo que más socava la conciencia de pertenecer a Cristo es la incertidumbre, la duda de que él pueda vencer nuestra inercia, pueda sanar nuestra desdichada humanidad. Para que la conciencia de pertenecerle crezca realmente y esté viva en nosotros, el sentimiento más fuerte y necesario en la vida del cristiano es la certeza de la victoria de Cristo sobre nuestra inercia, es decir, la fe. Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

«*Firme es su misericordia con nosotros* [reza el salmo 117], *su fidelidad dura por siempre*».

Su fidelidad: nos ha escogido, estrechó una alianza con nosotros, nos tomó y nos acompaña. Esta experiencia, que desemboca en la certeza, nos hace comprender que le pertenecemos. Mi certeza es la percepción de que pertenezco a mi Rey y Señor, como los vasallos y los siervos de la gleba se percibían pertenecientes a Su Majestad cuando lo consideraban un señor bueno y poderoso. Al conocer sus hazañas y victorias, se agigantaba el sentido de pertenecerle. Crecía la certeza de su poder. Porque el hombre comprende bien que no se salva por sí mismo y por eso se pone de parte del más poderoso.

II.

Conforme a las normas del estilo semita, el sentido del segundo verso aclara el sentido del primero: «*Firme es su misericordia con nosotros* [firme, porque permanece para siempre], *su fidelidad dura por siempre*».

Al margen de esta orilla última abierta al Misterio, todo se consume y se destruye.

¡La juventud consiste precisamente en la capacidad de acoger esta evidencia! De pequeños la experimentamos casi inconscientemente; de viejos le oponemos nuestros prejuicios, nuestras insatisfacciones crónicas, la destruimos con nuestro escepticismo.

Una permanente insatisfacción es vejez; y una insatisfacción crónica no mira jamás la evidencia de las cosas.

EL SEÑOR ES MI FUERZA Y MI ENERGÍA

Salmo 118,1-18

*Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.
Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.
Digan los que temen al Señor:
eterna es su misericordia.
En el peligro grité al Señor,
y el Señor me escuchó, poniéndome a salvo.
El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.
Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.
Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas;
en el nombre del Señor los rechacé.
Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.
Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:*

*«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.*

I.

«¿Qué podrá hacerme el hombre?» Ese hombre que hay en mí, no sólo el otro. El hombre que hay en ti, ¿qué podrá hacerte? Contigo está el Señor, ¡no temas! Me digo a mí mismo: «No tengas miedo». Sí, el hombre que llevas dentro o el que tienes al lado puede inducirte al error una y otra vez. Pero —como cantamos en el himno litúrgico, «el Amor ha lavado el pecado» [\[111\]](#)— el Amor lava mi pecado una y otra vez, cien veces al día.

El verdadero drama humano se juega ante la fe. La victoria que vence a la carne, es decir, al mundo en cuanto que es nada, ceniza y polvo, apariencia que el tiempo reduce a polvo, es la fe [\[112\]](#). «Confirme la fe vacilante [nuestra fe es débil, temblorosa], mostrando sus llagas gloriosas [Cristo murió para salvarnos; es un acontecimiento, un hecho que nadie puede arrancar de la historia; para negarlo tendrías que oponer un “no” ante un dato incuestionable]» [\[113\]](#).

En una carta a su mujer, hablando de su hija, que había enfermado y se quedó incapacitada, Emmanuel Mounier escribía: «Todos los hombres del mundo son como menesterosos que mendigan la certeza de nuestro amor, que nos piden lo que nosotros hemos recibido. Nosotros somos entre los pocos ricos del mundo, porque ricos de Cristo, es decir, de Dios, del Dios hecho carne» [\[114\]](#).

II

¿Qué es lo que hace tan improbable o, si me lo permitís, tan difícil, el trabajo que implica nuestra vocación? ¿Por qué lo hacemos tan poco? ¿Por qué parece tan difícil realizar el trabajo que implica nuestra vocación?

¿Qué consuelo nos queda ante esta desolada constatación? Uno sólo. Un consuelo en el sentido auténtico de la palabra, es decir, el de una fuerza que no viene de nosotros, pero que albergamos en nosotros por obra de Otro. Nada podría explicarlo mejor que la exuberancia conmovedora del Salmo 118. Pase lo que pase, *«eterna es su misericordia»*. Seas como seas, *«eterna es su misericordia»*.

«Eterna es su misericordia» significa que nos ha amado y nos ha elegido. Porque la misericordia no actúa ocultando nuestro mal, sino empapando nuestra vida como una

lluvia buena que nos arrastra hacia el bien y nos convierte en instrumentos para la edificación de su reino. Por ello el corazón del salmo, humanamente hablando, es la lucha dramática que aparece después: *«El Señor está conmigo (...), veré la derrota de mis adversarios»*.

Los *adversarios* son los que te distraen. Los *enemigos* son los que te ponen triste, te abocan al aburrimiento, te distancian de los demás, entorpecen tus relaciones familiares, te hacen vivir junto a los demás de la casa como ajeno a ellos, sin que tu vida se inserte en la suya y la suya en la tuya. Es tu enemigo lo que te deslumbra y, en cambio, no es nada; el que valora tu vida en base a criterios mundanos o en función del éxito, el que te considera a partir de lo que “no tienes”, o que tú crees “no tener” [115]. Estos son los *adversarios* con lo que tenemos que luchar cada día.

Rodeados, como estamos, de enemigos que nacen dentro de nosotros y encuentran una colaboración formidable en todo lo que nos rodea, no cabe ninguna actitud pasiva. Sólo cabe estar dispuestos a luchar; y esta lucha es a lo que yo llamo «trabajo». Nosotros participamos de la vida de Dios que es el «eterno trabajador» [116], participamos en su labor eterna mediante el combate contra la mentira y el mal que acechan dentro y fuera de nosotros. Este es el trabajo de una vida verdaderamente humana, porque *«mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres»*.

III. En un retiro del tiempo de Pascua

«El Señor es mi fuerza y mi energía» (v. 14). «Mi fuerza y mi canto es el Señor» es la palabra que pronuncia el pobre, el desvalido, el que no tiene nada. ¿En qué medida es cierta esta afirmación para nosotros?

¿De verdad lo que dice el comienzo del salmo nos expresa? *«Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*. ¿Hasta qué punto lo decimos desde el corazón y no con unos labios acostumbrados a una complacencia infructuosa? ¿Tenemos la experiencia de que *«es eterna su misericordia»*?

«Él es mi salvación. Hay cantos de victoria en las tiendas de los justos», en la espesura de los sentimientos de mi existencia, en el fondo del sentimiento de mí mismo.

«No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor». La obra que el misterio de la Pascua debe realizar en nosotros con urgencia es una recuperación, un auténtico rescate de la verdad de nuestra fe.

¡Qué maravilla despierta ver al Señor atravesar nuestra infidelidad...! hasta el punto de que, después de haberles reprendido por su incredulidad y dureza de corazón porque no habían creído, les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» [117].

Algo en nosotros debe realmente quebrarse; hay una piedra sepulcral que nos pesa

encima y que debe ser quebrantada. Cada uno debe pedir que el misterio pascual de Cristo rompa esta losa y devuelva la vida a nuestra carne, a nuestro vivir día a día, haciendo de nuestros actos signos suyos, como los son el pan y el vino. Debemos pedir que levante esta losa que se endurece, esta calcificación horrenda bajo la que proliferan los gusanos de nuestras quejas y una palidez mortal, esa excesiva fragilidad connivente con la tentación.

Ahora bien, es como si nuestra súplica fuera escuchada de antemano y nuestro corazón liberado. Porque, en efecto, para pedir nuestro corazón ya debe ser libre: no sería una verdadera petición si no estuviera cierta, si no fuera confiada y segura. Seguridad y certeza son señales de la alegría interior, están cargadas de gloria, de cantos de alabanza.

«*Hay cantos de victoria en las tiendas de los justos*» porque «*eterna es su misericordia*». ¡Qué asombro, qué admiración estar aquí ante la presencia eucarística de Cristo! ¡Qué contemplación brota ahora que, apartando las distracciones, somos compelidos a mirarle a la cara ante su presencia real en el misterio de la Eucaristía! ¡Qué maravilla redescubrir que su presencia se ofrece incommovible a nuestra vida, sin que la detengan nuestras traiciones, cuya forma cotidiana más grave es el olvido!

Apenas nos apartamos de las distracciones y caemos en la cuenta de su presencia, sentimos cómo su entrañable misericordia nos regenera; apenas nos recogemos abandonando toda clase de distracción, sentimos cómo la presencia de Cristo nos colma de paz. Es como si su posesión sobre nosotros avanzara intacta a pesar de nuestro olvido cobarde y de nuestras mezquinas traiciones.

«*No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor*»: este versículo se actualiza en el momento sacramental y cada uno de nosotros debe repetirlo durante todo el tiempo pascual, como prueba de la capacidad que tiene nuestro corazón para recomenzar. «*No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor*», no como un propósito propio (lo cual sería la conclusión obvia de nuestro desatino), no como pretensión de nuestra empeño, sino como expresión de un reconocimiento maravillado, estupefacto, admirado al contemplar su misericordia sin medida.

Hemos meditado durante la Semana Santa el profeta Oseas: «¿Cómo podría abandonarte, Efraín, entregarte, Israel?» [\[118\]](#). Por eso «*no he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor*». La sinceridad con la que repetiremos a diario esta frase del salmo, de hoy en adelante, empezando esta tarde; la espontaneidad con la que la pronunciaremos, a pesar de todo, pondrá de manifiesto nuestra fe, nuestra aceptación, nuestro reconocimiento de él; o bien desvelará nuestra infidelidad cancerígena, nuestra dureza de corazón, nuestro furtivo rechazo. «*No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor*», por muy dura que sea la losa que pesa sobre mi corazón.

ME FIJO EN TUS SENDAS

Salmo 119,9-16

¿Cómo podrá un joven andar honestamente?

Cumpliendo tus palabras.

Te busco de todo corazón,

no consientas que me desvíe

de tus mandamientos.

En mi corazón escondo tus consignas,

así no pecaré contra ti.

Bendito eres, Señor,

enséñame tus decretos.

Mis labios van enumerando

todos los mandamientos de tu boca;

mi alegría es el camino de tus preceptos,

más que todas las riquezas.

Medito tus mandatos,

y me fijo en tus sendas;

tus decretos son mi delicia,

no olvidaré tus palabras.

«Mi alegría es el camino de tus preceptos [mi alegría es aprender a mirar la realidad a la luz de tu resurrección], más que todas las riquezas».

¡La gloria de tu resurrección comienza aquí en la tierra! Es la relación nueva que tú estableces entre nosotros, entre los hombres: una relación distinta entre personas, transfigurada. Una relación distinta entre varón y mujer, una relación distinta entre familiares así como entre extraños. Una relación transfigurada con lo que resulta obligatorio, con el trabajo para ganarse el pan; una relación transfigurada con todo nuestro afán creativo. Una relación nueva con nuestro pasado, con el momento presente y con el futuro. Una relación distinta con nuestros errores. Todo debe ser orientado hacia la luz de la Resurrección, todo debe ser transfigurado como una humilde hoja de papel en blanco sobre la que el genio del hombre imprime figuras y colores nuevos.

DAME VIDA CON TU JUSTICIA

Salmo 119,33-40

*Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos,
y lo seguiré puntualmente;
Enséñame a cumplir tu ley
y a guardarla de todo corazón;
Guíame por la senda de tus mandatos,
porque ella es mi gozo.
Inclina mi corazón a tus preceptos
y no al interés;
Aparta mis ojos de las vanidades,
dame vida con tu palabra;
Cumple a tu siervo la promesa
para que se mantenga tu temor.
Aparta de mí la afrenta que temo,
porque tus mandamientos son amables;
Mira cómo ansío tus mandatos:
dame vida con tu justicia.*

I.

«*Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos*». Toda la doctrina, todo el reclamo a las leyes, cualquier insistencia en los principios (amar al prójimo, compartir con los demás, entregar nuestro tiempo y energías, compartir las necesidades del otro, dar a Dios su tiempo...) se compendian en esta directriz: «*Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos*». Ese camino no es cumplir con una forma, sino participar en una vida; es una experiencia humana que también implica una forma; más aún, cuanta más vida hay, tanto más ésta genera una forma humanamente intensa y gozosa, útil para los demás y pacificante para uno mismo.

II.

«*Aparta mis ojos de las vanidades, dame vida con tu palabra*».

«*Aparta mis ojos de las vanidades*», del aspecto efímero y, por tanto, engañoso de las cosas; librame del engaño, aparta mis ojos de lo que es falaz, ¡no permitas que dé cabida

al fraude y al engaño! Cuando pretendemos tener algo a toda costa, pensando que así seremos felices, mentimos objetivamente, ¡porque no lo seremos!

«*Guíame por la senda de tus mandatos*». Podríamos decir: hazme cada vez más fiel a la verdad de las cosas tal como tú las hiciste; enséñame a mirarlas con respeto para que las trate conforme a tu designio creador.

Aparta mis ojos de la vanidad, la mentira y la ilusión. Las meditaciones que haremos en estos días [119] pretenden poner un límite al engaño y acrecentar la obediencia al designio bueno que Dios tiene sobre nuestra vida. En este sentido, pretenden colaborar con nuestra alegría, favorecer una mayor *leticia* en nuestra vida. Lo que certifica si nuestro modo de seguir es sincero es si nuestro rostro refleja la *leticia* del corazón o no.

III.

Señor, lo que has obrado en mi vida es para mi bien. Tú eres justo (justo quiere decir que Dios es fiel a sí mismo), por eso me devolverás la vida: «*Dame vida con tu justicia*» (v. 40).

Así rezamos: «*Cumple a tu siervo la promesa para que se mantenga tu temor. Aparta de mí la afrenta que temo, porque tus mandamientos son amables*» (vv. 38-39). ¡Cumple a tu siervo la promesa que le hiciste! ¡Aparta de mí la afrenta del pecado!, el deshonor que tanto me entristece, porque deseo tus mandatos que son amables.

IV.

«*Dame vida con tu justicia*». ¿De qué justicia habla el salmo? ¿Cuál es “tu” justicia? La justicia de Dios es su designio bueno sobre el mundo, su voluntad amorosa que crea y rige el mundo. Más allá de esta acepción de justicia, quedan sólo nuestras acepciones ideológicas. Las que nacen de una pretensión mentirosa, las que separan de manera arbitraria lo justo de lo injusto, las que reflejan ideas abstractas o un empeño provisional.

La justicia de Dios es su plan sobre el mundo, es Jesucristo, el designio bueno del Padre sobre el tiempo y la historia.

«*Dame vida con tu justicia*»: tú me llamaste a colaborar con tu designio bueno, ¡haz que yo siga a tu Verbo, a su presencia viva!

Cantemos ahora la secuencia gregoriana *Omni die* [120], que describe cómo esta «justicia» se encarna en la figura de una joven mujer.

QUE ME ALCANCE TU FAVOR

Salmo 119,41-48

*Señor, que me alcance tu favor,
tu salvación según tu promesa:
así responderé a los que me injurian,
que confío en tu palabra;
no quites de mi boca las palabras sinceras,
porque yo espero en tus mandamientos.
Cumpliré sin cesar tu ley,
por siempre jamás;
andaré por un camino ancho,
buscando tus mandatos;
comentaré tus preceptos ante los reyes,
y no me avergonzaré.
Serán mi delicia tus mandatos,
que tanto amo;
levantaré mis manos hacia tus decretos, que tanto amo,
y recitaré tus mandatos.*

«No quites de mi boca las palabras sinceras». No se debe hacer nada por simple rutina. La rutina desconcierta a la razón, luego la cierra con llave y la mete en una prisión. Además, si rezamos por rutina, sin prestar atención, le tomamos el pelo a Dios.

Para poder rezar venciendo la pura costumbre, es decir, imponiendo un rasgo humano sobre el mecanismo de la rutina (porque lo humano es precisamente una victoria sobre cualquier automatismo), debemos siempre tratar de fijarnos en una palabra o en una expresión que tenga un peso significativo, un sentido particular en el desarrollo del salmo. Es requisito racional volver sensato lo que hacemos una y otra vez, aunque lo hiciéramos mil veces. Se trata de tomar conciencia de lo que hacemos y de amarlo. Hay que amar lo que tenemos delante, como si dijéramos: «¡Es justo, luego lo quiero!». De lo contrario terminaríamos por atribuir la novedad a los continuos cambios. Y esto sería una falacia.

Leemos en el Salmo 119: «Señor, que me alcance tu favor». ¿Qué es el favor del Señor? Su favor es su gracia. Pensad en la nada como en un abismo de tinieblas. En un

momento dado, como por encanto, de esta nada oscura sale el cielo cuajado de estrellas, con la Vía Láctea que traza su puente de luz sobre el mar. Con su favor y su gracia, la oscuridad de nuestra mente y corazón se iluminan de estrellas, es decir, de palabras que Dios pronuncia, de obras que él hace, de criaturas, cada una de las cuales es una obra de arte, una obra maestra.

«*Señor, que me alcance tu favor*», que yo pueda comprender. Su favor no es tener esto o aquello, tener el cabello rubio en lugar de negro (según los gustos). «*Tu favor*» es una expresión que indica «tu salvación». Y la salvación es la afirmación verdadera de todo lo que existe, es la capacidad de valorarlo todo, hasta los cabellos de la cabeza [\[121\]](#).

RECUERDA LA PALABRA QUE DISTE A TU SIERVO

Salmo 119,49-56

*Recuerda la palabra que diste a tu siervo,
de la que hiciste mi esperanza;
este es mi consuelo en la aflicción:
que tu promesa me da vida;
los insolentes me insultan sin parar,
pero yo no me aparto de tu ley.
Recordando tus antiguos mandamientos,
Señor, quedé consolado;
Sentí indignación ante los malvados,
que abandonan tu ley;
tus decretos eran mi canción
en tierra extranjera.
De noche pronuncio tu nombre,
Señor, y, velando, tu ley;
esto es lo que a mí me toca:
guardar tus decretos.*

«*Tus decretos eran mi canción en tierra extranjera*». La Carta a los Hebreos dice de los Patriarcas que habitaron como extranjeros en la tierra prometida, sabiendo que iban a tener otra ciudad de sólidos cimientos, más permanente, definitiva [\[122\]](#). Con este sentimiento de la vida, a la luz del sentido definitivo, debemos vivir la casa, el trabajo, las amistades, el compromiso social, todo en la vida.

«*Recuerda la palabra que diste a tu siervo, de la que hiciste mi esperanza*». La esperanza es una certeza sobre el futuro. La fortaleza de un hombre depende de su esperanza, de su certeza sobre el futuro. Y la certeza sobre el futuro se apoya en un hecho que ya ha sucedido y que está presente; se apoya en una experiencia presente.

El fundamento de la esperanza de Israel es la liberación del poder de Egipto obrada por Dios. Y, si lo libró, llevará su liberación hasta el final. Por lo tanto, la esperanza es la certeza de que Dios ya me ha liberado. ¡Nada en la vida proporciona una alegría más intensamente humana como el caer en la cuenta de estas cosas!

«*Tus decretos eran mi canción en tierra extranjera*». Es música para mí lo que me

dices, lo que me prometes, lo que me pides, lo que me haces entender, lo que me llamas a entender. Es música para mí caminar en el tiempo como tú quieres. Por eso el canto es tan importante.

Sin el soplo del Espíritu no se puede comprender la experiencia de esa firme devoción que liga a los fieles con la autoridad (porque la autoridad es el punto mediante el cual Dios toca, llama y guía tu vida). Una devoción que a menudo se afirma en la cruz de una exuberancia mortificada, de una genialidad o un plan de vida que secundan el plan de otro. El Espíritu nos capacita para esta devoción firme y fiel a la autoridad. De esta manera vibra en nosotros un juicio que predomina sobre el magma de nuestras reacciones, un juicio superior.

QUE TU BONDAD ME CONSUELE

Salmo 119,73-80

*Tus manos me hicieron y me formaron:
instrúyeme para que aprenda tus mandatos;
los que te temen verán con alegría
que he esperado en tu palabra;
reconozco, Señor, que tus mandamientos son justos,
que con razón me hiciste sufrir.
Que tu bondad me consuele,
según la promesa hecha a tu siervo;
cuando me alcance tu compasión viviré,
y tu ley será mi delicia;
que se avergüencen los insolentes
del daño que me hacen;
yo meditaré tus mandatos.
Vuelvan a ti los que te temen
y hacen caso de tus preceptos;
sea mi corazón perfecto en tus decretos,
así no quedaré avergonzado.*

«Los que te temen verán con alegría que he esperado en tu palabra». Tus fieles, Señor, se alegrarán porque he esperado en tu promesa.

«Reconozco, Señor, que tus mandamientos son justos, que con razón me hiciste sufrir. Que tu bondad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo. Cuando me alcance tu compasión viviré, y tu ley será mi delicia». Baje sobre mí tu misericordia y tu bondad me consuele según lo que tienes prometido para los que te son fieles. Descienda sobre mí tu benevolencia y me sentiré renacer, porque tú me devuelves la vida. De ti vienen mi sosiego y mi descanso. De ti procede mi canto.

El pasaje del evangelio que leemos al comienzo de la Cuaresma, sobre las tentaciones de Jesús en el desierto, nos introduce en la comprensión profunda de lo que está en la raíz del juicio de Dios sobre nuestra vida. La tentación se presenta siempre como un juicio de valor mundano, un juicio que nace de la carne y la sangre, de la mentalidad común, del ambiente social o de un juego de poder. Cuando el demonio tienta a Jesús,

éste responde: «No. Porque está escrito: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”» [\[123\]](#). La palabra de Dios es la nueva y eterna alianza que él ha establecido con el hombre, es un hecho en la historia, es la presencia de Cristo que entra en el tiempo, en toda condición humana, en todos mis estados de ánimo. Entra y no hay frontera para este acontecimiento.

Coherentemente el salmo [\[124\]](#) prosigue: «*Por tu bondad dame vida, para que observe los preceptos de tu boca*» (v. 88). Si me concedes vida observaré los preceptos de tu boca, te obedeceré. Y no lo contrario: puesto que yo observo tus preceptos, dame vida. ¡No! No es ni un mérito, ni una pretensión. Por tu bondad, tú me concedes vida; por eso, yo te obedezco.

POR TU BONDAD DAME VIDA

Salmo 119,81-88

*Me consumo ansiando tu salvación,
y espero en tu palabra;
mis ojos se consumen ansiando tus promesas,
mientras digo: «¿Cuándo me consolarás?».
Estoy como un odre expuesto al humo,
pero no olvido tus decretos.
¿Cuántos serán los días de tu siervo?
¿Cuándo harás justicia de mis perseguidores?
Me han cavado fosas los insolentes,
ignorando tu ley;
todos tus mandatos son verdaderos,
sin razón me persiguen, protégeme.
Casi dieron conmigo en la tumba,
pero yo no abandoné tus mandatos;
por tu bondad dame vida,
para que observe los preceptos de tu boca.*

«*Me consumo ansiando tu salvación [porque] espero en tu palabra*». Cuando leemos los salmos en el Breviario [\[125\]](#), hemos de procurar que las palabras lleguen a ser nuestras, porque estas palabras son para nosotros, son palabras que Dios pone en nuestros labios para que nuestros oídos las escuchen, nuestra razón las entienda y nuestro corazón las saboree.

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» [\[126\]](#). Las palabras del Señor son obras, son hechos que él realiza. Nada puede borrar la palabra que él nos dijo, todo lo que ha hecho en nuestra vida. En efecto, el camino vocacional está marcado por las obras que Dios va realizando en nuestra historia personal y comunitaria; y no tanto por el progreso de nuestros sentimientos hacia Dios. Lo que define mi camino vocacional es el sentimiento que Dios tiene de mí, no el sentimiento que yo tengo de él.

Sí, «*mis ojos se consumen ansiando tus promesas, mientras digo: “¿Cuándo me consolarás?”*». ¿Cuándo me consolarás? Esta pregunta es humana, pero no seríamos leales si no pronunciáramos sinceramente la primera parte del versículo, si nuestros ojos

no se consumieran ansiando su promesa.

«¿Cuándo harás justicia de mis perseguidores?». Nuestros perseguidores no son tanto los que nos acechan desde fuera, sino los que anidan en nuestro corazón. Los de fuera son instrumentos palmarios, menos nocivos que los que utiliza Satanás, el enemigo del hombre, el que lo odia. Mucho más insidiosos son sus ardides encubiertos. Los que nos persiguen albergan en lo hondo, en cuevas excavadas en nuestro interior. Anida en nosotros la insolencia de todo lo que se desvía de Su ley.

Y sin embargo, aunque nos sintamos hostigados por el enemigo, desterrados, ajenos a nosotros mismos, podemos seguir diciendo: «*Pero yo no olvido tus decretos*». De ahí el grito suplicante: «*Por tu bondad, ¡dame vida!*». Pues Dios ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche [\[127\]](#)? ¿Acaso les dará largas?

Pero este grito, esta súplica mendicante a Cristo, brota de la conciencia de pertenecerle en cada instante. Este grito, convertido en el sentimiento estable de uno mismo, es el corazón de la ascesis, la esencia del trabajo sobre uno mismo.

«¿Cuándo me consolarás?». La victoria sobre nuestro mal es la oración que suplica. No es un pedir con la cara tensa, el ceño fruncido y, sobre todo, esas arrugas en la frente que delatan la insatisfacción que nos mueve a hablar y también la incertidumbre que mina en lo profundo nuestra petición. Es un pedir confiado, sosegado y seguro, lleno de paz.

«*Estoy como un odre expuesto al humo* [me encuentro árido y vacío], *pero no olvido tus decretos, todos tus mandatos son verdaderos*»: la fe coincide con este juicio. Movido por la fe, clamo: «¿Cuándo me consolarás?». Y también: «*Por tu bondad dame vida*», haz que mi fe en tu presencia ilumine mi vida entera. La petición es ya la salvación presente en nosotros. Pero todo esto no es automático. Parece automático en ciertos momentos, cuando se queda en algo sentimental. Sentimental es todo lo que no toca la estructura de la vida, lo que no tiende a cambiar mi estructura interior. Por este motivo, la fe no puede reducirse a mera emotividad, porque tiende a cambiar el juicio, la estructura del juicio. La fe debe hacerse súplica porque sólo así cambia la estructura de mi afecto. De una fe que no es sentimental, precisamente porque cambia la raíz del afecto, nace un cambio del entendimiento, del modo de concebirse a uno mismo y a las relaciones.

TUS PRECEPTOS SON ADMIRABLES

Salmo 119,105-108.129-144

*Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero;
lo juro y lo cumpliré:
guardaré tus justos mandamientos;
¡estoy tan afligido!
Señor, dame vida según tu promesa.
Acepta, Señor, los votos que pronuncio,
enséñame tus mandatos. [...]
Tus preceptos son admirables,
por eso los guarda mi alma;
la explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes;
abro la boca y respiro,
ansiando tus mandamientos.
Vuélvete a mí y ten misericordia,
como es tu norma con los que aman tu nombre;
asegura mis pasos con tu promesa,
que ninguna maldad me domine;
líbrame de la opresión de los hombres,
y guardaré tus mandatos.
Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
enséñame tus decretos;
arroyos de lágrimas bajan de mis ojos
por los que no cumplen tu ley.
Señor, tú eres justo,
tus mandamientos son rectos;
has decretado preceptos justos
sumamente estables;
me consume el celo,
porque mis enemigos olvidan tus palabras.
Tu promesa es acrisolada,*

*y tu siervo la ama;
soy pequeño y despreciable,
pero no olvido tus mandatos;
tu justicia es justicia eterna,
tu ley es verdadera.
Me asaltan angustias y aprietos,
tus mandatos son mi delicia;
la justicia de tus preceptos es eterna;
dame inteligencia, y tendré vida.*

I.

«Lámpara es tu palabra [tu alianza] para mis pasos». «Tus preceptos son admirables, por eso los guarda mi alma». Su alianza con nosotros es un dato objetivo, un acontecimiento histórico, un hecho existencial, un encuentro que se concreta en relaciones objetivas.

«La explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes; abro la boca y respiro, ansiando tus mandamientos. Vuélvete a mí y ten misericordia, como es tu norma con los que aman tu nombre; la justicia de tus preceptos es eterna; dame inteligencia, y tendré vida».

La alianza que Dios establece con nosotros se certifica en una realidad comunitaria, se expresa en gestos comunes, tiene su punto álgido en los actos comunes, se valida en presencia de todo el pueblo. Lo expresa muy bien el pasaje de Nehemías que acabamos de leer: «El sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón [...] y abrió el libro en presencia de todo el pueblo [...] y todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley. Nehemías les dijo: “Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada preparado, pues este día está consagrado al Señor. ¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza!» [\[128\]](#).

II.

El primer punto de vista a tener presente al considerar el larguísimo Salmo 119, llamado también el Salmo de la Ley, es que este salmo profetiza una nueva ley que es el Espíritu. La ley es lo que revela quién es Dios para el hombre. En este sentido, el Espíritu Santo es el que revela al hombre quién es Cristo para él: «El Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad plena» [\[129\]](#).

En segundo lugar, este salmo nos plantea una pregunta. ¿Por qué la Ley dada a Moisés desvela quién es Dios para el hombre? Porque pone de relieve que el hombre pertenece a

Dios. «Yo soy el Señor, tu Dios [...]» [130]. Este es el fundamento de la Ley.

Nosotros pertenecemos a Dios. Pues bien, ¿por qué le pertenecemos? Le pertenecemos para llegar a ser nosotros mismos. «Me perteneces —dice Dios— porque yo te libré de Egipto [131]. Me perteneces porque sin mí no existirías, sin mí perecerías, sin mí eres nada». Por tanto, el Espíritu Santo es el Espíritu de la verdad y el Espíritu de la verdadera libertad del hombre.

La Ley recalca que el hombre pertenece a Dios. De hecho, quien no posee el Espíritu de Cristo no es suyo, «no le pertenece» [132], dice san Pablo. El Espíritu es el origen del impulso moral: «Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu» [133].

En tercer lugar, la forma litánica de este salmo es importantísima, porque nos enseña a pedir. Para aprender a pedir es necesario repetir sin cansarse. Este larguísimo salmo sigue repitiendo el mismo concepto. Lo que te apremia lo repites con frecuencia. Si uno quiere a alguien, sigue diciendo: «Amor mío...», «Tesoro...», o también: «¡Qué alegría!», «¡Qué bien!», «¡Qué bello!». De la misma manera, aquí se reitera quién es Dios para el hombre: es la ley de su existencia, porque es su libertador. Es decir, Dios es la ley del hombre porque es su misma consistencia. Por lo tanto, el hombre llega a ser él mismo sólo si vive en el Espíritu, si observa la ley del Espíritu.

En cuarto lugar observamos la insistencia del salmo en el objeto propio de nuestra atención: la ley, los decretos, los preceptos, «*el camino verdadero*», «*el camino de tus mandatos*» [134], ya que la norma es un camino para llegar a ser nosotros mismos. No es una entelequia, sino una evidencia: nos has sacado de la nada, nos has librado de la nada, de la esclavitud de la nada.

Quinto. Entonces, nuestra verdadera acción es la memoria: observar tus mandamientos quiere decir custodiarlos, considerarlos insistentemente. No se aprende elucubrando, sino repitiendo constantemente una verdad, porque siempre tenemos que mirar de frente lo que es verdadero. «Observar», «custodiar», «meditar» para luchar contra el olvido, son algunas de las acepciones de este «repetir»: «*¡Cuánto amo tu ley!: todo el día la estoy meditando*» (v. 97).

Este es el salmo de la compañía. En efecto, era el salmo del individuo en cuanto formaba parte de un pueblo. Por lo tanto, es realmente el salmo de la memoria, del amor personal que alaba lo que estima. El amor es ante todo la estima del objeto amado. Y de la falta de estima, de un flaco juicio de valor, proceden casi todas nuestras caídas o ese desabrido seguir adelante, sin pena ni gloria, sin gusto alguno.

La fuerza del hombre, de hecho, reside en su juicio de valor. El amor, en cuanto juicio de estima, implica la lucha contra el juicio de valor mundano. El juicio de valor propio del mundo es el instinto, la reacción, la justificación de cualquier arrebató emotivo, la desgana cuando algo nos cansa, el apego a lo cómodo, el placer egoísta. Es preciso

luchar. El amor, cuando corresponde a una estima real, establece una lucha acérrima contra lo que en nosotros ama otra cosa. De este «custodiar», «guardar en la memoria», «meditar», que es amor y estima —«*más estimo yo la ley de tu boca que miles de monedas de oro y plata*» (v. 72)— nace la alegría: «*tu ley será mi delicia*» (v. 77), «*tus preceptos son mi herencia, la alegría de mi corazón*» (v. 111).

Sexto y último punto: la petición. La mentalidad judía es muy concreta, por eso pide: «*por tu misericordia dame vida*» (v. 159). Lo cual quiere decir: «dame la energía que necesito para vivir ahora, para estar vivo». Y cuando decimos, «*a ti grito, sálvame*» (v. 146), estamos pidiendo «sálvame de la mundanidad que me es hostil, líbrame de lo mundano que me deslumbra». Es hermosísimo, porque no significa sólo «líbrame de las ataduras mundanas», sino también «enséñame que eres tú quien me salva». «*A ti grito, sálvame*»: el salmo tiene en cuenta la fragilidad extrema del hombre y la tristeza que le embarga porque ni siquiera cree que otro le salva. «*Enséñame tus mandatos*» (v. 108) significa también «enséñame que eres tú quien me salva». Y esta es la regla de vida sin la cual estaríamos perdidos. Entender que eres tú quien me salva, también esto me viene de ti. Por eso «*enséñame*» significa «hazme ver» que eres tú quien me salva.

La naturaleza de la ley es provocar nuestra libertad, para que caminemos hacia la realización humana, hacia nuestra plenitud. Y eso no es nada automático; es un trabajo, un camino. Es lo que Dios espera todos los días de nuestro entendimiento y afecto, de nuestra voluntad y capacidad de sacrificio, de nuestro amor a un orden establecido, a una regla, porque la ley es sinónimo de regla. La regla establece el camino hacia nuestro destino.

TU GUARDIÁN NO DUERME

Salmo 121

*Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel.
El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche.
El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre.*

¿Cómo podemos ser testigos suyos si somos tan apocados?, ¿si estamos tan perdidos e inseguros?, ¿si somos tan débiles, flacos e incongruentes? ¿Cómo podremos ser testigos suyos ante el mundo, ya que por eso él nos ha mirado y elegido?

Dios no crea ningún ser para nada. Él es el único cuya razón abarca el horizonte completo de todo lo que existe. Y el horizonte del ser humano es Él, sin alternativa posible. ¿Cómo podemos ser tú y yo testigos suyos?

Cuando con cinco años yo estaba sentado al lado de mi madre, que me leía el relato de Edmondo De Amicis *De los Apeninos a los Andes*, ¿quién iba a pensar lo que llegaría a ser pasado el tiempo? Ya entonces Él se fijaba en mí, al igual que ahora se fija en ti. Porque de los cien mil compañeros tuyos ninguno está aquí, ninguno. Y todos esos cien mil esperan tu testimonio.

¿Cómo podemos ser testigos suyos? «*La salvación está ya cerca de los que le temen*», dice el Salmo 85 (v. 10). Y el Salmo 121 se hace eco de esta cercanía: «*El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. No permitirá que resbale tu pie*». Tu pie

empieza a temblar, pero él no lo dejará resbalar, lo sujetará, hará que se apoye en las piedras del camino; te afianzará para que pises firme en la cubierta de tu navío, mientras desafías el mar tempestuoso. Aquel que te ha llamado no se olvida de ti, no dormita: *«tu guardián no duerme»*. *«El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha»* para que no te haga daño el sol, ni te queme la crudeza con que las cosas pretenden esclavizar tu alma e imponerse a tu conciencia. El Señor te protegerá.

Como Dios decía a Moisés en el Éxodo, *«voy a acercarme a ti en una nube espesa»* [135]. Hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el Sinaí, el Señor se acercó a su pueblo para liberarlo de la esclavitud y protegerlo de todo mal [136]. Todo mal: el mal que está dentro de mí, la ambigüedad, la incoherencia, la debilidad, la contradicción, el aburrimiento. El primer mal es la dureza de un corazón que no responde a aquel que le llama a la existencia y le llama hacia sí. Y después está el mal de todos los que te rodean, el mal de la sociedad, el mal del mundo. Pero *«él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre»*.

¿Cómo se puede leer una página como ésta sin recapacitar? ¿Cómo puede uno seguir distraído, árido y sordo? ¡Es imposible!

Es preciso que aprendamos cuál es la fuente de la verdad de la vida. No es la inteligencia (ni la nuestra, ni mucho menos la de los poderosos), ni la intuición, la fantasía, el sentimiento o la emoción. La verdad de la vida es la voz que el Misterio hacer vibrar en el tiempo y en el espacio, la voz de Cristo, precedida por la voz de los profetas y prolongada por la voz de la Iglesia.

Pero luego uno pasa la página y enseguida piensa: *«El Señor me ha abandonado»*. Decimos: el Señor se fijó en mí y me llamó, pero después me ha abandonado. *«Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado»* [137]. No es cierto, el Señor no se olvida de nosotros, sigue a nuestro lado mediante los signos y las personas que nos rodean. Su voz nos llama a través de todos ellos. Pero nuestro lamento viene precisamente de allí, pues al decir *«me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado»*, nos referimos siempre a alguna persona o algún hecho mediante el cual, curiosamente, el Señor se fija en nosotros y nos llama; y a la vez Él no se queda atrapado en esa persona, en sus modales, sino que los trasciende y nos urge a superarlos.

¿Cómo podemos ser testigos suyos? Siguiendo al Señor, abandonándonos concretamente a su historia, a cómo Cristo nos ha mirado, cómo nos ha tocado e insertado en una compañía, cómo nos rescata y acompaña. Para ser testigos suyos es suficiente con seguir a la compañía vocacional sin lamentarnos. Sin decir: *«Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado»*. *«¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas?»* [138].

¿Qué os recuerda esta compasión y conmoción? Que no puede haber caridad sin

conmoción. Pues «aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» [\[139\]](#). Deberíamos estampar esta frase en las cuatro paredes de nuestra habitación; deberíamos tenerla delante de los ojos, colgarla en una pancarta entre una casa y otra, leerla en nuestras plazas, subirla a las montañas, contemplarla por todas partes: «Yo no te olvidaré».

TUS HIJOS COMO RENUEVOS DE OLIVO

Salmo 128

*Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien;
tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa:
Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!*

Nosotros estamos vivos, por lo tanto salimos del sepulcro de la nada en cada instante. Estamos viviendo: esta vida que sale ahora de la nada no es un flujo indeterminado, está dentro de un designio.

«*Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida*». Es un diseño bueno sobre el mundo y la humanidad; y todos los factores de este diseño manan de una misma fuente.

Tomar parte en la generación de esta vida, sumergirse en esa misma fuente para acrecentar el flujo de la vida: esta es la fecundidad. Y para ser fecundos la condición necesaria es el sacrificio. Porque nuestra vida es imagen de Otro, nuestro propio rostro es imagen de otro Rostro, nuestra pujante energía creativa es imagen de la energía creativa de Otro. Es este el sacrificio que está en la base de la autenticidad del vivir, de la autenticidad del crear, de la autenticidad del ser fecundo. Nadie lo puede evitar. Porque también la familia, la estructura de esta humanidad que se dilata a otros, la relación entre un hombre y una mujer, no tiene en sí misma la propia imagen verdadera, el propio rostro verdadero, no tiene en sí misma la propia medida. Su medida es el designio grande

al que el hombre y la mujer deben sacrificar sus imágenes, lo que pensaban al unirse en matrimonio. La indisolubilidad es la señal más aguda de este sacrificio al que están llamados el hombre y la mujer que crean una familia. Este sacrificio es para servir al designio total. Por ello, la fisonomía de su relación no es un sentimiento, no es lo que sienten; su unidad refleja el rostro de Otro, su fecundidad manifiesta la presencia incidente y creativa de Otro. La fecundidad es la participación en la vida de Otro.

Fuente de la vida, fuente del pueblo, fuente de lo humano, fuente del designio último sobre el mundo: esta es la fecundidad de Cristo en nuestra vida.

Nosotros estamos llamados a vivir la forma más pujante y radical de fecundidad.

PERO DE TI PROCEDE EL PERDÓN

Salmo 130

*Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.
Si llevas cuentas de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes temor.
Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela a la aurora.
Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos.*

«*Desde lo hondo a ti grito, Señor*». Este salmo y el siguiente, el 131, se cantaban mientras se subía en peregrinación a Jerusalén desde todos los lugares de la diáspora judía. El exilio era el símbolo de la lejanía de la ciudad de Dios; por ello la peregrinación era un retorno a Dios, tenía un significado penitencial, cuaresmal y pascual. De hecho, pascua quiere decir «paso». La peregrinación a Jerusalén celebraba el retorno al Señor conscientes de que aquella lejanía, padecida con dolor, les acomodaba a la situación de todos los hombres, a la condición humana marcada por el pecado (por tanto por la lejanía de la casa de Dios).

«*Si llevas cuentas de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?*». El grito a Dios, el paso a la pascua, empieza con la contrición. Y un corazón contrito es el que confiesa el propio mal. Aquí no se entiende necesariamente la confesión sacramental. Reconocer el propio pecado es el paso preliminar, indispensable, para pedir sinceramente.

El segundo aspecto en el que detenerse enseguida es el versículo 4: «*Pero de ti procede el perdón, y así infundes temor*». Confesar nuestro pecado nos llena de temor de Dios. ¿Qué es el temor de Dios? Es aceptar que dependemos de él y desearlo.

El perdón por parte de Dios nos inspira respeto mucho más que una justicia que lleva cuentas del mal. Su misericordia nos hace sentir verdaderamente que dependemos de Él y, por tanto, nos orienta a la conversión; en ningún caso al miedo.

En él reside nuestra esperanza, como dice el versículo 5: «*Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra*». Pedir ayuda al Señor pasa primero por la confesión del pecado. ¿Qué quiere decir «pedir ayuda»? Significa pedir que se nos conceda vivir la verdad de nosotros mismos, que es la dependencia total de él. El santo temor de Dios es reconocimiento de nuestra necesidad y petición de ayuda, es deseo de depender de él. La esperanza se resuelve en la espera cierta, confiada y paciente de Otro, despojada de cualquier pretensión.

Ante el poder que Dios tiene de reconstituírnos continuamente con su misericordia y perdón, la esperanza no se queda en un firme juicio de fe; se convierte, además, en un estado psicológico habitual, en una afectividad estable. Porque el Señor es fiel, como dice el versículo 7 —«*Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora; porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa*»—, no abandona nunca a los suyos, hayan pasado o pasen por la noche del olvido o por la resistencia, muchas veces bajo capa de desánimo.

Realmente «él redimirá a Israel de todos sus delitos». La misericordia y el perdón, la confesión y ese reconocimiento de dependencia que se expresa en grito —«*desde lo hondo a ti grito Señor*»— nos liberan. El pecado ya no tiene poder sobre nosotros. Ya no nos justificamos, ni nos deprimimos falsamente. Deprimirse por el propio pecado es una mentira diabólica; es precisamente la manera de quedar paralizados, atrapados por el mal.

COMO UN NIÑO EN BRAZOS DE SU MADRE

Salmo 131

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad.
Sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre;
como un niño saciado
así está mi alma dentro de mí.
Espere Israel en el Señor ahora y por siempre.*

I.

Con respecto al Salmo 130, el Salmo 131 pone el acento en otra vertiente de la contrición por el pecado: la actitud positiva de confianza. Que, por otra parte, es la actitud que estamos llamados a vivir como el fondo estable de nuestro corazón: el abandono confiado al Señor, al que pertenecemos a través de nuestra compañía.

El punto más débil de nuestro comportamiento es que cada uno parte de sí mismo. Pero esta actitud, que puede convivir con una gran generosidad, termina agotándonos y nos consume, porque naufraga en la subjetividad. En cambio, el niño abandonado en los brazos de su madre es realmente la imagen de ese seguimiento confiado del que os hablo a menudo.

Un niño está seguro, contento y tranquilo cuando está cerca de su padre y de su madre, mucho más que cuando se siente fuerte y autosuficiente. Del mismo modo la grandeza del hombre está en vivir cerca de Dios, como un niño con sus padres.

No podemos decir «Padre nuestro», si no es como un niño confiado en brazos de su madre.

II.

¿Cómo me percibo cuando vivo agradecido? ¿Qué conciencia tengo de mí mismo? Yo “pertenezco” a lo que me hace estar así de agradecido y que me ha traído hasta aquí. Ser agradecido nace de pertenecer al hecho de Cristo. Pertenecemos a Cristo mismo, cuyo signo sensible es el encuentro con nuestra compañía. Podríamos decir: oh Cristo, tu

signo y tu nombre coinciden. Nuestra compañía coincide con tu nombre.

Se sigue un corolario importante. Si es cierto que pertenezco a Cristo en esta compañía, entonces quien guía es «otro» y la ley de la vida es la obediencia. *«Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad...»*.

III.

Acusar el impacto con una diferencia humana —cosa que también éticamente es fundamental— exige de nosotros la actitud original con la que el Creador nos hace, es decir, la actitud del niño que se abandona confiado a otro y sigue: *«Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad. Sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre; como un niño saciado así está mi alma dentro de mí»*. Para poder admitir este fenómeno de diferencia humana es necesaria la mirada del niño. Una humildad, una disponibilidad, una sencillez de corazón, una pobreza de espíritu, que los adultos, aunque hayan registrado en su momento el primer impacto, pueden haber perdido. Y entonces sucede que el acontecimiento original, que se grabó en su memoria, pasa a ser un hecho del pasado, que permanece sólo como un «devoto recuerdo». En cambio, con esta sencillez y disponibilidad un hombre puede haberse equivocado durante años pero retoma el camino más fácilmente que alguien que haya sido irreprochable y no haya tenido que ser corregido.

«Mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad». Por haberlo comentado detenidamente tantas veces, deberíamos estar acostumbrados a entender este Salmo 131. Señor, yo no pretendo grandezas que me superan.

Hemos de pedir un corazón de niño. Para llegar a ser como niños supliquemos a Cristo que se ofrece, junto con nosotros, al Misterio que hace todas las cosas, mediante el gesto en el que nos implica: el sacramento eucarístico, la santa misa. De no ser así, no podríamos soportar convenientemente la condición necesaria del sacrificio. Como mucho, en el mejor de los casos, huiríamos en la distracción, pero no podríamos evitar el resentimiento.

Señor mío, ¡ayúdame a vivir como un niño! Concédeme un corazón de niño para que pueda penetrar la verdad de la realidad y anunciar el Evangelio (el sentido de la realidad, que eres tú), para que pueda conocerte a ti, único Dios verdadero, y a aquel que has enviado, Jesucristo.

NO DARÉ SUEÑO A MIS OJOS

Salmo 132,1-10

*Señor, tenle en cuenta a David
todos sus afanes:
como juró al Señor
e hizo voto al Fuerte de Jacob:
«No entraré bajo el techo de mi casa,
no subiré al lecho de mi descanso,
no daré sueño a mis ojos,
ni reposo a mis párpados,
hasta que encuentre un lugar para el Señor,
una morada para el Fuerte de Jacob».
Oímos que estaba en Efratá,
lo encontramos en el Soto de Jaar:
Entremos en su morada,
postrémonos ante el estrado de sus pies.
Levántate, Señor, ven a tu mansión,
ven con el arca de tu poder:
que tus sacerdotes se vistan de justicia,
que tus fieles vitoreen.
Por amor a tu siervo David,
no niegues audiencia a tu Ungido.*

I.

Es un delito que nuestra vida no esté a disposición de aquel que nos ha dado todo, que no colabore en hacer del mundo entero la morada de Dios. *«No daré sueño a mis ojos hasta que no edifique una morada para Dios en este mundo. No gozaré con mi casa y mis comodidades hasta que no haya construido una morada para el Dios de Israel»*, canta el rey David en el Salmo 132.

Es la voz de un hombre cargado de afecto, la voz del amor, la voz de la caridad. La conversión del hombre a Dios, es decir, al diseño del Padre, que es Jesucristo, no consiste en ser más o menos coherentes, en alcanzar una pretendida perfección humana, sino en construir *«una morada para el Señor»*. Y, en efecto, para construir esta morada

el hombre debe ponerse a sí mismo en segundo plano o, mejor dicho, debe concebirse como totalmente perteneciente a otro.

La resurrección empieza ya en nuestra vida terrena. La vida nueva, que empieza con la resurrección de Jesucristo, coincide con esa nueva capacidad de afecto que nos hace vivir todas las relaciones para hacerle presente en medio de las vicisitudes de los hombres.

Vivir este afecto es por tanto la gran ley de la vida. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo», en esto se resume la Ley entera [\[140\]](#).

¿En qué consiste este afecto? Amar es poseer en la verdad la sustancia de la relación, que es Misterio, que es el misterio de Dios mismo.

Si se detiene este dinamismo que tiende a construir la morada de Dios entre los hombres, entonces convertimos en “dios” un determinado particular que nuestro propio capricho escoge, que nuestra propia comodidad elige o nuestra presunción define: un ídolo.

¡Cuidado!, que nuestro día a día puede estar repleto de ídolos. Y no porque amemos con toda el alma a alguien o nos entreguemos a lo que más estimamos; no porque gocemos de la belleza o nos gusten mucho las cosas, y especialmente esta persona o aquella, sino porque «lo reducimos todo» a este particular, a este gusto, a esta ganancia, a un objeto limitado que podemos aferrar, definir y manipular con la ilusión de ser dueños de las cosas y las personas. La idolatría reduce el Misterio insondable a un objeto limitado.

El pecado coincide con reducir a Dios a un aspecto particular de lo humano, sea cual sea.

II.

Las palabras de David recogen bien lo que significa “dar testimonio”: «*No entraré bajo el techo de mi casa, no subiré al lecho de mi descanso, no daré sueño a mis ojos, ni reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Fuerte de Jacob*». Se llama “testimonio” este grito que expresa el salmo, este clamor que se relaciona con un lugar. Si faltara este lugar no habría testimonio. Fue así para Péguy, por ejemplo. De camino hacia Chartres, en medio de la llanura casi desierta, tan sólo rodeado de los trigales de la Beauce, Péguy vio a lo lejos las soberbias agujas de la catedral y, aludiendo a la Iglesia, escribió: «He aquí el lugar del mundo donde todo encuentra su comprensión,/ también esta vieja cabeza y la fuente de las lágrimas;/ y estos dos brazos endurecidos por el oficio de las armas;/ el único rincón de la tierra donde todo puede caber» [\[141\]](#). En este lugar, que es la Iglesia, encuentro a Dios, encuentro la vía para ir a mi destino, los medios para alcanzar plenitud. La relación con mi destino pasa

por ahí, allí la aprendo, allí me la enseñan. Y todo renace en mí. Permaneciendo allí soy regenerado.

Una *morada*: el lugar donde todo es para ti, donde nada está en contra tuyo, donde todo es para tu alegría, todo es para la positividad de tu obrar, donde todo es un camino seguro, una senda clara hacia el umbral de la felicidad. La *morada* es umbral de la felicidad, de tu pleno cumplimiento.

“Dar testimonio” quiere decir, por tanto, crear un lugar, una calidad de vida humana, una realidad humana que manifiesta el poder y la gloria de Dios. La *morada*: el lugar donde lo que yo busco desde la aurora, lo que toda mi vida anhela, lo puedo ver. Puedo ver el poder y la gloria de mi Dios. ¡Verlo! Este es el método del Misterio y su designio. Él quiere darse a conocer, quiere que le reconozcas, quiere hacerse amar dentro de la experiencia, en el surco del tiempo y del espacio, en los años que te concede. Quiere que tú veas su poder y su gloria en el transcurso de tu vida.

III.

La caridad —o sea, la esencia misma del amor, la gratuidad— coincide con nuestra «forma humana» de vivir para colaborar en la construcción de esa realidad viva que es la Iglesia, presencia de Cristo en medio de las preocupaciones de los hombres. Caridad es construir su cuerpo en el mundo. Esto es amor de verdad, porque la verdad del amor es la caridad. De hecho, caridad quiere decir afecto puro, amor verdadero. A esto nos invita el Salmo 132: no me iré a comer y a beber, no me acostaré, no me contentaré con el trabajo bien hecho, no disfrutaré de la compañía cordial de los amigos «*hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Fuerte de Jacob*». Es como si dijera: todas estas cosas haré para edificar una casa al Fuerte de Jacob, para construir la Iglesia, su cuerpo vivo. La morada del Fuerte de Jacob en tu persona coincide con esta morada exterior, con un lugar que toda tu persona colabora para edificar. Su morada entre nosotros no tiene un «dentro» y un «fuera» de nosotros: dentro y fuera manifiestan una misma realidad. La Iglesia de Dios, el Cuerpo de Cristo, está dentro de nosotros porque existe fuera de nosotros; y está fuera de nosotros porque la llevamos dentro, porque se labra en nuestra condición humana, en toda nuestra existencia.

IV.

Con san Pablo debemos decir: «Vivo, pero no soy yo el que vive, eres tú quien vives en mí» [\[142\]](#), donde este «tú» es Jesucristo junto con toda la realidad humana que él incorpora a su Persona, que atrae a sí; junto con todos los que son «suyos». Y nosotros formamos parte de los «suyos». Entonces, el fruto de su misericordia —la maternidad o lo paternidad, el amor, la fecundidad que nace del reconocimiento asombrado de que

Dios me hace suyo, que le pertenezco a pesar de lo que soy— es el deseo de obrar, libera mis energías para la acción. El fruto de su misericordia, la conciencia de que pertenezco a Dios tal y como soy, la conciencia de que soy de Cristo, es la capacidad de amar: poner a disposición todo lo que soy, toda mi persona, para hacerle presente en el mundo, para hacer presente su redención. La fecundidad nace de la caridad; coincide con la capacidad de amar de manera totalmente gratuita. Y la gratuidad brota cuando mi relación con el otro es vivamente consciente de su destino.

SI ME OLVIDO DE TI, JERUSALÉN

Salmo 137,1-6

*Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar
con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.
Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión».
¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha;
Que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías.*

El canto de los exilados nos dice algo muy importante. Mientras estamos en la desolación del límite, la enfermedad, el pecado, la desesperanza; mientras estamos en la prueba del exilio, hay un hilo tenaz que resiste, que no cede. De no ser así, significaría que nos hemos rebelado, más aún, que hemos pecado contra el Espíritu Santo. El pecado que él no puede perdonar se expresa en estos términos: «Tú, oh Dios, no eres bueno conmigo. No te reconozco como mi Señor. Tú no me has librado». Si faltara este hilo, si desapareciera, sería señal de que hemos renegado de nuestra adhesión a su alianza con nosotros.

¿Y qué es este hilo? «*Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión. ¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no me acuerdo de ti*». En estas palabras del salmo está la imagen de nuestro grito, de uno mismo como nostalgia del bien, de lo que

experimentamos como el aspecto último de la súplica a Dios; la imagen del fondo último de la verdad en nosotros que vuelve a la superficie: somos totalmente indigentes, mendigos, incapaces. Entonces la paradoja se realiza de un modo maravilloso: *«Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías»*.

Dice san Juan en su primera carta: «pues Dios es mayor que nuestro corazón y lo conoce todo» [\[143\]](#). Aunque nos hemos equivocado, aunque hemos pecado y nuestro corazón nos lo reprocha, Dios es mayor que nuestro corazón.

«Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» [\[144\]](#).

ME HAS TEJIDO EN EL SENO MATERNO

Salmo 139,1-14

*Señor, tú me sondeas y me conoces.
Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
No ha llegado la palabra a mi lengua
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime y no lo abarco.
¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
Si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.
Si digo; «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche entorno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día,
la tiniebla es como luz para ti.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente,
porque son admirables tus obras:
mi alma lo reconoce agradecida.*

Intentemos volver a sentir en nosotros lo que sentía la Virgen cuando rezaba: «Señor,

tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares». La evidencia de que pertenecía a Dios, de que era suya, era familiar para ella, determinaba tanto la trama de sus pensamientos como la savia de sus sentimientos que, ciertamente, se hubieran podido observar en su rostro, especialmente en ciertos momentos. Pero hay una permanencia de esos momentos, incluso cuando la conciencia está distraída, que señala una hondura que resulta familiar al corazón, una serenidad, o mejor, una sencillez inspiradora de calma y alegría.

Esta adquirida familiaridad con la pertenencia que la constituía la hizo capaz de percibir inmediatamente los signos de la propuesta y, antes y más profundamente, los signos de la Presencia. Y entonces dijo: «Sí». «Sí», con prontitud, con inmediatez familiar.

Por tanto, aun siendo extrema la discreción de Dios al acercarse al hombre, aun siendo suma la delicadeza con la que la palabra de Dios toca el corazón del hombre (porque sólo así se respeta la libertad como tal, cuando se la trata con discreción), esa discreción y esa delicadeza (que un simple soplo hubiera podido echar a perder, al igual que con un soplo se quita de en medio un trocito de papel en la mesa) coincidieron con la evidencia aguda, tenaz, indestructible, de la pertenencia a Otro. «*¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno».*

NO ME ESCONDAS TU ROSTRO

Salmo 143,1-11

*Señor, escucha mi oración;
tú, que eres fiel, atiende a mi súplica;
tú, que eres justo, escúchame.
No llames a juicio a tu siervo,
pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.
El enemigo me persigue a muerte,
empuja mi vida al sepulcro,
me confina a las tinieblas
como a los muertos olvidados.
Mi aliento desfallece,
mi corazón dentro de mí está yerto.
Recuerdo los tiempos antiguos,
medito todas tus acciones,
considero las obras de tus manos
y extendiendo mis brazos hacia ti:
tengo sed de ti como tierra reseca.
Escúchame enseguida, Señor,
que me falta el aliento.
No me escondas tu rostro,
igual que a los que bajan a la fosa.
En la mañana hazme escuchar tu gracia,
ya que confío en ti,
Indícame el camino que he de seguir,
pues levanto mi alma a ti.
Líbrame del enemigo, Señor,
que me refugio en ti.
Enséñame a cumplir tu ley,
ya que tú eres mi Dios.
Tu espíritu, que es bueno,
me guíe por tierra llana.
Por tu nombre, Señor, consérvame vivo;*

Por tu clemencia, sácame de la angustia.

Tendría que ser un ejercicio de asombro, de gratitud renovada llena de estupor, repetir ante el Señor, una y otra vez, este versículo del Salmo 143: «*Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos*». Considero las obras prodigiosas que has realizado en mi vida. Y en la historia. Porque también las proezas que él realiza en la historia son mías, son contenido de mi memoria. De hecho, me conmueven Abrahán e Isaac; Moisés es figura de lo que es mi vida, porque la alianza es un hecho real en mi existencia. Todo lo que pasó y que va pasando, todo lo que leo en Homero y en Shakespeare, lo que leo de Abrahán y de Moisés, todo tiene una reverberación en mí, porque la realidad entera es como el arco completo de mi yo, el horizonte de mi persona.

Por ello no hay solución de continuidad entre los antiguos y yo, entre Homero y yo, entre Dante y yo, entre todo lo que estudio, lo que he leído en la historia de la humanidad, entre la última nebulosa y yo, entre el futuro, cualquiera que sea, y yo. No existe solución de continuidad porque el hombre es ese punto diminuto del cosmos que tiene la misteriosa capacidad de abrir sus brazos para abrazarlo todo.

«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» [\[145\]](#). El hombre ha de despertar a la conciencia de su relación con la totalidad. El cardenal Newman escribe en su autobiografía que, siendo muy joven, descansaba «en el pensamiento de [que existen] dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador» [\[146\]](#).

Aquí se fundamenta la dignidad de nuestros actos: no en una medida —clamorosa, llamativa o pequeña y escondida—, sino en la apertura que nuestros actos tienen hacia la totalidad.

CERCA ESTÁ EL SEÑOR DE LOS QUE LO INVOCAN

Salmo 145,14-21

*El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan.
Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
abres tú la mano
y sacias de favores a todo viviente.
El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones.
Cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.
Satisface los deseos de los que lo temen,
escucha sus gritos, y los salva.
El Señor guarda a los que lo aman,
pero destruye a los malvados.
Pronuncie mi boca la alabanza del Señor,
todo viviente bendiga su santo nombre
por siempre jamás.*

El Señor es fiel en todas sus palabras, «*es bondadoso en todas sus acciones*», porque sus palabras son obras: yo soy una palabra suya, obra de sus manos, y el Señor es fiel conmigo. *El «Señor sostiene a los que van a caer [yo tropiezo y caigo], endereza a los que ya se doblan [yo me doblo]».*

«Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano y sacias de favores a todo viviente. El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones. Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente [que uno lo busque o no, que lo invoque o no lo invoque, es una cuestión sutil, penetrante como espada de doble filo]. Satisface los deseos de los que lo temen, escucha sus gritos, y los salva. El Señor guarda a los que lo aman, pero destruye a los malvados [a los que no le buscan]. Pronuncie mi boca la alabanza del Señor, todo viviente bendiga su santo nombre por siempre jamás».

¿Cuál es el problema para mí, para ti, para nosotros? Que estas palabras son irreales

para nosotros, puro nominalismo, mientras que en verdad son “obras”, reflejan la realidad más palpable, concreta, fisiológica que se pueda imaginar. ¡Y sin embargo las dejamos flotando en el aire! Que no se queden en lo abstracto, que sean lo que son realmente, depende del filo sutilísimo de nuestra libertad.

El Salmo 145 habla de algo muy real. Cristo es más real que la chica que te gusta o el chico que te estremece, más real que el dinero que tienes en el Banco. Pudo comprenderlo un famosísimo filósofo agnóstico, no digo que ateo pero sí agnóstico, perdido en la búsqueda, Wittgenstein: «El cristianismo no es una doctrina, es decir, no es una teoría de lo que sucede o habrá de suceder con el alma humana, sino que es la descripción de un acontecimiento real en la vida del hombre» [\[147\]](#). La descripción de un acontecimiento real en la vida de un hombre subvierte cualquier categoría doctrinal o teórica.

SU MENSAJE CORRE VELOZ

Salmo 147,12-20

*Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión.
Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;
ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.
Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza.
Hace caer el hielo como migajas;
ante su helada, ¿quién resistirá?
Envía una orden, y se derriten;
sopla su aliento, y corren las aguas.
Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
Con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.*

«Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti; ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz».

El Salmo 147 nos introduce en la meditación del Dios que vino a este mundo para trabajar, para edificar y dar vida a su pueblo, para reunir a los suyos, a los que el Padre ha puesto en sus manos, para dar gloria al Padre en la historia del mundo mediante el cambio de nuestra vida.

«Anuncia su palabra a Jacob». Su palabra es un acontecimiento que invade nuestra vida sólo si empezamos verdaderamente a trabajar con él, si participamos en su trabajo, si vivimos cada vez más nuestra vida como un ofrecimiento; sólo si tomamos parte en su presencia actuante: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo» [\[148\]](#).

El fruto de la vida como ofrecimiento, de nuestro obrar con la conciencia de

pertenecerle, es el testimonio que actualiza Su mismo acontecimiento.

Dice una oración de poscomunión de la Liturgia ambrosiana: «Oh Dios, tu luz [es decir, tu gloria, tu visibilidad, la memoria de cómo te has hecho ver en mi vida —que es la primera manifestación de tu gloria— y la visibilidad de tu misterio en el mundo, tu Iglesia, tu Cuerpo en el mundo] nos guíe en cada paso de la vida y nos conceda penetrar con mirada pura y corazón libre el misterio del que nos has hecho partícipes» [\[149\]](#). ¿Qué es este misterio del que nos has hecho partícipes? Es Dios mismo que ha entrado en el mundo para recapitular en Cristo todas las cosas [\[150\]](#), según escribe san Pablo. Por eso, pedimos que se nos conceda recapitular en Él todo lo que hacemos, penetrar con la luz de la fe todo lo que somos.

El corazón puro es el que no está centrado en sí mismo; el corazón libre es el que posee de manera virginal las personas y las cosas.

Nuestra relación con Dios, por tanto, es relación con el Dios que se hizo acontecimiento, con esta Presencia soberanamente nueva y distinta, con Cristo que acontece en el tiempo, es decir, en la circunstancia del instante presente. ¡Ahora!, no hace un minuto o un minuto después. Es amar el ser en este instante, amar al Dios vivo, amar a Cristo en el instante. ¡La relación con Cristo se vive momento por momento, en cada momento pasajero!

Dios se hizo acontecimiento. Y «penetrar con mirada pura y corazón libre» ese acontecimiento quiere decir vivir todo lo que sucede en la fe; vivir las circunstancias, el instante —este punto del tiempo y del espacio, contingente, efímero, pasajero— reconociendo la Presencia. Podríamos decir: adorar a Dios en el instante.

SU MAJESTAD SOBRE EL CIELO Y LA TIERRA

Salmo 148

Himno de la creación al Todopoderoso

*Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.
Alabadlo todos sus ángeles;
alabadlo todos sus ejércitos.
Alabadlo, sol y luna;
alabadlo, estrellas lucientes.
Alabadlo, espacios celestes
Y aguas que cuelgan en el cielo.
Alaben el nombre del Señor,
Porque él lo mandó, y existieron.
Les dio consistencia perpetua
Y una ley que no pasará.
Alabad al Señor en la tierra,
cetáceos y abismos en el mar,
rayos, granizo, nieve y bruma,
Viento huracanado que cumple sus órdenes,
montes y todas las sierras,
árboles frutales y cedros,
fieras y animales domésticos,
reptiles y pájaros que vuelan.
Reyes del orbe y todos los pueblos,
príncipes y jueces del mundo,
los jóvenes y también las doncellas,
los ancianos junto con los niños,
alaben el nombre del Señor, el único nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra;
él acrece el vigor de su pueblo.
Alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido.*

«*Alabanza de todos sus fieles*». ¿De todos los que son fieles a él? No. Alabanza de todos los elegidos a los que él permanece fiel, «*de Israel, su pueblo escogido*».

¿Quién, en efecto, es digno de Él?

«Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos» [\[151\]](#). Incluso estando en las peores condiciones, cualquiera se siente aliviado por estas palabras. La vida sin perspectiva que vivimos día tras día es, de hecho, un sepulcro. A menudo vivimos con un horizonte cerrado, entre una mirada muerta y la pared del sepulcro.

¿Dónde está la clave? Está en la relación responsable con el misterio de Dios presente, con su realidad presente.

En cualquier estado físico y anímico, ¿se despierta en nosotros una relación personal y, por ello, responsable? Tomar conciencia del tiempo por la mañana, ¿provoca en mí una respuesta? Entre mis ojos y el resto del mundo, entre mi corazón y el resto del mundo no hay nada que sea más decisivo que esto: la relación con el Misterio presente.

Como la luz solicita nuestros ojos que se abren por la mañana, así su Presencia solicita nuestro corazón, nuestra conciencia, antes que cualquier otra cosa. Y con esa Presencia en la mirada, todas las cosas —según su forma propia, cada una según el atractivo que ejerce sobre nosotros en la medida de su correspondencia con nuestro corazón, cada cual con su valor de ayuda y compañía— irán apareciendo en el horizonte del día, nos saldrán al encuentro en la senda del tiempo.

VOLVISTE LA ESPALDA A TODOS MIS PECADOS

Isaías 38,10-14.17-20

*Yo pensé: «En medio de mis días
tengo que marchar hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años».*

*Yo pensé: «Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré más a los hombres
entre los habitantes del mundo.*

*Levantán y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.*

*Como un tejedor, devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama».*

*Día y noche me estás acabando,
sollozo hasta el amanecer.*

*Me quiebras los huesos como a un león,
día y noche me estás acabando.*

*Estoy piando como una golondrina,
gimo como una paloma.*

*Mis ojos mirando al cielo se consumen:
¡Señor, me oprimen, salfiador por mí!*

*Me has curado, me has hecho revivir,
la amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía
y volviste la espada a todos mis pecados.*

*El abismo no te da gracias,
ni la muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.*

*Los vivos, los vivos son quienes te alaban:
como yo ahora.*

El padre enseña a sus hijos tu fidelidad.

*Sálvame, Señor, y tocaremos nuestra arpas
todos nuestros días en la casa del Señor.*

El Misterio, al que oponemos resistencia para que obre un cambio —una resistencia de días, meses, años; en demasiados tramos de nuestra vida— nos deja tocar fondo para que podamos acudir a él; en cierta medida nos fuerza a reconocerle cuando estamos desolados. En este sentido la percepción del Misterio coincide con la inevitabilidad de la muerte, con la experiencia inexorable del límite que, como germen de muerte, debilita nuestra expresividad cotidiana. «Todo es nada», dice la voz de la desolación que se insinúa en la frágil condición del yo. «Todo es nada». Tanto, que viviríamos desolados, en el fondo del alma, si la distracción no nos “liberara” de esta «vanidad de vanidades que son todas las cosas» [\[152\]](#). Si normalmente sólo nos “salva” la distracción es que en el fondo estamos desesperados, porque hay un vacío cuando pienso en lo que soy, en lo que somos y en lo que nos rodea. Todo lo que nos rodea es como nada. Entonces el Misterio, al que olvidamos, se impone a nosotros mediante la inevitabilidad del límite y de la muerte —tenemos que decirlo—, mediante la experiencia de la muerte. Y, de hecho, pasamos días, meses y años vacíos... Si no fuera por la muerte de un compañero, por la pérdida de un ser querido, de un conocido o de un amigo, de alguien cercano que de algún modo ha entrado en nuestra vida, nunca repararíamos en la muerte. En cambio, todo lo que se nos da es para una responsabilidad que tendrá que decirse en la hora de nuestra muerte, tendrá que manifestarse, revelarse, ofrecerse a Dios, mostrarse ante él y ante el mundo. El Misterio nos obliga a pensar en él cuando se presenta con el ropaje inevitable de la muerte, o bien, de esa experiencia análoga que es el límite.

Si cada día nos espoleara el aguijón de la falta de un ser querido o de algo que verdaderamente nos apremia, si nos punzara una herida mortal, seríamos realmente distintos. Seguiríamos abatidos, pero seríamos distintos.

«Levantán y enrollan mi vida como una tienda de pastores». Al tener que emigrar, los pastores recogían su tienda y se deshacían de ella porque era un harapo que ya no servía de nada.

Pero, ¿por qué tendemos a identificar nuestra relación con el Misterio que nos crea, la relación con el eterno Padre, con la experiencia de la muerte, con la muerte tal y como aparece en nuestros límites, con la muerte que es anonadamiento de todo? ¿Por qué?

No hace falta decir que este es el mayor error, la máxima falsedad, una gran mentira, el mayor delito. Y en cambio me estoy refiriendo, con seguridad, a una identificación que todos hacemos casi siempre: identificamos el Misterio con la muerte, con la nada. Y en efecto, sólo cuando reparamos en la muerte o en los límites que pretenden reducir a nada las cosas, sólo entonces algo se remueve en nosotros. El resultado es una desolación

sombría: «Mi padre y mi madre me abandonan» [153] y nadie me recoge. Es la inolvidable escena del *Dies irae*: «Mis ojos están llenos de lágrimas y nadie me las enjuga» [154].

Pero de repente, ¡sin que tu lógica lo requiera!, ¡sin que tu imaginación lo pueda pensar!, ¡sin que tu corazón lo pueda exigir!... imprevisiblemente, sin pies ni cabeza (por decirlo de un modo un tanto irreverente): «*detuviste mi alma ante la tumba vacía y volviste la espada a todos mis pecados*». El eterno Padre vuelve la espalda a todos nuestros pecados. El origen del ser, la fuente de todo lo que existe, el Misterio, vuelve la espalda a todos mis pecados.

Y es esto lo que, delicadamente, nos cambia. Una leve emoción, una discreta insinuación, un toque cercano cambian mi abatimiento; es como si mi padre y mi madre, que me han abandonado, trataran de reconciliarse conmigo mediante las manos del Misterio. Trataran de hacerlo, porque la mayoría de las veces ni siquiera les dejamos que nos pacifiquen. Pero, de todas formas, esta es la disyuntiva última: o la nada o esta bondad inconcebible; o la nada o el perdón; o la nada o Cristo. «*Los vivos, los vivos son quienes te alaban: como yo ahora...*». ¿A qué nos remite este versículo? No al nacimiento, sino al Bautismo, cuando la muerte y la resurrección de Cristo nos hacen renacer a una vida nueva, rescatan nuestra vida de las garras de la nada. Por eso, «*el padre enseña a sus hijos tu fidelidad*».

EL DIOS DE MIS PADRES

Éxodo 15,1-4.8-13.17-18

*Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria,
caballos y carros ha arrojado en el mar.
Mi fuerza y mi poder es el Señor,
Él fue mi salvación.
Él es mi Dios: yo lo alabaré;
el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré.
El Señor es un guerrero,
su nombre es “El Señor”.
Los carros del faraón los lanzó al mar,
ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes.*

*Al soplo de tu nariz, se amontonaron las aguas,
las corrientes se alzaron como un dique,
las olas se cuajaron en el mar.
Decía el enemigo: “Los perseguiré y alcanzaré,
repartiré el botín, se saciará mi codicia,
empuñaré la espada, los agarrará mi mano”.
Pero sopló tu aliento y los cubrió el mar,
se hundieron como plomo en las aguas formidables.
¿Quién como tú, Señor, entre los dioses?
¿Quién como tú, terrible entre los santos,
temible por tus proezas, autor de maravillas?
Extendiste tu diestra: se los tragó la tierra;
guiaste con misericordia a tu pueblo rescatado,
los llevaste con tu poder hasta tu santa morada.*

*Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad,
lugar del que hiciste tu trono, Señor;
santuario, Señor, que fundaron tus manos.
El Señor reina por siempre jamás.*

«Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré». ¿Qué quiere

decir? Una vez más este cántico triunfal nos señala el camino. El «*Dios de mis padres*» quiere decir el Dios de mi historia, de esa historia de la que procedo. No el dios que yo escogí a mi medida.

La historia de Dios con el hombre es una lucha. Mi historia es una lucha. De hecho, toda la introducción de esta página del Éxodo se compone de imágenes combatientes: «*El Señor es un guerrero; los carros del faraón los lanzó al mar, ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes; al soplo de tu nariz, se amontonaron las aguas...*».

El enemigo decía: los alcanzaré y los derrotaré. En cambio tú, con un solo «*soplo de tu nariz*», los cubriste y «*se hundieron como plomo en las aguas formidables*». ¡Nos embarga el asombro! Esa admiración que saca a la luz nuestra filiación, nuestro sentido de adoración y veneración por el Padre, por lo que él obra en la historia: «*¿Quién como tú, terrible entre los santos, temible por tus proezas?*».

El «*Dios de mis padres*» es padre de mi historia. Su poder se manifiesta en la historia: «*¿Quién como tú, temible por tus proezas, autor de maravillas?*». Sus proezas son hechos, sus maravillas son una realidad histórica: «*Extendiste tu diestra: se los tragó la tierra*».

El «*Dios de mis padres*», de mi historia, es un Dios fuerte que vence a mis enemigos. Por esto suscita en mí asombro y maravilla, una adoración profunda al caer en la cuenta de las obras grandes que el Poderoso ha hecho y hace por mí. En nuestra historia personal y comunitaria acontecen obras que nos sorprenden y nos llevan a decir: «*¿Quién como tú, autor de maravillas?*» Y, entre todas, esta es su obra más hermosa: «*Guiaste con misericordia a tu pueblo rescatado*». Tú guías con tu favor el pueblo que has escogido y en el que me has llamado, prestándole tu fuerza, la que venció y sigue venciendo el remolino caótico del tiempo. «*Guiaste con misericordia a tu pueblo rescatado. Los llevaste con tu poder hasta tu santa morada*»: “casi” les has obligado a reconocerte. Los vences.

NO NOS RECHACES, POR TU NOMBRE

Jeremías 14,17-21

*Mis ojos se deshacen en lágrimas,
de día y de noche no cesan:
por la terrible desgracia que padece
la doncella, hija de mi pueblo,
una herida de fuertes dolores.
Salgo al campo: muertos a espada;
entro en la ciudad: desfallecidos de hambre;
tanto el profeta como el sacerdote
vagan sin sentido por el país.
¿Por qué has rechazado del todo a Judá?
¿Tiene asco tu garganta de Sión?
¿Por qué nos has herido sin remedio?
Se espera la paz, y no hay bienestar,
al tiempo de la cura sucede la turbación.
Reconocemos, Señor, nuestra impiedad,
la culpa de nuestros padres,
porque pecamos contra ti.
No nos rechaces, por tu nombre,
no desprestigies tu trono glorioso;
recuerda y no rompas tu alianza con nosotros.*

«*Recuerda y no rompas tu alianza con nosotros*». No dejes de generar nuestra compañía, en la que se manifiesta tu rostro y tu abrazo a nuestra vida, no encubras tu presencia.

¡No nos abandones! Pero pensar esto es absurdo, no es posible. En el santo Evangelio Jesús, respecto a esto, hace un apunte misterioso: «Por eso os digo que cualquier pecado o blasfemia serán perdonados a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada» [\[155\]](#). El carácter misterioso de esta mención no debe turbar nuestro corazón. La mentira que siembra cizaña en el campo es el pecado contra el Espíritu Santo. En cambio, pedir «*no nos rechaces, por tu nombre*» vence la gran tentación de pensar que es imposible que Dios mantenga su alianza con un ser como yo, con seres

como nosotros. Lo que Dios nos pide es esta súplica confiada como confiado es el niño que se abandona a quien le ha dado la vida y le ama: «*No rompas tu alianza con nosotros*».

Puesto que no puede ser que tu presencia desaparezca, hemos de decir: «Señor, haz que *reconozcamos* tu presencia, que *hagamos memoria* de tu presencia, que *seamos vigilantes* en tu presencia». ¡«*No desprestigies tu trono glorioso*»!

Este es el amor secreto y profundo que debe animarnos, el amor al Reino de Dios. Entonces: «Señor, ¡no rompas la alianza que has establecido conmigo!». Las últimas palabras del profeta son las más verdaderas que podemos pronunciar, las que más se ajustan a la indigencia de nuestros días, tan mezquinos y lerdos, infértiles tan a menudo, que ésta resulta la única súplica adecuada. Por eso Cristo en el *Padre nuestro* nos hace decir: «¡Venga a nosotros tu Reino!» [\[156\]](#).

Y así, a pesar de todo, que se cumpla tu plan sobre nosotros, aunque mi incoherencia sea tal que me induzca a olvidarme de él. Y, aún así, en cuanto me recojo, en cuanto me pongo a pensar, ¡quiero que venga tu reino! Por eso, ¡Señor, sé fiel y no rompas tu alianza con nosotros!

FRENTE AL PUEBLO

Jeremías 15,10-11.15-21

*¡Ay de mí, madre mía, me has engendrado
para discutir y pleitear por todo el país!*

*Ni presté ni me han prestado,
en cambio, todos me maldicen.*

Dijo el Señor:

¿No te he fortalecido para bien?

*¿No he intervenido en tu favor,
en tiempo de apuro e infortunio,
a causa de tus enemigos?*

Tú ya lo sabes, Señor:

*acuérdate de mí, protégeme;
véngame de mis perseguidores.*

*No por dar largas a tu ira
vayan a acabar conmigo
pues soporto ultrajes por tu causa.*

Si encontraba tus palabras, las devoraba:

*tus palabras me servían de gozo,
eran la alegría de mi corazón,
y tu nombre era invocado sobre mí,
Señor Dios del universo.*

*No me junté con la gente
amiga de la juerga y el disfrute;
me forzaste a vivir en soledad,
pues me habías llenado de ira.*

*¿Por qué se ha hecho crónica mi llaga,
enconada e incurable mi herida?*

*Te has vuelto para mí arroyo engañoso
de aguas inconstantes.*

Entonces respondió el Señor:

*Si vuelves, te dejaré volver,
y así estarás a mi servicio;*

*si separas la escoria del metal,
yo hablaré por tu boca.
Ellos volverán a ti,
pero tú no vuelvas a ellos.
Haré de ti frente al pueblo
muralla de bronce inexpugnable:
lucharán contra ti,
pero no te podrán,
porque yo estoy contigo
para librarte y salvarte
—oráculo del Señor—.
Te libraré de manos de los malvados,
te rescataré del puño de los violentos.*

«Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón, y tu nombre era invocado sobre mí». De este modo se evoca la fascinación original y se describe nuestra historia personal. Pero, inmediatamente, todo va en contra y los agresores de los que habla Jeremías no están sólo fuera de nosotros; los agresores son sobre todo los que tenemos dentro. Las palabras que hemos recibido con avidez, la experiencia de su correspondencia con la necesidad de un significado para vivir, enseguida se enfrentan con todo; y la vergüenza, las discusiones, la extrañeza o la ira contaminan toda la trama de nuestras relaciones. La extrañeza que se insinúa en nuestra con la realidad es un síntoma de que, para poder vivir la memoria dentro de la vida común de todos, se necesita una energía, una fuerza, un poder que hemos de pedir al Espíritu Santo: «¡Ven Espíritu Santo!».

¿Por qué este contraste? Porque el mundo vive y discurre, al igual que nuestra existencia, de modo contradictorio a las palabras que hemos recibido con avidez y al Nombre al que corresponde nuestro ser. Es un hecho misterioso que nunca será suficientemente tenido en cuenta para explicar al hombre; no al hombre cristiano, sino al hombre tal cual es. Todo irrita, nada corresponde; y cuando “corresponde” demasiado, entonces cierra, bloquea, ahoga, obstruye, nos vuelve obsesivos y posesivos.

«Te has vuelto para mí arroyo engañoso de aguas inconstantes. Entonces respondió el Señor: “Si vuelves, te dejaré volver, y así estarás a mi servicio”». He aquí, en cada momento la gran posibilidad que su presencia reabre continuamente, porque él es fiel a su amor y a su alianza. «Si vuelves»: este es el drama de cada instante, del momento presente en el sentido literal de la palabra; el drama de nuestra libertad que sale a la luz, sobre todo, cuando cambiamos de dirección, cuando pasamos de una acción a otra

distinta.

«*Si vuelves*»: si alimentas la memoria de lo que Yo soy para ti; si deseas que, lentamente o según tiempos que no están en tus manos, esto coincida con tu autoconciencia, vaciando tu yo del sentimiento inexacto que tiene de sí mismo en todas sus relaciones.

Se puede recobrar la memoria cien veces al día, pero es necesario renovarla cada mañana y al mediodía con el *Ángelus*; y por las noches con las Completas; y cuando nos cruzamos con el compañero o la compañera de casa irritante, o cuando nos encontramos con la persona demasiado emocionante. Todo puede ser motivo para la memoria, pero debe serlo tanto lo que nos resulta demasiado pesado como lo que nos resulta demasiado fácil. Y la memoria indica algo que viene antes de ese momento concreto y lo genera y acompaña en el instante presente.

CONCLUSIÓN

RECONOCER LA ALIANZA

Que Dios sea misericordia implica que exista el objeto de esa misericordia. Por eso, se juntan Cristo redentor con el yo pecador; Cristo, que es la misericordia, conmigo, que soy objeto de su misericordia. Este ser uno con Cristo es el gesto misericordioso del Padre, la historia de su amor para conmigo, la historia del misterio de la Trinidad en este mundo. Por su misericordia él y yo somos una sola cosa, un solo Cuerpo, una única Presencia; tan es así que Cristo completa en mí lo que falta a su pasión.

«*Tus manos me hicieron y me formaron* [no sólo porque me crearon al darme vida, sino porque me hacen ahora, en este instante; estoy siendo plasmado, objeto continuo de tu iniciativa amorosa]: *instrúyeme para que aprenda tus mandatos*» [\[157\]](#). Tus mandatos, tus enseñanzas, son las obras que realizas entre nosotros. Las enseñanzas de Dios son los hechos históricos con los que establece su alianza con nosotros. Y comprender lo que él hace es también obra suya. Identificarnos con estos hechos nos hace operadores de justicia, impide que estropeemos con nuestras manos lo que él hace.

Dichoso el hombre que procede por el camino recto, pues «*su gozo es la ley del Señor y medita su ley día y noche, [por eso] da fruto en su sazón*» [\[158\]](#). La ley de Dios es su fidelidad a la alianza mediante una historia, una sucesión de acontecimientos. Reconocerlo en la propia historia personal, comprender nuestra vida como parte de la alianza, es la savia de una conciencia cristiana, su tarea vital. Porque todo nuestro obrar tiene sentido sólo si lo vivimos a la luz de la alianza; de otro modo queda baldío y acaba destruyendo en lugar de construir. Nuestra distracción habitual ante semejante evidencia es un síntoma grave.

No tenemos otra obligación más que reconocer la alianza en todo lo que hacemos: dando clase o vendiendo pan, maniobrando con el torno o dirigiendo una editorial. «Yo soy tuyo, criatura obra de tus manos: instrúyeme para que aprenda tus mandatos». Reconocer la alianza es también nuestra identidad como pueblo: «Os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios; para que sepáis que yo soy el Señor vuestro Dios» [\[159\]](#). Tal vez sea más difícil reconocer que cada circunstancia personal forma parte de la alianza, que todo lo que hacemos es Suyo, porque de este modo se produce una distancia formidable (por mucho que lo tenga en mis manos, no es mío) y, al mismo tiempo, brota una pasión por lo que hacemos, un amor puro que nos hace comprender

que, pase lo que pase, jamás perderemos lo que tenemos entre manos.

Aún así, la mayor dificultad no es que la alianza que Dios ha establecido con nosotros en Cristo coincida con cualquier cosa que hagamos; es que la alianza del Padre, el rostro del Padre, Cristo mismo se identifique con nosotros mismos (con pensamientos e imágenes, con sentimientos acerca de uno mismo que suelen afirmarse presuntuosamente de modo autónomo, tergiversando la realidad, o bien quejándose y pretendiendo). Este «nosotros mismos» se concreta en las preocupaciones cotidianas, en cómo nos despertamos por la mañana, en cómo trabajamos y volvemos a casa por la tarde, cuando nos duele la cabeza o tenemos el estómago revuelto, cuando nos va bien y cuando nos va mal, en los sucesos que responden a lo que esperábamos y en los que nos contradicen; todo esto debe llegar a coincidir con el rostro de Cristo. Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí: mi nombre coincide con el nombre de Cristo, que es misericordia.

Alcanzar el equilibrio en la vida resulta imposible excepto en dos casos. El primero es pura apariencia; es el equilibrio inestable de una vida distraída y totalmente alienada en lo que hace, en sus ocupaciones; un equilibrio provisional bajo el cual se abre progresivamente el negro abismo (cuando llega el momento en que ya no puedes hacer lo que hacías, cuando te pones enfermo o te dejan en paro, cuando te haces viejo o pierdes tus seres queridos, entonces caes en el abismo).

El otro equilibrio, el único verdadero, el que desafía el futuro y cualquier circunstancia y toda adversidad, el que desafía todo tu pasado y te permite vivir en el presente, es el equilibrio que viene de nuestra identificación con Cristo. Es el equilibrio del apóstol san Juan recostado en el pecho de Cristo [\[160\]](#). Es el equilibrio de san Pablo en el cuarto y sexto capítulo de su *Segunda carta a los Corintios*: «Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados» [\[161\]](#). Este equilibrio humano, que también es estabilidad psíquica; este poder de sosiego, de armonía profunda, es mi identificación con Cristo.

En esto no importan las medidas; es mentiroso fijarse en el grado de perfección que haya alcanzado; no importa que los demás reconozcan el valor de lo que hago, no importa el juicio que tienen sobre mí. Sólo importa que la misericordia me ha tomado para siempre, desde el origen de mi existencia, desde antes de que tuviera uso de razón. Me ha llamado a amar porque me ha amado para siempre.

Intuyo que la santidad coincide con afirmar siempre, antes que ninguna otra cosa, en todo y en todos, este abrazo del Padre, este movimiento piadoso de Cristo hacia mí —en definitiva, su iniciativa, que es su misma presencia— [\[162\]](#), a pesar de todo lo que se agita en nuestro interior y que se presenta como una alternativa.

La «alianza» describe el significado de mi vida y define el dinamismo de toda mi existencia, la fisonomía de mi vida que se inserta en la historia de Dios en este mundo. Historia de Dios en este mundo quiere decir la acción verdadera que se realiza en el mundo, porque a través de Dios toda la realidad mundana es liberada, fecundada. Él actúa en el mundo como la levadura dentro de la masa, como una semilla que crece oculta en la tierra, aunque nadie se dé cuenta.

Deberíamos tomar conciencia, cada vez más, de la alianza que Dios ha establecido con nosotros porque él se implica con nuestra vida concreta. Y, por tanto, como consecuencia, deberíamos comprender la importancia absoluta e insustituible de las circunstancias, el valor pedagógico de esos condicionamientos que nos resultan irracionales cuando se presentan como contrarios a nuestros deseos, ambiciones o proyectos.

Al margen de esta alianza, en nada se queda la vida del mundo, tan sólo ruinas y exilio. Pero sobre todo, en nada se quedaría mi vida sin tu alianza, que se mantiene fiel a mí en medio de mi mal. Tu gracia permanece en mi vida porque, en el desierto de mi pecado, me haces descubrir quién eres. Tú eres aquel que es capaz de hacer germinar en lo hondo de mi ruina un renuevo de olivo: mi identificación contigo, con el designio amoroso del Padre.

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA

NOTA EDITORIAL

¿QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE TE ACUERDES DE ÉL?

PREMISA La memoria de la alianza

SALMOS Y CÁNTICOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? (Sal 8)

Me saciaré de tu semblante (Sal 17)

Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza (Sal 18)

Por el honor de tu nombre, Señor, perdona mis culpas (Sal 25)

Mi corazón no teme (Sal 27)

Contempladlo y quedareis radiantes (Sal 34)

Nunca he visto a un justo abandonado (Sal 37)

Entonces, yo digo: «Aquí estoy» (Sal 40)

En esto conozco que me amas (Sal 41)

Mi rey y mi Dios eres tú (Sal 44)

Nos entregas como ovejas de matanza (Sal 44)

Despierta, Señor, ¿por qué duermes? (Sal 44)

Hará volver a los deportados de su pueblo (Sal 53)

Yo confío en ti, Señor (Sal 55)

Cuando te invoco (Sal 56)

Despertaré a la aurora (Sal 57)

Mi alcázar es Dios (Sal 59)

Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo (Sal 60)

Habitaré siempre en tu morada (Sal 61)

Tu gracia vale más que la vida (Sal 63)

Protege mi vida del terrible enemigo (Sal 64)

En el vientre materno ya me apoyaba en ti (Sal 71)

Él deja sin aliento a los príncipes (Sal 76)

Oh Dios, restáuranos (Sal 80)

Dichoso el que encuentra en ti su fuerza (Sal 84)

Has sido bueno con tu tierra (Sal 85)

¡Qué magníficas son tus obras, Señor! (Sal 92)

[Arrancó mi alma de la muerte \(Sal 116\)](#)
[Tenía fe aun cuando dije: «¡Qué desgraciado soy!» \(Sal 116\)](#)
[Su fidelidad dura por siempre \(Sal 117\)](#)
[El Señor es mi fuerza y mi energía \(Sal 118\)](#)
[Me fijo en tus sendas \(Sal 119\)](#)
[Dame vida con tu justicia \(Sal 119\)](#)
[Que me alcance tu favor \(Sal 119\)](#)
[Recuerda la palabra que diste a tu siervo \(Sal 119\)](#)
[Que tu bondad me consuele \(Sal 119\)](#)
[Por tu bondad dame vida \(Sal 119\)](#)
[Tus preceptos son admirables \(Sal 119\)](#)
[Tu guardián no duerme \(Sal 121\)](#)
[Tus hijos como renuevos de olivo \(Sal 128\)](#)
[Pero de ti procede el perdón \(Sal 130\)](#)
[Como un niño en brazos de su madre \(Sal 131\)](#)
[No daré sueño a mis ojos \(Sal 132\)](#)
[Si me olvido de ti, Jerusalén \(Sal 137\)](#)
[Me has tejido en el seno materno \(Sal 139\)](#)
[No me escondas tu rostro \(Sal 143\)](#)
[Cerca está el Señor de los que lo invocan \(sal 145\)](#)
[Su mensaje corre veloz \(Sal 147\)](#)
[Su majestad sobre el cielo y la tierra \(Sal 148\)](#)
[Volviste la espalda a todos mis pecados \(Isaías\)](#)
[El Dios de mis padres \(Éxodo\)](#)
[No nos rechaces, por tu nombre \(Jeremías\)](#)
[Frente al pueblo \(Jeremías\)](#)

[CONCLUSIÓN Reconocer la alianza](#)

- ¹ *Sermo sancti Augustini cum pagani ingrederentur.*
- ² La Asociación *Memores Domini* es una asociación de fieles laicos, hombres y mujeres, que «se comprometen ante Dios a vivir la Memoria de Cristo en el trabajo». Se trata de una asociación eclesial privada universal, reconocida por decreto del Pontificio Consejo para los Laicos el 8 de diciembre de 1988.
- ³ Ver aquí en p. 28.
- ⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, X edición.
- ⁵ L. Giussani, *Toda la tierra desea ver tu rostro* (de próxima aparición en Ediciones Encuentro).
- ⁶ Hch 17, 28: «pues en él vivimos, nos movemos y existimos».
- ⁷ L. Wittgenstein, citado en E. Bianchi (Ed.), *Il libro delle preghiere*, Einaudi, Turín 1997, p. VIII.
- ⁸ Lc 11,1.
- ⁹ Sant 5,13: «¿Está sufriendo alguno de vosotros? Rece. ¿Está contento? Cante».
- ¹⁰ Lc 1,46.
- ¹¹ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 153.
- ¹² Ibidem, p. 153.
- ¹³ Ibidem, p. 82.
- ¹⁴ L. Giussani, *Toda la tierra desea ver tu rostro*, op. cit.
- ¹⁵ Ibidem, p 58.
- ¹⁶ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milán 1993, p. 44.
- ¹⁷ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 161.
- ¹⁸ Cf. «Vivir religiosamente significa estar siempre a la escucha», en M. Louise von Franz, *Alchimie*, Boringhieri, Turín 1984, p. 75.
- ¹⁹ «He aquí la premisa de cualquier acción: la vigilancia; se llama oración continua», en L. Giussani, *Para vivir la Liturgia: un testimonio*, Encuentro, Madrid 2007, p. 20.
- ²⁰ Sal 44,2.
- ²¹ Sal 40,2.
- ²² Expresión frecuente en las inscripciones cristianas.
- ²³ Lc 22,19; 1Cor 11,24-25.
- ²⁴ L. Giussani, *Tutta la terra desidera il tuo volto*, San Paolo, op. cit., p. 9.
- ²⁵ Ibidem.
- ²⁶ Cf. E. Toaff – A. Elkann, *Essere ebreo*, Bompiani, Milán, 1994, p. 40.
- ²⁷ L. Giussani, *Noi siamo degli ebrei*, en «La Repubblica», 2 de enero 1999, p. 13; publicado en *Huellas*, Revista de Comunión y Liberación en lengua española, n. 1/1999, Editorial.
- ²⁸ Liturgia romana, oración sobre las ofrendas.
- ²⁹ Sal 119,127.
- ³⁰ Sal 119,97.
- ³¹ Sal 146,2.
- ³² Sal 119,27.
- ³³ Sal 119,82-84.

- [34](#) Cf. Mt 26,37-39; Mc 14,33-36.
- [35](#) Cf. Is 6.
- [36](#) Cf. Jer 1.
- [37](#) Cf. Sal 38,13. Sal 119,110: «*Los malvados me tendieron un lazo, pero no me desvíe de tus mandatos*».
- [38](#) Sal 119,87.
- [39](#) Cf. Sal 119,136.
- [40](#) Cf. Sal 22,20-22. Sal 35,2-4: «*Empuña el escudo y la adarga, levántate y ven en mi auxilio; blande la lanza y la pica contra mis perseguidores; di a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Sean confundidos y avergonzados los que atentan contra mi vida; retrocedan y sean humillados quienes tramán mi derrota*». Sal 70,2-3: «*Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme. Sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte; vuelvan la espalda afrentados los que tramán mi daño*».
- [41](#) Cf. Sal 22,31-32. Sal 119,89-90: «*Tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo; tu fidelidad, de generación en generación*».
- [42](#) Cf. Sal 119,92.
- [43](#) Cf. Sal 119,94-96.
- [44](#) Cf. Sal 119,94.
- [45](#) Cf. 2Cor 7,10.
- [46](#) Cf. Sal 119,94.
- [47](#) Ibidem.
- [48](#) Sal 119,176.
- [49](#) 1Jn 1,8.
- [50](#) Cf. Sal 16,10. Sal 71,20: «*Me hiciste pasar por peligros, muchos y graves: de nuevo me darás la vida, me harás subir de lo hondo de la tierra*». Sal 118,17: «*No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor*».
- [51](#) Cf. Flp 1,23-25: «*Me encuentro en esta alternativa: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros*».
- [52](#) «*Il n’est pas d’idéal auquel nous puissions nous sacrifier, car des tous nous connaissons les mensonges, nous qui ne savons point ce qu’est la vérité*» (A. Malraux, *La Tentation de l’Occident*, Bernard Grasset, París 1926, p. 216).
- [53](#) Don Giussani se refiere a los *Memores Domini* cuya vocación, según reza su Estatuto, es «vivir la memoria de Cristo en el trabajo».
- [54](#) El autor, ya en edad avanzada, se refiere a su experiencia personal.
- [55](#) Cartas de Abelardo a Eloísa, Carta VIII, 14.
- [56](#) Sal 131,1. Ver aquí texto y comentario en pp. 152-154.
- [57](#) Cf. Jn 14,1.
- [58](#) Traducción española del himno de vísperas del monasterio Trapense de Vitorchiano (Italia) para el Tiempo de Cuaresma, *Liberados del yugo del mal*.
- [59](#) Don Giussani hace referencia a una asamblea de los universitarios de Comunión y Liberación, en la que un chico empezó su intervención hablando de Cristo con estas

palabras: «Aquel que está entre nosotros».

[60](#) El autor está hablando a los *Memores Domini* y hace referencia a las casas de la asociación. Por “casa” se entiende una convivencia estable entre los *Memores Domini*, cuyo número varía generalmente entre tres y doce personas. En la casa Cristo es afirmado como Señor de todo, como razón última de toda acción y de la convivencia.

[61](#) Sal 34,18-19.

[62](#) Es tan original la aportación religiosa del pueblo de Israel en la historia que inevitablemente introduce una lucha en la experiencia humana y un combate contra toda idolatría. De ahí todas las imágenes guerreras en los salmos. En el Nuevo Testamento esta lucha permanece, pero Cristo la asume sobre sí mismo. Las imágenes guerreras dejan paso, ahora, a la obediencia del Hijo y a la docilidad del Cordero.

[63](#) Cf. Lc 24,25.

[64](#) La convivencia vocacional de los *Memores Domini*.

[65](#) Cf. Sal 22,16: «*mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar; me aprietas contra el polvo de la muerte*».

[66](#) Lc 22,42.

[67](#) Cf. 2Pe 1,19.

[68](#) El autor hace referencia a las personas consagradas que proclaman la gloria de Cristo con su misma forma de vida, incluso en momentos en que su conciencia pueda estar oscurecida.

[69](#) Jn 8,44.

[70](#) Sal 140,6: «*Los soberbios me esconden trampas, los perversos me tienden una red y por el camino me colocan lazos*».

[71](#) Cf. Sal 19,8-10: «*La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye a los ignorantes. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. El temor del Señor es puro y eternamente estable, los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos*».

[72](#) Is 43,18-19.

[73](#) Cf. Is 35,8.

[74](#) El autor hace referencia al camino que implica la vocación de entrega a Cristo en virginidad.

[75](#) El autor cita la carta de una *memor Domini*.

[76](#) Jn 15,10-11. «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud».

[77](#) Cf. Sal 131,2. Ver aquí texto y comentario en pp. 152-154.

[78](#) Sal 143,5. Ver aquí texto y comentario en pp. 164-166.

[79](#) Don Giussani se dirige a los *Memores Domini*.

[80](#) En un retiro espiritual.

[81](#) En este mismo sentido se expresa la oración de poscomunión de la semana XXIV del Tiempo Ordinario: «La acción de este sacramento penetre en nuestro cuerpo y nuestro espíritu, para que sea su fuerza, no nuestro sentimiento, quien mueva nuestra

vida».

[82](#) Cf. Jn 8,44.

[83](#) Don Giussani se refiere a las casas de los *Memores Domini*.

[84](#) Oración colecta del domingo XVII del Tiempo Ordinario.

[85](#) Cf. Sal 63,2-3. Ver más adelante el texto y el comentario en pp. 84-88.

[86](#) Jn 15,5.

[87](#) Cf. 1Cor 8,6; Col 1,17; Ap 4,11.

[88](#) Cf. Gal 2,20.

[89](#) Ibidem.

[90](#) Don Giussani se refiere a la vocación de entrega Dios en virginidad.

[91](#) Cf. Lc 24,25.

[92](#) La lectura del día estaba tomada del capítulo 6 de Jeremías (v. 16).

[93](#) Aquí don Giussani está pensando en su vida ya entrada en años.

[94](#) «*La grâce (...) plus mystérieuse encore et qui va plus profondément peut-être que la beauté, la grâce, plus arbitraire encore, plus libre, plus souveraine, plus parfaitement illogique et gratuite, inquiétante aussi, comme tout ce qui est donné, gratuitement [...]. Puissance de la grâce. Puissance éternelle du sang éternel. D'un sang éternel, celui de Jésus-Christ*» (Ch. Péguy, *Devant les accidents de la gloire temporelle*, en *Oeuvres en prose (1898-1908)*, Gallimard, París 1959, p. 1206).

[95](#) Cf. Jn 3,8.

[96](#) «*Ce qu'il y a de plus imprévu, c'est toujours l'événement. Il suffit d'avoir un peu vécu soi-même hors des livres des historiens pour savoir, pour avoir éprouvé que tout ce qu'on monte est généralement ce qui arrive le moins, et ce qu'on ne monte pas est généralement ce qui arrive*» (Ch. Péguy, *Pensées*, Gallimard, París 1934, p. 45).

[97](#) Don Giussani se refiere a las casas de los *Memores Domini*.

[98](#) Se hace referencia al momento de la «profesión» que sanciona la admisión definitiva de los aspirantes a la asociación *Memores Domini*.

[99](#) Cf. Ap 2,28; 22,16.

[100](#) Término contemplado en la Real Academia de la Lengua Española (RAE): alegría, regocijo, deleite.

[101](#) Jn 15,11.

[102](#) Jn 13,1.

[103](#) Col 3,11.

[104](#) Don Giussani utiliza la palabra “hilaridad” que la RAE define como «expresión tranquila y plácida del gozo y satisfacción del ánimo».

[105](#) Ver aquí nota 47 sobre el momento de la «profesión» en la Asociación laical *Memores Domini*.

[106](#) Luisella Cambieri fue una de las primeras chicas que en Italia entraron a formar parte del Grupo Adulto, el nombre informal con el que se designaban entonces a los *Memores Domini*. Murió jovencísima, atropellada por un coche en la calle, en octubre de 1975.

[107](#) Cf. Is 29,13.

[108](#) Sal 133,1.

[109](#) Cf. *Benedictus* o Cántico de Zacarías en Lc 1, 68-79.

[110](#) El autor se refiere al momento de oración personal diaria que la regla de los *Memores Domini* denomina «hora de silencio».

[111](#) Cf. «La vida destruye a la muerte,/ el Amor ha lavado el pecado,/ y Cristo, esplendor de la gloria,/ alumbra ya nuestra mañana», en *La luz de la aurora ya brilla*, himno litúrgico del Monasterio Trapense de Vitorchiano para los Laudes del Tiempo de Pascua.

[112](#) Cf. 1Jn 5,4: «pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe».

[113](#) Don Giussani remite a otro verso del himno litúrgico citado anteriormente: *La luz de la aurora ya brilla*.

[114](#) Cf. E. Mounier, *Cartas desde el dolor*, Ediciones Encuentro, Madrid 1998.

[115](#) Don Giussani se refiere al sacrificio de la forma natural del afecto que requiere la virginidad y que el mundo considera a menudo como un menos.

[116](#) Cf. Jn 5,17.

[117](#) Mc 16,15.

[118](#) Os 11,8.

[119](#) Don Giussani está introduciendo un retiro espiritual.

[120](#) El texto de la secuencia gregoriana *Omni die*: «*Omni die, dic Mariae mea laudes anima;/ eius festa, eius gesta, cole splendidissima.// Pulchra tota, sine nota cuiuscúmque máculae;/ fac me múnđum et iucúmdum Te laudare sédúle.// Ut sim cástus et modéstus, dúlcis, blándus, sóbrius;/ piús, réctus, circúspéctus, simultátim néscius.// Erudítus et múnitus dívínis elóquiiis;/ timorátus et ornátus sácris exercítiis.// Virgo santa, cerne quanta perferámus júgiter/ tentaménta, et susténta nos ut stemus fórtiter.// Esto tútrix et adiútrix cristiáni pópuli;/ pácem présta, ne molésta nos pertúrbent saécula. Amén*».

Cada día, alma mía, canta las alabanzas de María;/ venera sus fiestas y sus misterios resplandecientes.// Toda pura sin el signo de una sola mancha,/ haz que te alabe con corazón puro y sereno.// Haz que permanezca casto, modesto, tierno, paciente, sobrio,/ devoto, leal, sagaz y, al tiempo, sencillo.// Haz que sea cultivado y reforzado por la palabra de Dios,/ atento y fiel en el seguimiento del Señor.// Virgen Santa, protégenos de los peligros que siempre encontraremos;/ sé sostén, a fin de que estemos firmes y seguros.// Protege y ayuda al pueblo cristiano;/ danos la paz, a fin de que los tiempos oscuros no nos turben. Amén.

[121](#) Cf. Mt 10,30: «Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados».

Cf. San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, vv. 106-110: «en sólo aquel cabello/ que en mi cuello volar consideraste;/ mirástele en mi cuello,/ y en él preso quedaste,/ y en uno de mis ojos te llagaste».

[122](#) Cf. Hb 11,9-10: «Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaban la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y

constructor iba a ser Dios».

[123](#) Mt, 4,4.

[124](#) Ver aquí texto y comentario en pp. 136-138.

[125](#) El libro que contiene los rezos de la Liturgia de las Horas.

[126](#) Mt 24,35; Mc 13,31; Lc 21,33.

[127](#) Cf. Lc 18,7.

[128](#) Ne 8,2-5.9-10.

[129](#) Jn 16,13.

[130](#) Es 20,2.

[131](#) Ibidem.

[132](#) Rm 8,9.

[133](#) Gal 5,25.

[134](#) Cf. Sal 119,27; 30-33; 101; 104; 128.

[135](#) Es 19,9.

[136](#) Es. 19,3-25.

[137](#) Is 49,14.

[138](#) Is 49,15.

[139](#) Ibidem.

[140](#) Cf. Mt 22,37-40.

[141](#) Ch. Péguy, «Oración de residencia», una de las *Cinco oraciones en la catedral de Chartres*.

[142](#) Cf. Gal 2,20.

[143](#) 1Jn 3,20.

[144](#) Jn 3,16.

[145](#) Gn 1,26.

[146](#) J.H. Newman, *Apologia pro vita sua*, Encuentro, Madrid 2010, p. 51. Se trata de una percepción y experiencia centrales en la espiritualidad de Newman. El sermón titulado “La individualidad del alma” constituye un excelente comentario a este pasaje (*Sermones parroquiales 4*).

[147](#) Cf. L. Wittgenstein, *Vermischte Bemerkungen*, Suhrkamp, Frankfurt 1984, p. 488.

[148](#) Jn 5,17.

[149](#) Oración de poscomunión, Solemnidad de la Epifanía del Señor según el Rito ambrosiano.

[150](#) Ef 1,10.

[151](#) Ez 37,12.

[152](#) Cf. Ecl 1,2.

[153](#) Salmo 27,10. Ver aquí texto y comentario en pp. 45-48.

[154](#) Don Giussani cita un pasaje de la película *Dies irae* de C.T. Dreyer.

[155](#) Cf. Mt 12,31.

[156](#) Mt 6,10; Lc 11,2.

[157](#) Sal 119,73. Ver aquí texto y comentario en pp. 134-135.

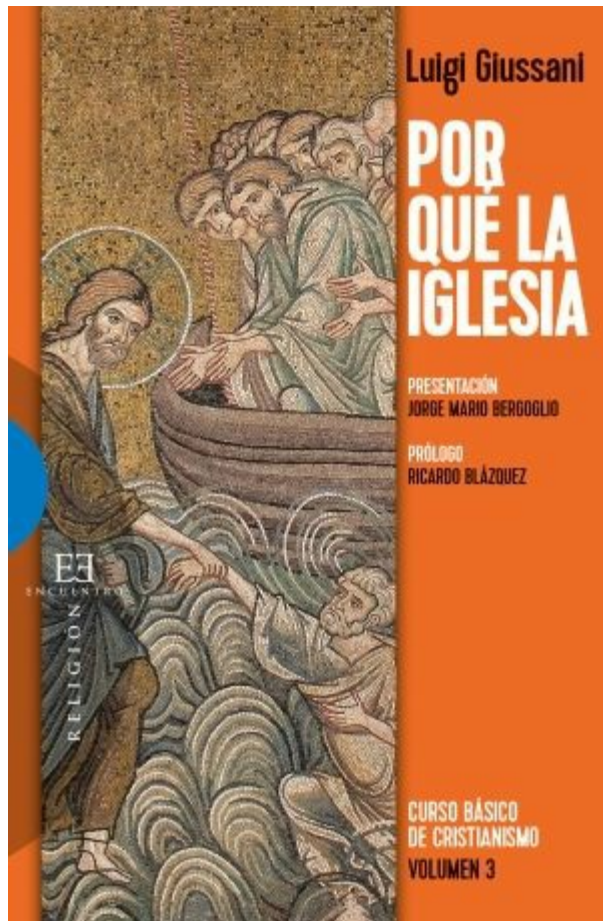
[158](#) Cf. Sal 1,2-3.

[159](#) Cf. Ex 6,7; 29,45-46; Lev 26,12.

[160](#) Cf. Jn 13,25.

[161](#) 2Cor 4, 8-9; Cf. 6, 8-10.

[162](#) Cf. Is 66,13: «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo».



Por qué la Iglesia

Giussani, Luigi

9788490558331

334 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

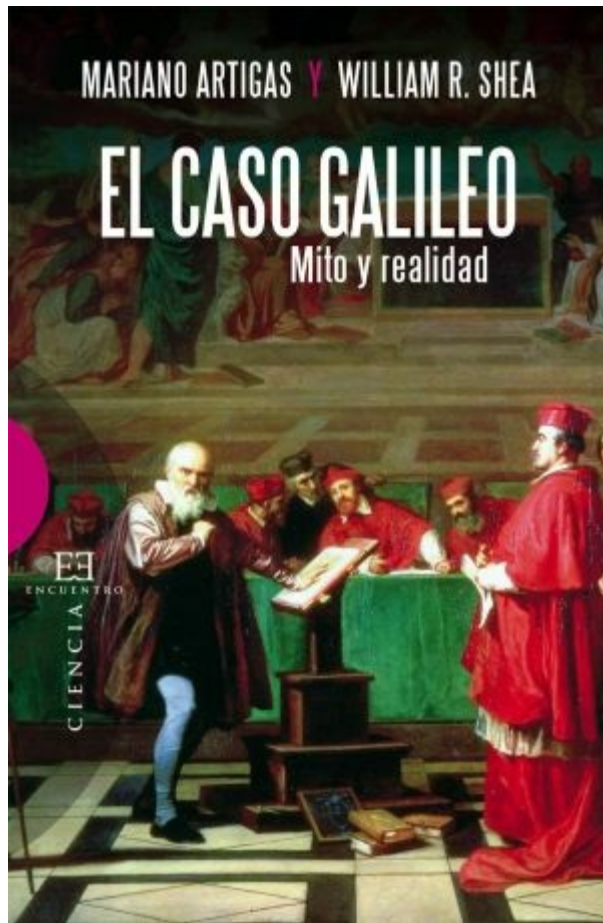
«Viviendo la experiencia de la comunidad cristiana el hombre de hoy puede verificar que esta realidad no es solamente humana, sino que esta vida corresponde a las exigencias más radicales del corazón, que permite encarar las circunstancias y los problemas cotidianos con una mirada y una postura cien veces más realista y verdadera, que permite experimentar, desde ya, en esta tierra, el `ciento por uno`». (De la presentación del Cardenal Bergoglio)

«Hablar de Por qué la Iglesia significa asumir con coraje el desafío de responder a la pregunta sobre el vínculo entre Jesús de Nazaret, cuya figura no deja de fascinar a los hombres y mujeres de todos los tiempos, y esa `etnia sui generis` -por decirlo con palabras de Pablo VI- que es la Iglesia.

La respuesta que propone el libro que el lector tiene entre las manos es, al mismo tiempo, sintética, articulada y profunda». (Del prólogo de Monseñor Blázquez)

«Siempre hay en la Iglesia (...) personas que fueron y son signo imprevisiblemente sobreabundante de la presencia de Dios, como la Madre Teresa, Juan Pablo II y el mismo Padre Giussani». (De la presentación del Cardenal Bergoglio)

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El caso Galileo

Mayayo, Mariano Artigas

9788499206790

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Probablemente ningún juicio y veredicto ha suscitado tantas interpretaciones y controversias como el de Galileo Galilei. Historiadores, filósofos, novelistas, dramaturgos, periodistas religiosos y científicos se han aproximado a él acentuando un aspecto de la historia, pero a menudo olvidando (u ocultando) otros. A pesar de ello, el caso Galileo se ha convertido en un auténtico mito en la conciencia colectiva, pero el desconocimiento de lo que realmente ocurrió es alarmante. Este libro, escrito por dos de los mayores especialistas en Galileo, trata de aclarar el proceso en el convencimiento de que la verdad es más satisfactoria y provocadora que la propaganda.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Antonio Martín Puerta

ORTEGA Y UNAMUNO EN LA ESPAÑA DE FRANCO

EL DEBATE INTELECTUAL
DURANTE LOS AÑOS
CUARENTA Y CINCUENTA



Ortega y Unamuno en la España de Franco

Puerta, Antonio Martín

9788499206806

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

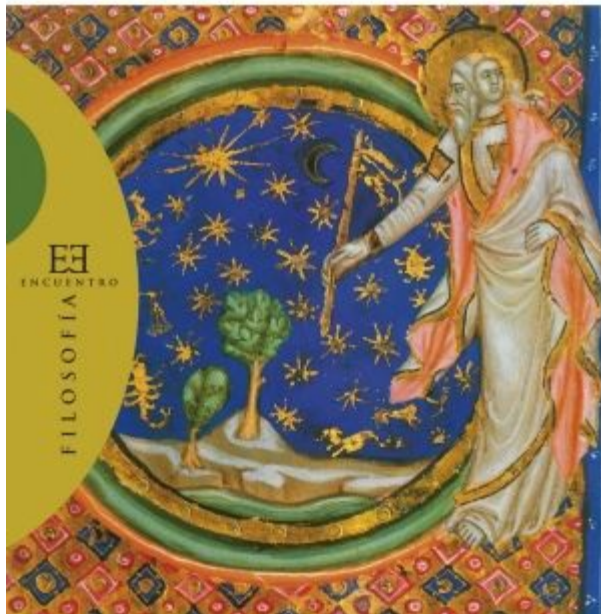
Durante la primera parte del régimen de Franco se desarrolló una fuerte polémica acerca de la apertura cultural, cuestión que fundamentalmente giraba en torno a José Ortega y Gasset y a Miguel de Unamuno. Dos obras de este último acabarían en el Índice de Libros Prohibidos en 1957. La España de la época era un estado confesional, y así una controversia que se inició en ámbitos eclesiásticos concluyó adquiriendo carácter político. Notables personalidades del mundo de la cultura como Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Rafael Calvo Serer, Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Gonzalo Fernández de la Mora, José Luis Aranguren o el Padre Ramírez protagonizaron una polémica en la que también intervinieron obispos y miembros de órdenes religiosas (dominicos, jesuitas y agustinos), socios de grupos religiosos (Opus Dei y Asociación Católica Nacional de Propagandistas), e incluso señalados miembros de la política oficial del momento, como Joaquín Ruiz-Giménez y Manuel Fraga. El libro de Antonio Martín Puerta aporta datos nada conocidos y desvela las fuertes tensiones que una polémica intelectual sobre dos personalidades tan relevantes de la cultura española generó a todos los niveles durante casi veinte años.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RÉMI BRAGUE

LA SABIDURÍA DEL MUNDO

HISTORIA DE LA EXPERIENCIA HUMANA DEL UNIVERSO



La sabiduría del mundo

Brague, Rémi

9788499207070

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La sabiduría del mundo. Historia de la experiencia humana del universo, a pesar del poco tiempo transcurrido desde su publicación original en 1999, ha sido traducido a 5 idiomas. Su intención es ambiciosa: desarrollar la historia filosófica de la representación de la noción del mundo. ¿Cómo imaginar nuestra existencia de hombres, nuestra búsqueda del bien, nuestra presencia en el mundo? Para explorar estas cuestiones, Rémi Brague propone navegar por la historia del pensamiento. Su libro nos restituye a la relación que une el hombre con el universo: indaga los orígenes antiguos y las fuentes bíblicas, recorre las inflexiones medievales y describe el naufragio de la época moderna. Durante dos mil años el hombre se ha visto a sí mismo como un mundo en pequeño: orientado hacia el cielo, hecho para contemplarlo. Ha creído que la sabiduría que buscaba estaba conectada con la que ya gobernaba el universo. El orden y la belleza del mundo eran el modelo que marcaba el bien. Pero esta imagen antigua que sobrevivió durante la Edad Media, se iba a difuminar en el alba de la modernidad. Ha dejado su lugar a "visiones del mundo" donde fragmentos de la concepción antigua se mezclan con nuevos modelos, y el cosmos ha dejado de ser el preceptor del hombre. La sabiduría del mundo se nos ha vuelto invisible. Hoy debemos volver a pensarla de nuevo. Brague va trazando el panorama grandioso de las respuestas antiguas a la cuestión filosófica por excelencia: ¿cómo alcanzar la sabiduría? Su tesis es que todas las respuestas se conciben en relación a una idea que se nos ha vuelto lejana: la idea de cosmos, es decir, de un orden inmutable del universo. Llegar a ser sabio no significa otra cosa, para los antiguos, que observar ese orden e imitar esa sabiduría que es la del mismo mundo. La sabiduría del mundo es el primer título de una ambiciosa trilogía.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VICTORIA MARTÍN DE LA TORRE

EUROPA, UN SALTO A LO DESCONOCIDO



Prólogo de JAVIER SOLANA



Europa, un salto a lo desconocido

de la Torre, Victoria Martín

9788490552971

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Escrito con un ágil estilo periodístico, este relato de no ficción recrea la década en la que tuvo lugar el nacimiento de las Comunidades Europeas (1948-1957), a través de algunos de los principales protagonistas de la construcción europea — Jean Monnet, Robert Schuman, Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi y Paul-Henri Spaak, los llamados «Padres de Europa»—, que van cobrando vida en las páginas de este libro. Capítulo a capítulo el lector se va convirtiendo en testigo de su trayectoria vital, sus valores, sus relaciones personales, acuerdos y discusiones, todos ellos elementos claves para comprender cómo y por qué se tomaron en su momento decisiones que hoy afectan a cerca de 500 millones de europeos.

Los hechos, datos y conversaciones aquí expuestos son fruto de un exhaustivo trabajo de investigación basado en las memorias de los Padres de Europa, los artículos de prensa de la época, los discursos públicos y los archivos históricos de las diferentes instituciones y, de forma particular, en una serie de entrevistas realizadas por la autora a personas que conocieron y trabajaron estrechamente con los protagonistas del libro.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

PRÓLOGO	4
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA	10
NOTA EDITORIAL	13
¿QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE TE ACUERDES DE ÉL?	14
PREMISA La memoria de la alianza	16
SALMOS Y CÁNTICOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO	21
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? (Sal 8)	22
Me saciaré de tu semblante (Sal 17)	25
Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza (Sal 18)	27
Por el honor de tu nombre, Señor, perdona mis culpas (Sal 25)	28
Mi corazón no teme (Sal 27)	30
Contempladlo y quedareis radiantes (Sal 34)	33
Nunca he visto a un justo abandonado (Sal 37)	35
Entonces, yo digo: «Aquí estoy» (Sal 40)	37
En esto conozco que me amas (Sal 41)	39
Mi rey y mi Dios eres tú (Sal 44)	41
Nos entregas como ovejas de matanza (Sal 44)	44
Despierta, Señor, ¿por qué duermes? (Sal 44)	46
Hará volver a los deportados de su pueblo (Sal 53)	48
Yo confío en ti, Señor (Sal 55)	49
Cuando te invoco (Sal 56)	51
Despertaré a la aurora (Sal 57)	54
Mi alcázar es Dios (Sal 59)	56
Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo (Sal 60)	57
Habitaré siempre en tu morada (Sal 61)	60
Tu gracia vale más que la vida (Sal 63)	62
Protege mi vida del terrible enemigo (Sal 64)	66
En el vientre materno ya me apoyaba en ti (Sal 71)	68
Él deja sin aliento a los príncipes (Sal 76)	70
Oh Dios, restáuranos (Sal 80)	72
Dichoso el que encuentra en ti su fuerza (Sal 84)	73
Has sido bueno con tu tierra (Sal 85)	75

¡Qué magníficas son tus obras, Señor! (Sal 92)	78
Arrancó mi alma de la muerte (Sal 116)	83
Tenía fe aun cuando dije: «¡Qué desgraciado soy!» (Sal 116)	85
Su fidelidad dura por siempre (Sal 117)	88
El Señor es mi fuerza y mi energía (Sal 118)	90
Me fijo en tus sendas (Sal 119)	94
Dame vida con tu justicia (Sal 119)	95
Que me alcance tu favor (Sal 119)	97
Recuerda la palabra que diste a tu siervo (Sal 119)	99
Que tu bondad me consuele (Sal 119)	101
Por tu bondad dame vida (Sal 119)	103
Tus preceptos son admirables (Sal 119)	105
Tu guardián no duerme (Sal 121)	109
Tus hijos como renuevos de olivo (Sal 128)	112
Pero de ti procede el perdón (Sal 130)	114
Como un niño en brazos de su madre (Sal 131)	116
No daré sueño a mis ojos (Sal 132)	118
Si me olvido de ti, Jerusalén (Sal 137)	122
Me has tejido en el seno materno (Sal 139)	124
No me escondas tu rostro (Sal 143)	126
Cerca está el Señor de los que lo invocan (sal 145)	128
Su mensaje corre veloz (Sal 147)	130
Su majestad sobre el cielo y la tierra (Sal 148)	132
Volviste la espalda a todos mis pecados (Isaías)	134
El Dios de mis padres (Éxodo)	137
No nos rechaces, por tu nombre (Jeremías)	139
Frente al pueblo (Jeremías)	141
CONCLUSIÓN Reconocer la alianza	144